

LA AUTORA SUPERVENTAS DE USA TODAY

PRISCILLA WEST



ENTREGARSE
A LO
BELLO

Entregarse
A Lo
Bello

Priscilla West

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma o por ningún medio, incluidos fotocopiado, grabación u otros medios electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incorporadas a reseñas críticas y otros usos no comerciales determinados permitidos por las leyes de derechos de autor.

Copyright © 2013 Blackbird Publishing

Todos los personajes que aparecen en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o difuntas, es pura coincidencia.

Tabla de contenido

-

-

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Epílogo](#)

Capítulo uno

Era el primer día de la clase de Economía 102. Tercer año. Había llegado hasta allí dejándome la piel semestre tras semestre, acampando en los horarios de oficina, quedándome despierta hasta tarde, viviendo a cafeína. De algún modo había logrado sobrevivir.

Pensaba que entrar a Harvard era la parte difícil y que el resto consistiría en la inflación de las calificaciones, pero las clases en realidad eran bastante difíciles. Por supuesto, otros paseaban en una inteligencia pura y cerebros sobrehumanos que les permitían absorber las clases como las esponjas absorben agua. Desafortunadamente, yo no podía hacer aquello. Era la excepción. Lo que significaba que me pasé mis dos primeros años haciéndome más amiga de los libros de texto que de la gente real.

El salón de clases era tan grande como para que cupieran doscientos estudiantes y estaba casi abarrotado. Entre el mar de cuerpos, uno de ellos me llamó la atención. De hecho, uno llamó la atención de la mayoría de las mujeres que estaban en el salón: ojos azules brillantes, cabello castaño alborotado, pómulos prominentes y unos anteojos elegantes que descansaban sobre una nariz afilada. Parecía un modelo masculino de un catálogo de J. Crew salvo que no lo habían mejorado digitalmente: era real. Sus rasgos estaban tallados con precisión y economía. Resultaba adecuado. Considerando el tema de la clase, y considerando que estaba sentado en la fila de adelante, lo que significaba que era el ayudante de cátedra.

Tomé asiento en una de las filas del medio y esperé que el profesor comenzara su clase. Ya podía decir que aquella sería mi clase preferida del semestre.

—Sabes, de cerca de cien estudiantes probablemente seas la única que viene regularmente a mis horarios de oficina —dijo, con una sonrisa de infarto.

Descubrí que su nombre era Martin Pritchard. Un estudiante de último año que se especializaba en economía. Brillante, perspicaz y endemoniadamente atractivo. Demandaba una cantidad extraordinaria de voluntad no distraerse con aquellos ojos azules brillantes que, de algún modo, parecían arder con una intensidad abrasadora y con un cálculo helado al mismo tiempo. Muchas chicas habían venido a ver a Martin en su horario de oficina a comienzos de clase deseando que les echara un polvo. Se reían bajo, revoloteaban el cabello y le coqueteaban con la mirada. Cuando se dieron cuenta de que él solo estaba allí por asuntos académicos —no sexuales— perdieron el interés.

Estaba sentado frente a mí en la oficina de ayudante de cátedra, intentando ayudarme a comprender las últimas lecturas asignadas. Solamente nosotros dos.

Me sonrojé y bajé la mirada hacia mi cuaderno, lleno de garabatos sobre las leyes de salario mínimo y el equilibrio de Nash. No tenía idea de qué significaba todo aquello.

—Necesito ayuda extra. Esto me resulta un tanto difícil.

—Formulas preguntas excelentes. Preguntas que esperaba escuchar de alumnos de las clases de economía más avanzadas. —Sonrió ampliamente, mostrando una dentadura perfecta—. Creo que simplemente tu razonamiento es detallado. Aprender es muy parecido a armar un rompecabezas. Y las distintas personas tienen distintas piezas. A las que tienen más piezas les

lleva más tiempo armarlo, pero cuando lo logran, la imagen es más grande.

Sonreí con timidez, apartando la vista en dirección a las anotaciones, para luego volverla hacia él.

—Gracias. Nunca lo pensé de ese modo.

Se dio un golpecito en la cabeza con los dedos.

—Imagen grande.

Los dos nos reímos por lo bajo y luego nos sonreímos el uno al otro. Definitivamente compartimos aquel instante y no sabía qué decir a continuación, por lo que me alegró que él finalmente rompiera el silencio incómodo.

—Ey —me dijo alegremente—. Hoy hay una presentación de Gary Becker en Lowell Hall. ¿Quieres ir?

Corriendo el riesgo de sonar ignorante, le pregunté:

—¿Quién es?

—Un economista famoso conocido por el “teorema del niño malcriado”. Es mi preferido. —Martin sonrió ampliamente. Me encantaba cómo se emocionaba con los temas económicos y los economistas renombrados en sus horarios de oficina. Te transmitía su energía: de vez en cuando, hasta yo me emocionaba con esas cosas.

Arrugué el entrecejo.

—¡Qué gran nombre para un teorema!

Se rió entre dientes.

—Un gran nombre para un gran teorema. Imagínate un hermano malo al que le gusta maltratar a su hermana. Si los padres dicen que le darán más dinero de la herencia al hijo que más lo necesite, entonces el hermano malo querrá ayudar a su hermana para que le vaya bien y así terminará recibiendo una mayor parte de la herencia. Su bienestar ahora depende del bienestar de su hermana. Puedes hacer que un niño malo se convierta en bueno con los incentivos adecuados.

Fruncí más el entrecejo, reflexionando sobre el ejemplo.

Martin se encogió de hombros y luego me guiñó el ojo.

—Quizás no sea tan famoso.

Me reí.

—Parece interesante. —Y una oportunidad para salir con un chico muy atractivo. Además, no era frecuente que tuviera la posibilidad de hacer actividades de ocio—. Seguro, vamos.

Comenzamos a vernos con más frecuencia. Al principio, en eventos sociales neutros, luego se hizo cada vez más claro que estábamos saliendo. Hacía unos meses que nos estábamos viendo cuando pasamos caminando delante de un gimnasio y Marty sugirió que probáramos el club de baile swing.

—¿Un chico que quiere ir a danza? No sé, no soy muy buena bailarina.

Sus labios carnosos se curvaron en una sonrisa traviesa.

—¿Estás diciendo que los hombres no pueden bailar?

—¿No es eso un estereotipo?

—¿No es también un estereotipo aquello acerca de que las chicas son buenas bailarinas?

—¡Buen punto!

Me extendió la mano para que la tomara y lo hice con elegancia.

—¿Bailamos?

Me sorprendió descubrir que no solo era inteligente y atractivo, sino también un buen bailarín.

Pasamos la tarde con nuestros cuerpos cerca el uno del otro, riéndonos y sudando. Me tropecé y lo pisé varias veces pero parecía no importarle. Me ayudó mostrándome cómo hacer los movimientos básicos y hasta me convenció de que le permitiera balancearme alrededor de su cintura.

Fue la vez que más me divertí en la facultad hasta aquel momento.

—Nunca antes hice esto, Kristen. ¿Tú? —Tenía el cuerpo tenso mientras se colocaba encima de mí, en la cama de mi dormitorio de la universidad. Le había quitado la camisa y ahora yacía sobre el suelo, adonde la había arrojado. La superficie de su torso esculpido era suave y me excitaba mucho tenerlo arriba, tan cerca. Me había sorprendido descubrir que estaba increíblemente en forma para ser un ayudante de cátedra cerebritito. Una rutina regular de natación y baile le hacía aquello al cuerpo.

Su pecho jadeaba mientras intentaba controlar la respiración. Le sonreí.

—Si me estás preguntando si soy virgen, tengo que decirte que no. Tuve algunos novios cuando iba a la secundaria.

—Ya veo. —Apartó la mirada de la mía, para bajar la vista a mi pecho, adonde usualmente le gustaba mirar. No me importaba. De hecho, me gustaba la manera en que me hacía sentir deseada. Generalmente tenía tanta confianza en sí mismo y tenía todo bajo control, pero ahora, en este momento de intimidad, estaba vulnerable.

—¿Es un problema para ti?

—No... Es que nunca tuve una novia antes de ti. Estoy un poco nervioso. —Entorné los ojos y fruncí el entrecejo—. Pareces sorprendida.

—Lo estoy. Pensé que tendrías un extenso historial de citas dado lo inteligente y atractivo que eres.

Me observó con aquellos ojos azules intensos.

—No confío en los demás con facilidad. Por lo general, no me acerco tanto a las personas.

—¿Confías en mí? —Con cuidado, le quité los anteojos y los ubiqué sobre el estante arriba de la cabecera de la cama. Sus ojos se pusieron radiantes.

—Confío en ti, Kristen.

—Iremos despacio, Marty. Nos tomaremos nuestro tiempo. —Me quité un bretel del vestido del hombro. Tomé su mano y la ubiqué sobre mi seno, que hizo que liberara lentamente una exhalación al sentir la calidez que irradiaba su piel.

Se le encendieron las mejillas. Era tan adorable verlo de esta forma.

—Kristen, c-creo que...

—¿Qué quieres decirme?

Negó con la cabeza.

—Nada. Simplemente eres tan maravillosa. La persona más increíble que he conocido.

Sonreí.

—¿Incluso más increíble que Gary Becker?

—Cien veces más increíble.

Tiré de su cabello castaño y acerqué sus labios a los míos. Esa noche hicimos el amor por primera vez.

Marty hizo un agujero del tamaño de su puño en la mampostería de su apartamento.

Estaba asustada. Durante las últimas semanas, había entrevisto su carácter —pequeños arrebatos por cosas aparentemente triviales que hacían otras personas— pero no me habían preocupado demasiado. Se lo atribuía al estrés. Era ayudante de cátedra y, después de todo, el curso implicaba una gran carga. Pero sus reacciones nunca habían ido tan lejos.

—Marty, tranquilízate. No tiene tanta importancia.

—Sí que la tiene. ¿Cómo pudo hacer eso? ¿Acaso no tiene consciencia?

—Estás reaccionando exageradamente. No fue su intención. No vio que venías, por eso abrió accidentalmente la puerta y te pegó de frente.

Suspiró y se frotó la nariz que estaba comenzando a hincharse. Se sentó en el sofá de gamuza marrón junto a mí, con la cabeza entre las manos.

—¿Por qué te enojas tanto? —le pregunté— ¿Has estado estresado en el último tiempo? — Comencé a acariciarle la espalda suavemente. Tanto para tranquilizarlo a él como para tranquilizarme yo misma. Todavía estaba conmocionada por aquel puñetazo.

—No, estoy bien —gruñó.

—Háblame, Marty. Hay algo que no me estás contando.

Por un momento no respondió, prefería frotarse las sienes para calmarse.

—Nunca le conté esto a nadie... a veces simplemente me enfurezco muchísimo. Mi mamá fue un poco dura conmigo cuando era pequeño.

—¿Qué sucedió?

Dejó escapar otro largo suspiro. Percibía que estaba analizando si contarme lo que estaba pensando o no.

—Era drogadicta. —Las palabras permanecieron en el aire un momento—. Hasta cuando estaba embarazada de mí, inhalaba cocaína. Dice que ahora está limpia, pero sé que aún bebe mucho.

El corazón me dolió por él. Sabía cómo era tener una mala relación con los padres. Cómo afectaba tus habilidades sociales y tu capacidad para relacionarte con otras personas. No podías librarte de aquello sin importar cuán lejos huyeras. Para mí, haberme mudado de Texas a Massachusetts no era lo suficientemente lejos. Pensaba que yo la pasaba mal, pero parecía que Marty la pasaba mucho peor.

—Siento oír eso —le dije, mientras continuaba frotándole la espalda para tranquilizarlo—. No lo sabía.

Se animó inesperadamente.

—No te preocupes por ello. Quedó en el pasado. —Me acarició la mejilla y me besó—. Sé que a veces soy muy irascible, pero estoy trabajando en ello. Y tú haces que quiera ser mejor.

—¿Estás tomando los medicamentos? —le pregunté a Marty. Estábamos sentados en un

rincón apartado de la biblioteca Houghton intentando estudiar.

Había tenido otro episodio desagradable hacía poco, cuando perforó por segunda vez la pared porque un profesor criticó un punto en uno de sus ensayos. El primer hueco había sido reparado hacía apenas dos meses. Lo habíamos hecho juntos con un poco de masilla de bricolaje que habíamos comprado en una ferretería cercana.

En aquel momento, le recomendé que fuera a ver a un terapeuta. Al principio se mostró reacio, pero finalmente lo convencí. Después de algunas sesiones, le dijeron que tenía un trastorno límite de personalidad, lo que significaba que sus emociones se intensificaban y que era muy impulsivo. Podía ir de una euforia extrema a una ira o depresión extrema rápidamente. Todo a partir de un pequeño detonante: una crítica leve, un malentendido, etc.

Su condición era tan buena como mala. Cuando estaba contento, estaba realmente contento, lo que lo convertía en la mejor persona del mundo junto a la que se podía estar. Podía alegrarte el día aunque hubieses ido a un funeral aquella misma mañana. Esa era una parte de la razón por la que las chicas (y hasta algunos hombres) se sentían atraídos por él como las polillas a la llama. Simplemente tenía ese tipo de energía.

Pero cuando estaba triste, era horrible estar cerca de él. Era como si una nube negra se cerniera sobre su cabeza, contaminando todo a su alrededor. Despotricaba y vociferaba, mostraba amargura, paranoia y a veces se volvía violento físicamente, pero nunca me había lastimado. Me costaba mucho creer que una persona tan maravillosa pudiera volverse tan terrible tan rápidamente. Me ponía nerviosa que pudiera alternar entre ambos extremos en un abrir y cerrar de ojos.

La doctora Perkins le había recetado unos medicamentos que debía tomar regularmente. Se suponía que regulaban las fluctuaciones de su humor. Lo hacían más equilibrado, como las personas en general. Menos volátil.

—No. No puedo pensar con claridad cuando los tomo. Tengo que escribir este artículo para mañana.

Me sentía extremadamente frustrada.

—¿Marty, yo te importo?

—Kristen, tú me importas más que nada en el mundo. Lo sabes.

—Sí, Marty. Lo sé. Pero tú comprendes cómo me afecta cuando no tomas tus medicamentos, ¿verdad? Me asusta. —Se me llenaron los ojos de lágrimas. No quería llorar pero era tan frustrante no poder comunicarme con él. Necesitaba ayuda y me sentía incapaz de ayudarlo.

—Shh, shh. —Me rodeó los hombros con el brazo y me frotó el brazo de arriba abajo—. Lo siento, Kristen. Los tomaré.

Me sequé las lágrimas del rostro con la mano.

—¿Estás yendo a las sesiones?

—Sí... solamente falté durante las últimas semanas.

—Tienes que ir a tus sesiones —le dije, esforzándome al máximo para no sonar gruñona.

—Lo sé, pero la doctora Perkins es una idiota. No me comprende. No me sirve demasiado hablar con ella.

—Supuestamente es una de las mejores terapeutas de la costa este para tratar tu condición. Por favor, Marty. ¿Lo harás por mí?

Inhaló profundamente y luego relajó los hombros.

—Está bien. Lo haré por ti.

Acababa de regresar a mi dormitorio de la universidad de una fiesta y me encontré con Marty sentado sobre mi cama, esperándome; su boca, una línea delgada. Su apartamento estaba más alejado del campus que mi habitación, por lo que habíamos estado pasando mucho tiempo en donde yo vivía. Para él tenía sentido tener mi llave extra.

Las primeras palabras que salieron de su boca fueron una acusación.

—Yo no te importo, Kristen.

No me tomé bien ese saludo.

—Sí, Marty. Maldición. Me importas.

—¿Entonces por qué fuiste a esa fiesta si sabías que solo me pondría celoso?

—Dios. Solo fui con algunas chicas. Fueron muy amables al invitarme. No es que tenga muchas amigas por aquí. Te invité pero dijiste que tenías mucho trabajo que hacer.

—Ya lo sé. Simplemente odio la idea de que otros chicos intenten conquistarte. Eres tan hermosa. Me vuelve loco pensar que me dejaras por alguien mejor. Alguien más atractivo y encantador.

—Nunca te engañaré, Marty. Debes confiar en mí.

Gruñó y luego suavizó la voz.

—Confío en ti.

Era el receso de primavera y no tenía muchas ganas de ir a casa a ver a mis padres, así que fui a la de Marty. Me había dicho que tenían una casa grande y que a sus padres les emocionaría conocerme. Su padre, Charles Pritchard, era un socio fundador de uno de los estudios de abogados más prestigiosos de la costa este, por lo que su familia estaba muy acomodada financieramente. Había pasado una semana desde que llegamos al hogar de los Pritchard, ubicado en las afueras de Boston y las cosas no eran como yo esperaba.

Estaba de pie junto a Marty en la sala de estar. Planeábamos salir a cenar pero el automóvil no estaba y los otros dos estaban en el taller.

—¿Dónde está papá? —preguntó Marty.

—Vuelve tarde, otra vez —respondió la Sra. Pritchard. Estaba sentada en un sillón reclinable, en dirección al televisor de pantalla grande, pero no estaba encendido. Tenía una botella a la mitad de un líquido ámbar en la mano. Incluso en su estado desarreglado, Melody Pritchard era un bombón para la edad que tenía. Cabello rubio radiante, una cintura de avispa y el rostro de una modelo de Victoria's Secret. Ahora veía de donde había sacado Marty su buena apariencia. Sin duda, estaba a la altura de la parte de “trofeo” de la esposa trofeo.

—Probablemente en el trabajo, dándose un revolcón con la secretaria. —Se llevó la botella a la boca para tomar un trago largo—. Nadie me ama. Ni tu padre. Ni tú. Mi propio hijo no ama a su madre.

—Sí, mamá. Sabes que te amo.

—Yo te crié. Te di mis tetas para que bebieras de ellas. Las dejaste flácidas y feas. Es por eso que tu padre me engaña. Porque ya no soy tan linda para él. ¿Cómo puedo culparlo por desear a otras mujeres?

—No, mamá. Papá simplemente está ocupado con el trabajo. No te está engañando.

Tomó otro trago.

—Todos los hombres son iguales. Mentirosos e infieles. ¿No es cierto, Kristen?

Aquello era incómodo. Super incómodo. ¿Qué se suponía que debía responderle?

—...No sé, Sra. Pritchard. Marty no me ha engañado. Al menos hasta donde yo sé... —Miré a Marty cautelosamente. Me lanzó una mirada compasiva como diciendo “siento que tengas que lidiar con esto”.

La señora Pritchard resopló, luego tomó otro trago e hizo un gesto con la botella hacia mí.

—Me caes bien. Eres una buena chica. Me alegra que Marty te haya conocido. —Dirigió su atención hacia Marty—. Sé bueno con Kristen. Es una chica tan buena. Un verdadero encanto. No la engañes como tu padre malo me engaña a mí.

—Nunca lo haría, mamá. Soy bueno. Tal como tú me criaste.

Ella asintió.

—Tienes razón. Eres un buen chico, Martin. Hijo mío.

Esa noche, el señor Pritchard no regresó con el auto hasta la medianoche. Terminamos ordenando pizza a domicilio y mirando películas de acción absurdas en la habitación de Marty. Escuchaba débilmente al Sr. Pritchard y a su mujer discutir en la planta baja, pero el estruendo de las explosiones y los disparos en la televisión ahogaron la mayor parte de ello.

—¿Qué piensas acerca de la idea de tener hijos algún día? —me preguntó Marty, con las manos detrás de la cabeza. Estaba recostada contra su pecho, aún recuperándome de la agitación de un orgasmo reciente.

Acabábamos de tener sexo furioso de reconciliación después de una discusión acalorada sobre alguien —un chico— que había dejado un comentario benigno en mi muro de Facebook. Peleamos, terminé borrándolo, luego cogimos como conejos. Se estaba convirtiendo en una situación cada vez más frecuente.

Me reí y luego levanté la mirada hacia él.

—¿No nos estamos apresurando un poco aquí? Ni siquiera me he graduado aún.

Él sonrió.

—Es solo una pregunta hipotética.

—No lo sé. No lo he pensado demasiado. Los niños son lindos cuando son bebés, pero hasta en ese momento son un terremoto. No me imagino lo difícil que sería cuando fueran adolescentes. No estoy segura de tener las aptitudes para ser madre. Dios sabe que no he tenido un buen ejemplo.

—Creo que serías una madre excelente.

Volví a reír.

—¡Qué cumplido! ¿Quisieras brindar algunos argumentos que respalden tu afirmación, Sr. Sabelotodo?

—Eres muy atenta. Compasiva. Sabes cómo no se debe ser.

—Eso no significa que sepa cómo se debe ser.

Su sonrisa se ensanchó y guiñó uno de sus ojos azules.

—Tengo fe en ti. Aprendes rápido.

Se estaba burlando de mí, así que le hice cosquillas en las costillas porque sabía que odiaba eso.

—¿Qué me dices de ti? ¿Qué piensas de ser padre?

—Quisiera serlo algún día, definitivamente. Sentar cabeza. Ser un buen padre. Pasaría mucho tiempo con mi hijo y le prestaría mucha atención, eso seguro.

—¿No estarás ocupado todo el tiempo como tu padre?

—Me esforzaré al máximo para no estarlo. Definitivamente no quiero ser así.

Comencé a pensar en cómo sería educar a un hijo con Marty. Solo mantener nuestra relación a flote era difícil por su condición, no podía imaginar lo que sería si incorporáramos un hijo a la mezcla.

—Estás pensando en algo —me dijo—. ¿Qué es?

Negué con la cabeza.

—No es nada.

—Vamos, puedes decírmelo —me acarició el cabello suavemente—. No te preocupes, no harás que me moleste.

—Está bien —le dije con suavidad—. Iba a preguntarte si te preocupaba tu condición, si se transmitiría al bebé.

Hizo una pausa para pensarlo.

—Supuestamente, parte de ella es genética, así que es posible que se transmita. Pero definitivamente no es seguro.

Después de un rato, sonrió.

—Si sucede, estarás allí para mantenernos a ambos a raya.

—¿Por qué dejarías la facultad de derecho? —le pregunté.

Estábamos en mi apartamento en Boston. Ya me había graduado y hacía unos meses que trabajaba para una compañía financiera. Marty iba a la Facultad de Derecho de Yale, en Connecticut, pero se había presentado en mi casa inesperadamente. Ya hacía casi un año que terminábamos y volvíamos. Las cosas comenzaron a ponerse más inestables cuando se fue a la facultad de derecho. Cada vez que terminaba con él, se disculpaba profusamente y prometía cambiar. Lo perdonaba y volvíamos a intentar. Nuestra relación era complicada.

Este era uno de los ciclos en los que no salíamos.

Se encogió de hombros.

—No tenía sentido. La odiaba.

—¿Pero no ibas a trabajar en el estudio de tu padre? ¿Qué va a decir él?

—Puede irse al carajo —refunfuñó Marty—. Eso es lo único que le interesa: su estudio de abogados. Probablemente se cabreará y me limitará económicamente, pero no me importa. Estoy seguro de que encontraré otra cosa para hacer.

—Marty, no parece que hayas pensado esto bien. Ya has hecho la mitad. ¿Por qué no la terminas?

—Es estúpido. De cualquier manera, nunca quise hacerlo. Mi papá simplemente me obligó a hacerlo. Que su hijo asista a la facultad de derecho más importante del país lo hace quedar bien. Realmente no se preocupa por mí.

—Marty, estás molesto. Pensemos lo que estás diciendo.

—Nadie se preocupa por mí. Papá nunca está. Mamá es un desastre. Eres lo único que tengo, Kristen.

Me llené los pulmones de aire para recobrar la compostura.

—No podemos seguir con esto, Marty. Es agotador. Atravesamos la misma situación una y otra vez.

—Yo también estoy cansado, pero nos amamos tanto. —Me clavó la mirada en los ojos. La mirada intensa de esos iris azules resistió las capas de duda e incertidumbre—. Los dos sabemos que nunca terminaremos.

Metí ropa y otros artículos en mi maleta, a toda prisa. Todavía me dolía el meñique, lo que me hacía difícil tomar las cosas con la mano derecha. Necesitaba irme de allí. Irme de Boston.

Afortunadamente, no tenía muchas cosas. El apartamento estaba completamente amoblado cuando me mudé. Lo esencial cabía en dos maletas grandes (al menos todo cupo después de apretujarlo). A todo lo demás lo podía dejar atrás.

En cuanto a las contraseñas de mi correo electrónico y de Facebook, debía cambiarlas cuando llegara a Nueva York.

Necesitaba comenzar de nuevo.

Capítulo dos

El aporreo a la puerta de mi apartamento se convirtió en un golpe suave luego de que le dijera que se marchara. La respuesta controlada me irritó. ¿Cómo podía Vincent actuar con tanta tranquilidad justo después de que yo descubriera que me había engañado con Ariel? Ese pendejo tenía la osadía de presentarse a mi puerta. Abriría la puerta y le gritaría. Era un lobo disfrazado de cordero y me había engañado.

La peor parte, sin embargo, era que él no era el primero.

Destrabé la cerradura de seguridad pero dejé, a propósito, la cadena en su lugar. Vincent no entraría —no a menos que me lo suplicara—. Y aun así, probablemente no. Abrí la puerta para dejar una rendija y observé al hombre que estaba de pie sobre mi alfombra de bienvenida.

Me quedé helada.

No era Vincent el que estaba al otro lado de la puerta.

Ojos azules penetrantes. Anteojos cuadrados sin montura. Cabello castaño alborotado, con raya al medio.

Era Marty.

Me llevé la mano instintivamente al collar con forma de corazón que llevaba alrededor del cuello. ¿Cómo podía estar pasando esto? Últimamente, el trabajo y Vincent me habían absorbido tanto que casi me había olvidado de que él se había presentando en mi apartamento hacía un mes cuando solo Riley estaba en casa.

—¡Kristen! ¡Qué alegría haberte encontrado! He estado tan preocupado. —La nítida y conocida voz masculina fluyó por mí y me detuvo la respiración. Colocó una mano sobre su corazón, mientras mantenía la otra detrás de la espalda. Llevaba una camiseta escote en v negra sobre unos jeans que terminaban en unas botas marrones de gamuza. La apariencia casual y relajada contrastaba abruptamente con mi reacción al ver a este hombre de pie en la entrada.

—¿Marty? —Quería cerrar la puerta, salir corriendo, cambiar de dirección de nuevo. Quizás esta vez cambiar mi nombre. Pero no podía moverme. Las manos y los pies se me habían congelado.

—¡Guau! Te ves espectacular. —Sonreía mientras sus ojos escaneaban de arriba abajo mi cuerpo—. Incluso mejor de lo que recuerdo. No sé cómo puede ser posible.

En ese momento caí fuertemente en la cuenta de que todavía vestía el vestido negro ajustado en las caderas que me había puesto para cenar con Vincent. Todavía tenía el cabello arreglado pero el maquillaje era un desastre luego de haber llorado por la infidelidad de Vincent.

—¿C-Cómo me encontraste?

—Cuando fui a tu apartamento en Boston, descubrí que no estabas allí. No sabía dónde estabas hasta que escribí tu nombre en Google hace poco y encontré esta dirección.

Eso es disparatadamente extraño. Con frecuencia me googleaba a mí misma para asegurarme de que mi nueva dirección nunca apareciera en Internet precisamente por aquella razón. Sabía que la compañía para la que trabajaba nunca publicaba información específica sobre los empleados en su sitio web. ¿Se me había escapado de alguna manera?

Continuó.

—Quiero decirte que lo siento muchísimo por todo lo que te hice pasar. Sé por qué te

marchaste con tanta prisa y no te puedo culpar.

Las lágrimas se me atragantaron al recordar los momentos traumáticos de cuando me torció el meñique. Una avalancha de sentimientos encontrados me confundió. Miedo. Alivio. Dolor. Esperanza. Recuerdos buenos y malos pasaron a toda velocidad por mi mente. Las horas de oficina. El baile swing. Las noches que hacíamos el amor. Los días en que nos gritábamos el uno al otro. Cuando su puño daba contra la pared. Habíamos estado juntos durante dos años y medio y creía que había enterrado aquellos recuerdos en algún recoveco oscuro del cerebro, pero ahora todo apareció desplomándose sobre mí como una avalancha.

—Sé que nunca podré cambiar el pasado. Debería haberte llamado pero sabía que debía decirte esto personalmente.

Sujeté el collar con más fuerza. Él tenía razón. No debería haberse presentado en la entrada de mi casa sin anunciarse. No la primera vez. No de este modo. Eché un vistazo cautelosamente a la otra mano, que aún tenía detrás de la espalda. Destrabé el seguro del collar con gas lacrimógeno, preparándome para lo que podría hacer después de lo que estaba a punto de decirle.

—Marty, no deberías estar aquí.

Sus ojos azules cambiaron. Una capa sutil se deslizó sobre ellos de modo que cambió su apariencia a una súplica.

—Lo siento. Lo siento tanto. He estado trabajando en mí. He estado viendo a la doctora Perkins. No he perdido las esperanzas en cuanto a nosotros.

—Eso fue hace dos años —balbuceé—. Yo seguí con mi vida. Necesitaba comenzar de nuevo.

Un estremecimiento en sus rasgos delató su frustración. Por un breve instante, sus ojos parpadearon con intensidad. Era la misma mirada de cuando agujereaba de un puñetazo la pared de su apartamento. Pero tan pronto como apareció, desapareció.

—No pierdas la fe en mí, Kristen. Hemos pasado por tanto juntos. Hemos compartido cosas que nunca compartimos con nadie más. No eches todo eso a la basura.

—Tú lo echaste todo. Después de lo que me hiciste... —Me temblaban las manos y sentía débiles las piernas. Me tambaleé contra la pared para apoyarme. El cuerpo me quemaba y sentía un hormigueo en la piel. El corazón me latía rápidamente. Quería gritar, llorar, empujar y lanzar las manos arriba admitiendo la derrota, todo al mismo tiempo. Era una sensación extrañamente familiar. Como si me hubiera hundido de nuevo en una vieja rutina que había aprendido a romper.

Y luego, me di cuenta: después de dos años, otra vez estábamos discutiendo.

—Me pasé de la raya, lo sé. No lo volveré a hacer, te lo prometo. He estado trabajando en mí estos años que estuvimos separados. —Sonrió con frustración—. Tienes que escucharme.

¿Cuántas veces había hecho promesas en el pasado? Siempre las rompía. No tomaba sus medicamentos. No veía a su terapeuta. Siempre había querido creer en él, una y otra vez. Una parte de mí quería creerle también ahora. Que finalmente había cambiado para mejor. Pero el instinto me ganó.

—No, Marty. No.

—Por favor, Kristen —me dijo suavemente. Sacó la mano de detrás de la espalda. Sorprendida, di un paso hacia atrás. En la mano, tenía un ramo de flores azules—. Te traje estos. Altramuces, tus favoritos.

Estaba impactada. Había recordado un comentario al pasar que le había hecho cuando visitamos los jardines botánicos cuando todavía salíamos. Me había preguntado cuáles eran mis

flores favoritas y le dije que el altramuz porque me recordaba a Texas y el color coincidía con el de sus hermosos ojos azules.

El corazón se me detuvo en el pecho. El enojo, la frustración, el miedo... todo desapareció por un momento.

Dio un paso hacia adelante y extendió la palma abierta por la apertura estrecha de la puerta. Podría haber cerrado la puerta antes, pero ahora, si lo intentaba, significaría cerrársela sobre la mano.

—Nunca volveré a lastimarte —me dijo con suavidad.

—Marty, yo...

Al casi tocarme con los dedos la mano que tenía sobre el collar, me volví dolorosamente consciente de las punzadas que sentía en el meñique. No sabía qué hacer. Todo estaba sucediendo otra vez. La impotencia. La frustración. El deseo de complacer. La esperanza de que las cosas fueran diferentes esta vez. El miedo de que no lo fueran.

Luego me rozó la mano con los dedos. Lo siguiente sucedió demasiado rápido para que yo lo procesara. Cuando mi mente se puso al tanto, vi a Marty derribado en el suelo. Un cuerpo pequeño pero musculoso con una camiseta tipo polo a rayas lo había derribado y había desparramado flores azules por todo el pasillo.

—¡Bernie! —grité, al reconocer su bronceado anaranjado.

¿De dónde había salido? ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Qué estaba sucediendo?

—¡Aléjate de mí! —gritó Marty, mientras luchaba por liberarse del abrazo de oso de Bernie, a quien tenía detrás.

Los dos hombres rodaron por la alfombra polvorienta del pasillo, luchando por dominar al otro, pateaban el suelo, pateaban la pared, aplastaban las flores en su camino. Bernie deslizó el abrazo de oso más alto y logró envolver el cuello de Marty con el brazo para hacerle una llave. Marty lo asió, intentando sacárselo de encima, pero el brazo era muy fuerte y musculoso; al cabo de unos momentos, el rostro de Marty estaba rojo por la falta de circulación.

Gruñendo y apretando los dientes, Marty se impulsó desde el suelo con Bernie aún colgado de su espalda, cerniéndose a un pie del suelo.

Marty se lanzó de espaldas contra la pared e hizo que Bernie se diera contra ella tan fuerte que se sintió como si todo el edificio de apartamentos hubiera temblado. Fue suficiente para aflojar la sujeción de Bernie y Marty se aprovechó de la oportunidad. Se acomodó el mentón y le mordió el antebrazo, lo que hizo que este liberara la llave. Marty se alejó tambaleándose, pero no sin antes patearle el rostro, lo que hizo que él retrocediera haciendo eses.

—¡Maldito idiota! ¡Déjame de joder! —gritó Marty, muriéndose por un poco de aire. Se tambaleó mientras peleaba contra el mareo para recobrar el equilibrio mientras Bernie se recostaba contra la pared, recuperándose del daño que le había causado y escupiendo pétalos azules (y un diente) en el proceso.

Un hombre alto, con brazos largos y tonificados, se movió con rapidez detrás de Marty como un ninja y le tomó uno de los brazos y se lo tiró detrás de la espalda mientras le retorció la muñeca. Era profesional, como algo que un oficial de policía haría. ¿Cómo Kurt sabía hacer aquello?

Descorrí la cadena de la puerta y salí corriendo al pasillo, sin preocuparme por cómo me veía.

—¡Manténgase alejada, Kristen! —gritó Kurt—. No permitiremos que la lastime. Estamos aquí para protegerla. —Kurt inmovilizó a Marty en el suelo y Bernie saltó sobre la espalda de Marty para mantenerlo quieto con su peso.

—¿Q-qué? —tartamudeé. No tenía idea de qué estaba sucediendo. Pasaba tan rápido.

—Kristen, ¡yo no iba a lastimarte! —gritó Marty desde su posición boca abajo, sujeto debajo de Bernie.

—Él no iba a hacerme nada —grité.

—Es nuestro trabajo... —Kurt apretó el brazo de Marty detrás de su espalda y lo hizo chillar —. Protegerla.

Negué con la cabeza con incredulidad, tratando de comprender la situación frenéticamente.

—No entiendo.

—Por favor. Regrese al apartamento, Srta. Daley —dijo Bernie, cuya nariz y boca sangraban por la patada de Marty.

—¿Por qué? ¿Cómo sabes mi apellido?

Estaba a punto de formular más preguntas cuando oí unos pasos que subían a saltos por el hueco de la escalera. ¿Alguien de alguno de los otros apartamentos habría escuchado la conmoción y la había informado? ¿Era la policía?

Una figura imponente, vestida con ropa elegante de etiqueta apareció en la parte superior de la escalera. Su respiración estaba agitada y los ojos oscuros, encarnizados.

Vincent. Parecía que había venido directo del restaurante donde lo había dejado.

Al verme junto a la conmoción cercana, una mirada grave asoló sus rasgos. Atravesó el pasillo a toda velocidad hacia nosotros, sus mocasines negros hicieron un ruido ensordecedor como si fueran pezuñas contra la alfombra sucia.

—¡Vincent! —grité. Me sorprendió lo aliviada que me sentí al verlo.

Vincent se detuvo delante de nosotros, su rostro deslucido por la preocupación. Me tomó delicadamente de los hombros.

—Kristen, ¿estás bien? ¿Te lastimó de alguna manera? —la compostura habitual que mostraba en las situaciones peligrosas se había ido.

—E-estoy bien, Vincent. Pero es una locura. Hay una pelea... No sé qué hacer. Tengo miedo. —Todo sucedía tan rápido que no podía articular las palabras adecuadas para explicarle. Aun si pudiera, no me creería. ¿Cómo podía explicar que Marty había aparecido inesperadamente con flores y luego mi vecino super musculoso al que le gusta Lady Gaga lo derribó al pensar que me iba a lastimar? Hasta a mí me costaba creerlo.

Me alegraba que Vincent estuviera allí ahora. Una vez más, me daba cuenta de cuán segura me hacía sentir Vincent. Le pondría fin a este drama.

Vincent volvió la mirada hacia Marty, al que sujetaban en el suelo. Marty aún luchaba y maldecía. La mandíbula de Vincent se tensó y sus ojos ardían como una hoguera.

—¿Crees que puedes usar el miedo para controlarla? Te mostraré lo que es el miedo. — Vincent empuñó las manos—. Pónganlo de rodillas —dijo.

Kurt y Bernie hicieron que Marty se arrodillara mientras lo seguían refrenando. Marty intentó resistir, pero Kurt le sujetó el brazo con más fuerza. Mientras Vincent se ubicaba de pie delante de Marty, que estaba arrodillado, pude ver que tenían una altura y contextura similar. Se observaron ferozmente, como dos leones salvajes listos para pelear por una hembra. La similitud entre ellos era perturbadora.

—¿Qué haces, Vincent? —chillé. Vincent me ignoró. Estaba concentrado únicamente en Marty.

—¡Hijo de puta! —Vincent llevó el brazo hacia atrás y lo balanceó para que aterrizara con un golpe recto en la mejilla de Marty. Los anteojos de Marty volaron de su cabeza y se estrellaron

contra una pared cercana. Creí que había oído que el hueso de alguien se quebraba. No estaba segura de si era la mandíbula de Marty o el nudillo de Vincent.

—¿Qué haces?! —grité.

—¿Por qué me pegaste, pedazo de mierda? ¡Carajo, te voy a matar! —gritó Marty.

—¿Te crees fuerte porque les pegas a las mujeres? —soltó Vincent.

Se preparó para dar otro puñetazo con la otra mano y le dio un golpe a Marty en la otra mejilla.

—Solo quieres controlarla. No tienes derecho.

—¡Vete al carajo! ¡No sabes una mierda sobre mí! —chilló Marty.

Luego, Vincent comenzó a patearlo en el estómago.

—¡Vete a la mierda! —dijo Marty jadeando, entre los golpes.

—Tú no te preocupas por ella. Nunca lo hiciste.

Jamás había visto aquel lado de Vincent. Le daba un puñetazo tras otro a Marty, como si estuviese poseído. Yo observaba horrorizada al tiempo que comenzaba a darme cuenta de algo: Marty moriría.

Salté delante de Vincent para proteger a Marty. Vincent llevó el puño hacia atrás, mientras yo lo envolvía con los brazos y enterraba el rostro en su pecho.

—¡Detente, Vincent! Por favor, por Dios. Detente. ¡Lo matarás!

Se le tensó el cuerpo. Levantó los brazos para golpear. Cerré los ojos y me preparé para lo peor. Luego, de repente, sentí que relajaba el cuerpo. Vincent bajó lentamente el brazo a su costado.

—Te vuelves a acercar a Kristen de nuevo y te juro que te mataré.

—¿Quiere que nos lo llevemos, jefe? —preguntó Kurt.

¿Jefe? ¿Por qué Kurt lo acababa de llamar jefe? ¿Cómo lo conocía a Vincent?

—Espera —Vincent me agarró con delicadeza de la cintura y me hizo a un lado. Dio un paso hacia Marty y lo tomó por el cabello, para levantarle la cabeza y poder mirarlo a los ojos.

—Dime que comprendes. —Marty gorjeó algo incomprensible, con los ojos medio desorbitados—. Asiente con la cabeza si comprendes.

Vincent soltó la cabeza de Marty y este asintió débilmente.

—Encárguense de él —le dijo Vincent a Kurt.

Kurt asintió y se agachó para juntar los anteojos de Marty. Él y Bernie arrastraron a Marty sujetándolo por los hombros hasta el hueco de la escalera. Esta vez, Marty no se resistió, sus pies se arrastraban por el suelo.

No podía creer lo que Vincent acababa de decir. ¿Iban a matar a Marty a sangre fría? Frenéticamente, le pregunté:

—No lo van a matar, ¿verdad?

Vincent me miró intensamente; su entrecejo estrecho, con líneas muy marcadas, me asustó.

—Por supuesto que no. Eso nunca iba a pasar. Lo curarán y lo echarán de aquí y luego haré que lo vigilen para asegurarse de que nunca vuelva. Kurt y Bernie son profesionales. Ahora estás segura.

—¡Casi lo matas! ¿Qué carajo te pasa? —comencé a aporrearlo en el pecho con las manos, los ojos se me comenzaban a llenar de lágrimas.

Me sujetó las manos con firmeza y me miró fijamente a los ojos. La hoguera encendida de antes ya no estaba, y la había reemplazado una ternura igual de abrasadora.

—Necesitaba asegurarme de que no te lastimaría de nuevo.

—Pero...

—Mira, entremos antes de que los vecinos llamen a la policía. Te lo explicaré todo.

Todavía temblaba cuando Vincent me puso el brazo alrededor de los hombros. Me llevó adentro, pisando los pétalos azules.

Entré a mi apartamento con el cálido brazo de Vincent alrededor de mi hombro. Los ojos me escocían por las lágrimas. Los pensamientos atravesaban mi mente como un remolino. Estaba inundada de preguntas.

Hizo un gesto hacia el sofá para que me sentara, pero me volví hacia él apenas cerró la puerta detrás de nosotros.

—¿Qué mierda fue eso, Vincent? —le escupí—. ¿Por qué mis vecinos montaron ese comando tremendo en contra de Marty?

Su fachada tranquila había regresado y extendió la mano para secarme las lágrimas de la mejilla.

—Eran el equipo de seguridad que contraté para que te vigilara.

Mi mundo se dio vuelta. Podía sentir cómo la sangre se iba de mi rostro. Ya no sabía qué era real y qué no.

—¿Contrataste un equipo de seguridad?

—Sí, para que te cuidara. Para mantenerte a salvo.

El tono neutro de su voz me exasperó.

—¿Qué demonios?! Pensé que estabas bromeando un poco acerca de eso.

Su expresión se ensombreció inesperadamente.

—Nunca bromearía con algo como eso.

—Lo hablamos. Te dije que no quería uno y tú aceptaste. Es por eso que fuimos a la tienda del abuelo de Rambo en las afueras de la ciudad para comprar gas lacrimógeno. No me escuchaste. Me mentiste.

Hizo una mueca.

—Lo hice porque me preocupó por ti, Kristen. Era para tu propia protección.

—¿Mi protección? Dios. ¿Cuál es tu problema? Esto no es el salvaje Oeste, Vincent. En serio, hoy casi matas a un hombre.

Su boca era una línea delgada.

—Quizás lo merecía.

—Dios, siento que ni siquiera te conozco. Eres tierno y encantador y, al cabo de un segundo, te vuelves un psicópata violento. Tú y tu equipo de seguridad le dieron una paliza a un solo hombre como si fuesen alguna clase de banda de matones. Esperaba que la pareja del otro lado del pasillo me pidiera quizás una taza de azúcar de vez en cuando, no que resultaran ser unos malditos mercenarios.

Sus rasgos se retorcieron de dolor.

—Por favor, Kristen. Lo siento. Te mentí pero, por favor, comprende que debo garantizar tu seguridad.

—Mantenerme a salvo es una cosa, moler a palos a Marty como algún tipo de gánster es otra. Eso superó una tonelada de límites. ¿Por qué de paso no le quebraste las piernas con un bate de béisbol? O mejor aún, ¿por qué no le cortaste algún dedo? ¿Cómo sé que eso no es lo que le están haciendo ahora mismo?

—Sé que parece extremo, pero créeme, era necesario. He visto tipos como él antes. Sé que no

se rinden con facilidad. No hubiera ido tan lejos si no lo hubiese considerado necesario.

Me puse las manos en las caderas.

—¿Que has visto tipos como él antes? ¿Dónde? ¿En algún programa de televisión?

Vincent suspiró profundamente.

—Mi hermana Giselle tenía un novio agresivo. Por eso lo sé.

Gruñí fastidiada. Me soltaba una bomba tras otra y hacía añicos las piezas de la realidad que creía tener bajo control.

—Está bien. ¿Por qué no me contaste esto antes?

—No me sentía cómodo hablando del tema. Y antes no sabía si podía confiar en ti.

—¿Confiar en mí? —Lancé las manos al aire—. Te conté secretos de mi vida que nunca le había contado a nadie y tú tenías reservas conmigo. ¿Qué mejor momento tendrías para contarme que aquella noche en tu apartamento cuando te solté lo de Marty? Pero no, no confiabas en mí, ni siquiera después de que yo corriera semejante riesgo de confiar en ti, Vincent. ¿Cómo se supone que debo sentirme después de esto?

—Yo estaba concentrado en tu problema, Kristen. Quería que solo se tratara de ti.

—Mostrándome que entendías habrías hecho que fuera sobre mí, Vincent. Esconderme información mientras hacías planes a mis espaldas sobre mi privacidad implica que se trata de ti.

—Tienes razón, Kristen. Fue egoísta. Lo siento. No lo había visto de esa forma. Intenté hacer lo que pensaba que era lo mejor. Espero que puedas ver eso, a pesar de que no estés de acuerdo con mis actos. —Descansó suavemente la mano sobre mi hombro.

A pesar de disfrutar la sensación, se la quité.

—Pero ahora no confío en ti. Me mentiste. Te cogiste a Ariel Diamond. Me engañaste. Al menos Marty nunca lo hizo. —Intenté empujarlo pero era como una pared. En su lugar, fui yo la que se cayó hacia atrás. Él me tomó antes de que me cayera sobre el trasero.

—Espera, Kristen. Escúchame —farfulló, haciendo que se me erizara el cabello de la nuca—. Es todo un malentendido. El mensaje de texto que viste de Ariel no es lo que parece.

—¿Cuán ingenua crees que soy? ¿Qué más puede significar? Estaba bastante claro: le gustó montar tu gallo —le escupí. Las palabras sabían a ácido de batería que me salía de la lengua. Recobré el equilibrio y me liberé de sus brazos. Dio un paso hacia mí y me tiró de la cintura para acercarme a él, demostrando su persistencia. Sabía que no ganaría una batalla de determinación contra él, así que lo dejé pasar.

—Se refería a mi tabla de surf. El nuevo producto que lanzó mi compañía, que es el motivo por el que fui a Brasil. Se llama Gallito. —Articuló las palabras con cuidado, pero categóricamente.

Qué. Mierda.

La habitación comenzó a girar.

—Me estás mintiendo —le dije con inseguridad.

—No. —Su voz se suavizó y en los ojos se reflejaba esa ternura que habían mostrado antes—. No te estoy mintiendo. Siento que hayas visto eso, pero Ariel simplemente estaba siendo frívola con el mensaje como suele ser. Es su personalidad. Viste como es cuando la conociste. Estoy seguro de que no tenía idea de que leerías el mensaje. Tampoco es tan alborotadora.

Me inundó una ola de vergüenza. Me había ido corriendo del restaurante, enojada a causa de un malentendido. Al darme cuenta de que mis acciones debían de haberle parecido absolutamente infantiles, realmente me cabreeé. Con él.

—¿Gallito? Tienes que estar tomándome el pelo. Es el nombre más estúpido que he oído.

Se permitió sonreír.

— Placer en el Muelle te pareció bastante ingenioso.

— Ese al menos tiene sentido. Gallito no tiene sentido.

Inhaló profundamente y suspiró.

— Tienes razón. Es tonto. Pero es provocador y se vende bien. Como ves, a la gente le encanta hacer bromas relacionadas con el gallo.

Di un paso atrás y crucé los brazos delante del pecho. Lo observé muy seria.

— ¿Entonces no tuviste sexo con Ariel?

— No. Por Dios, no. Ni siquiera la he visto desde el día que nos encontramos con ella en Santa Lucía. Te dije que solo somos amigos y lo hemos sido durante años. Nunca te engañaría, Kristen. Eso sería estúpido. Increíblemente estúpido.

Mis brazos se tensaron.

— No sé si puedo creerte.

— Es la verdad. No hay mucho que pueda hacer para probártelo así que solo tendrás que confiar en mí.

— He confiado en ti todo este tiempo. Pero ahora con todo esto del equipo de seguridad, eso de que te volviste loco, Giselle y todo lo demás, no sé qué pensar. ¿Qué más me estás ocultando?

— Pregúntame cualquier cosa. Te lo diré.

Apreté la mandíbula.

— Pero ni siquiera sé qué preguntar, Vincent. No puedes hacerme eso... echarme la culpa por no hacer las preguntas acertadas.

— No, Gatita. No quise decir eso.

Después de mentirme, ¿todavía me llamaba Gatita? ¡Por favor!

— No me digas así. Has perdido ese privilegio.

Exhaló con pesadez e hizo un gesto hacia la sala de estar.

— Está bien, sentémonos en el sofá, tranquilicémonos y hablemos.

Solo porque se me estaban cansando los pies, obedecí a regañadientes. Una vez que nos sentamos, se me cruzó por la cabeza lo que acababa de enterarme, así que decidí qué preguntarle. Había tantas piezas que faltaban y que necesitaba encontrar. Decidí comenzar con la primera pregunta que tenía en la cabeza.

— Entonces, ¿qué le pasó a Giselle?

Se movió en el asiento, junto a mí.

— Tuvo una relación durante dos años con alguien que conoció en la facultad. Jim. Nadie sabía que estaba sufriendo. Había pequeños indicios, como las discusiones, pero parecía normal... las parejas suelen pelearse de vez en cuando. No fue hasta que le vi los moretones que... que decidí que debía intervenir. Me aseguré de que entendiera el mensaje. — Suspiró.

— Siento lo que le pasó a tu hermana, pero en este caso fuiste muy lejos. Demasiado lejos. No tenías que romperle el rostro a Marty. No me lastimaría.

— ¿Qué quería?

— Dijo que solo quería hablar.

Los ojos de Vincent se entrecerraron, mientras hacía rechinar los dientes.

— Yo no le creería. Ese es el truco clásico que usan. Ya te lastimó antes. Ya es suficiente para determinar que es peligroso.

— Dijo que lo sentía y me trajo flores. Solo quería disculparse.

— No lo sabes, Kristen. Kurt y Bernie estaban observando. Si actuaron, significa que

pensaron que estabas en peligro.

—Tú tampoco lo sabes. Él solo me estaba extendiendo la mano para decirme que lo sentía. La última vez que lo verifiqué, eso no era un delito.

Me miró con perspicacia.

—¿Por qué lo defiendes?

—¡Por Dios, Vincent! ¡Qué insensible! No lo estoy defendiendo. —Los ojos se me llenaron de lágrimas de nuevo—. No me trates como si fuese una víctima indefensa. No lo soporto.

—Mi equipo se asegurará de que no lo seas.

—¿Por qué no me escuchas? —le grité—. ¡Deshazte de ellos! Detesto la idea de que me observen y me controlen.

Mantuvo la mirada fija en mí mientras yo rompía en llanto.

—Kristen, quizás vuelva. Tienes que tomarte esto en serio.

—¡Por poco lo matas por traerme flores, Vincent! Dudo que vuelva. Creo que “entendió el mensaje”.

Tranquilamente me extendió un pañuelo de papel. Lo tomé y me sequé los ojos, quitándome también la máscara. Sabía que mi aspecto era un desastre pero no me importaba.

—No me gusta. Quiero que te sientas segura. Si vuelve, estarás completamente expuesta.

Cerré los ojos por un momento y forcé una exhalación temblorosa.

—En este momento, te temo más a ti que a él.

Frunció el entrecejo.

—No lo dices en serio.

Lo miré con franqueza.

—Sí. No sabes lo que es observar a tu novio aporrear a tu ex hasta casi matarlo. Te tengo miedo a ti y a lo que eres capaz de hacer.

Vincent quedó anonadado durante un momento, sin dudas vacilando a causa de mi respuesta.

—Está bien. Me desharé del equipo de seguridad. Les diré que coloquen un aparato de seguimiento en su automóvil para que podamos controlar por dónde anda. —Me miró a los ojos—. Pero deberías saber que yo nunca te haría daño.

—Ya lo has hecho. Quizás no físicamente como lo hizo Marty, pero me heriste emocionalmente. Traicionaste mi confianza.

—Está bien. ¿Cómo puedo compensarte?

Negué con la cabeza.

—No sé si puedes.

—De verdad me preocupo por ti, Kristen, y si necesitas espacio, puedo dártelo. —Se levantó del sofá—. Pero si tuviera que elegir entre que terminemos y tu seguridad, sin dudarlo elegiría lo último. No me perdonaría si te lastimaran y yo hubiera tenido la capacidad de evitarlo. Incluso te mentiría si eso significara resguardarte del peligro.

—No puedes hacer eso. No puedes quitarme mi capacidad de decidir. Soy una mujer adulta que puede tomar sus propias decisiones equilibrando su privacidad y su seguridad. Lo convertiste en tu decisión.

—Es lo que sucede cuando tú... —No terminó de decir la frase—. Cuando realmente te preocupas por alguien. Si me preguntas si lo haría de nuevo, te lo digo ahora: lo haría sin dudarlo.

Después de que se marchó, cerré la puerta con llave. Y luego fui a llorar a mi habitación.

Lloré hasta que sentí náuseas por todo y vomité. Era increíble que la policía no hubiera aparecido. El alboroto por la pelea, los gritos y las maldiciones probablemente se había escuchado en varios pisos. No conocía tanto a los otros vecinos del piso, pero sabía que tenían unos veintitantos. Probablemente habrían salido a bailar. Después de todo, era viernes por la noche.

Caminé del baño a la cocina para buscar un vaso de agua. Era pasada la medianoche y estaba exhausta por los acontecimientos de la noche. No podía esperar para dormirme y bloquear todo hasta mañana. Durante un largo trago de agua, alguien le quitó el cerrojo a la puerta del frente, la abrió y esta golpeó contra la cadena de seguridad.

—¿Kristen? Dejaste la traba de la cadena puesta. Ábreme.

Por poco me ahogo con el agua antes de reconocer la voz.

—Riley, ¿eres tú? ¿Estás sola?

—¡Ay, sí! ¡Obvio! ¿Esperabas a alguien? —Sacudió la puerta de nuevo, pero no cedería—. ¿Estás desnuda ahora mismo con crema batida en los pezones, esperando que venga Vincent? ¿Es por eso que hay pétalos de flores por todo el felpudo?

Exhalé un suspiro de alivio. Típico de Riley.

—No, no estoy desnuda —chillé—. Ya te abro. —Fui a destrabar la cadena. Cuando hubo entrado, volví a trabarla.

El vestido azul corto con el que había salido estaba arrugado y tenía manchas de bebida. Debía de haber bailado mucho, a pesar de haber vuelto temprano.

—¿Cómo estuvo la cena? —me preguntó.

—Terrible —me quejé.

—¿Terriblemente buena? ¿O terriblemente mala? —preguntó Riley, con un humor muy animado mientras se quitaba rápidamente los zapatos y los arrojaba a la esquina.

Como yo no respondía, me miró y estudió mi rostro.

—¡Guau, Kristen! ¿Estuviste llorando? ¡Dios mío! ¿Qué sucedió?

Le conté acerca de cómo vi el mensaje de texto de Ariel durante la cena con Vincent y cómo me vine corriendo a casa y luego apareció Marty.

Riley dejó caer su bolso, me tomó de los hombros y me sacudió.

—¿Estás bien? ¿Llamaste a la policía?

—No. Kurt y Bernie lo derribaron. Resulta que eran el equipo de seguridad que Vincent me había asignado para que me vigilara.

Entornó los ojos.

—¿Te refieres a la pareja gay que vive al otro lado del pasillo?

No estaba segura sobre la parte de pareja gay. De hecho, no sabía qué creer sobre Kurt y Bernie. Por lo que sabía, podrían haber sido miembros de las fuerzas de operaciones especiales de los Estados Unidos o asesinos calificados.

—Sí.

—No puede ser. —Me puso la mano sobre la frente para controlar mi temperatura.

—Sí puede ser. Redujeron a Marty y Vincent apareció y lo molieron a palos. Pensé que Vincent lo mataría.

Riley lanzó un grito ahogado.

—¡Guau! Estoy segura de que solo te estaba protegiendo, ¿no es así?

—Sí, pero exageraron. Marty ni siquiera estaba haciendo nada amenazador. Solo estábamos hablando afuera, junto a la puerta cuando lo derribaron.

Su voz se apagó.

—Pero podría haberte hecho algo. Puede pasar en un abrir y cerrar de ojos.

Negué con la cabeza.

—Aun así, no vas tan lejos como lo hizo Vincent. Le daba puñetazos a Marty y lo pateaba tan fuerte que pensé que moriría. Además, me mintió. Me había preguntado si quería un equipo de seguridad y yo le dije que no, pero él ignoró mi respuesta completamente. ¡Me hace sentir tan pequeña e impotente! —Me eché a llorar.

Riley tiró de mí para acercarme hacia sí y me abrazó.

—Está bien. Ahora estás a salvo.

Sollocé en su hombro.

—No sé qué hacer, Riley.

—¿Temes que Vincent te lastime? —Fue muy cuidadosa con sus palabras.

—No, no creo que me lastime. Pero volvemos a lo mismo, no sabía que era capaz de hacer lo que le hizo a Marty. No sé si puedo confiar en él. No sé qué pensar.

—Dijiste que te había engañado con esa chica Ariel, ¿verdad? Entonces mándalo al carajo. Deja que se vaya a surfear con tiburones y que le arranquen el pene.

—Vi un mensaje de texto de Ariel que decía que había disfrutado de montar su gallo... y me puse como loca. Pero Vincent me explicó que ella se refería a la nueva tabla de surf de su compañía, que se llama Gallito.

Se echó hacia atrás y me miró.

—¿En serio? ¡Tienes que estar bromeando! —Soltó una carcajada—. Es graciosísimo. Qué nombre más ingenioso.

—¡No, no lo es! ¡Es estúpido!

—Un gallito en bádminton se mueve atrás y adelante por el aire —bastante parecido a como se mueve una tabla de surf a través de las olas. Además, tiene doble sentido. Debes admitirlo, para el marketing es genial.

Aparentemente, yo no era el público objetivo.

—Eres la peor.

Ella se rió.

—¡Ay! Lo siento, Kris. Te escucho. Me agarró de la mano y nos sentamos en el sofá.

Riley sacó rápidamente su teléfono y comenzó a darle golpecitos con el dedo.

—Parece que realmente hay una tabla de surf que se llama así. Ya tiene críticas entusiastas. La gente dice que adoran manipularla pero que lo mejor es el nombre. Así que no creo que te haya mentado. Fue simplemente un malentendido inocente.

—Pero me mintió acerca del equipo de seguridad. Y actuó como un psicópata. Me dijo que era porque Giselle, su hermana menor, había tenido un novio agresivo y que al tipo le había dado una paliza también.

—Parece que es un caballero de abdominales radiantes.

Su tono comenzaba a irritarme. Necesitaba que mi mejor amiga me tomara en serio.

—O un tipo con un problema de humor. No conocía ese lado de Vincent.

Aquello le borró la sonrisa del rostro.

—Espera. Vincent es totalmente distinto a Marty. Tenía un muy buen motivo para hacer lo que hizo. Marty te lastimó antes y me doy cuenta de por qué Vincent reaccionó como lo hizo.

Diablos, si hubiese estado aquí cuando apareció Marty, probablemente primero le habría disparado el gas lacrimógeno y luego le hubiese hecho preguntas.

Guardó nuevamente el teléfono en el bolsillo y apoyó la mano sobre mi rodilla.

—Dale una oportunidad a Vincent. No es perfecto. Tú le contaste cuál era la carga que arrastrabas contigo y ahora es él quien lo ha hecho. Tómate un tiempo para pensarlo.

Era un buen punto el de nuestras cargas.

—Entiendo de dónde proviene la de Vincent, pero no sé si funcionaremos juntos. Mi vida es tan dramática: Vincent, Marty, las cosas del trabajo. De verdad desearía que las cosas fueran más simples. No sé si puedo manejar todo el caos ahora mismo. Estoy muy cerca de entrar en una crisis nerviosa.

Riley me observó con mirada escrutadora.

—¿Estás pensando terminar con Vincent?

Suspiré.

—Quizás. O al menos poner en pausa nuestra relación.

Me tomó delicadamente la mano entre las suyas.

—A mí me parece que Vincent se preocupa en serio por ti. Y muy en serio. Te consiguió un equipo de seguridad de los demonios. Y por lo que me has contado durante las últimas semanas, tú también te preocupas por él. ¿Estoy en lo cierto?

—Por supuesto que me preocupo por él.

—Esta es su primera pelea como pareja, ¿verdad?

—Bueno, la segunda. La primera sucedió después de conocer a Ariel. Esta es mucho más importante.

—Entonces es vuestra primera pelea grave. Es bastante normal considerando el tiempo que hace que estáis juntos. Por lo general yo tengo peleas graves durante las primeras semanas.

—Las circunstancias no son para nada normales. Mentir sobre equipos de seguridad y dar palizas a ex no es normal.

—Las mentiras son bastante comunes, Kris. La gente se perdona por mentiras mucho peores que esconder un intento de ser sobreprotector por un ex novio psicópata.

Puse los ojos en blanco.

—Ese es un argumento sólido.

Sus ojos azules se volvieron serios.

—Kristen, desde que te conozco, siempre te dieron miedo las consecuencias. Temes que te lastimen y eso es lógico dado lo que has pasado. La relación con Vincent sin dudas es un riesgo. Podría lastimarte emocionalmente pero tú también podrías lastimarlo a él. Pero, ¿qué relación no implica un riesgo? A veces tienes que correr el riesgo porque la recompensa lo vale.

Me quejé.

—Suenas como Vincent cuando habla de correr riesgos.

Sonrió.

—¿Ah, sí? ¿Has considerado que tal vez Vincent suene como yo?

Los labios se me ensancharon en una sonrisa. No sabía cómo lo hacía, pero Riley siempre sabía cómo sacarme una sonrisa en las peores circunstancias.

—Definitivamente, él no suena como tú. Tu mente es mucho más sucia.

Su sonrisa se volvió pícaro.

—Y estoy muy orgullosa de ella. Entonces, ¿vas a estar bien? ¿O necesitamos ir a Savage Hunks para levantarte el ánimo? Sabes que todavía está abierto a esta hora.

Lo último que necesitaba en aquel preciso momento era ver más hombres musculosos causando alboroto. Esta noche necesitaba paz.

—Por más que suene tentador, creo que ahora estoy bien. Al menos mucho mejor que antes.

Me apretó la mano.

—Estaré aquí para ti, para lo que sea que me necesites.

Le devolví el apretón de manos.

—Gracias, Riley.

No tenía que trabajar al día siguiente porque era sábado. Menos mal porque no creía que pudiera trabajar en lo absoluto con todo lo que me daba vueltas en la cabeza. Aunque había estado exhausta la noche anterior, tuve dificultad para dormirme.

Desafortunadamente, aquello no evitó que me despertara a las siete, como siempre. Los hábitos pueden ser un fastidio a veces.

Inmediatamente le eché un vistazo a mi teléfono y me di cuenta de que lo había apagado la noche anterior. Al recordar por qué lo había hecho, decidí dejarlo apagado. Aún atontada pero inusualmente hambrienta, decidí comenzar la mañana con un gran desayuno de huevos, panceta y salchichas, esperando que la comida me ayudara a volver a dormirme.

Afortunadamente, hizo su magia. Terminé durmiendo hasta bastante entrada la tarde. Me desperté y fui inmediatamente al sofá a holgazanear delante de la televisión. Tenía mucho en la cabeza y quería ahogarlo a todo, por lo que puse *Bridezillas* —mi placer inconfesable—. Excepto que no me daba vergüenza confesarlo, sino que solo me generaba puro placer absoluto.

Justo cuando la abuela de una novia le dijo que se veía como una zorra con el vestido de boda que había elegido, oí un crujido al otro lado del pasillo. Miré por la mirilla y vi que Kurt y Bernie estaban moviendo unas cajas de su apartamento. Apenas los había conocido y ya se estaban mudando. El rostro de Bernie lucía mucho mejor sin toda la sangre, aunque lo tenía un poco hinchado. Sin embargo, su bronceado oscuro lo disimulaba.

Pensé en salir a decirles algo pero todo lo que se me ocurría sonaba inoportuno: “Gracias por darle una paliza a mi ex novio ayer... Supongo. ¿De dónde lo conocen a Vincent? Así que... ¿ustedes, señores, se broncean juntos?”

Terminé mirándolos durante algunos minutos y luego regresé a mi programa.

No tenían muchas cosas así que, al cabo de unas horas, escuché que habían terminado y cerrado con llave. Me pasé el resto del día holgazaneando en el sofá, pensando en mi situación.

Todavía estaba molesta con Vincent aunque sabía que se preocupaba por mí y que yo me preocupaba por él. Que me hubiera mentido solo hacía que me doliera mucho más. Había cuestiones de confianza que Vincent y yo debíamos resolver y aquello llevaría tiempo y esfuerzo.

Luego estaba el tema del trabajo. Carl me estaba llenando de oportunidades y yo había estado agarrándolas a todas, lo que hacía que estuviera cada vez más ocupada. Vincent parecía estar en una situación similar, ya que su compañía le había estado ocupando la mayor parte del tiempo durante las últimas semanas,

A pesar de que mis empleadores no habían descubierto la relación que tenía con Vincent, Aun así se estaba transformando en un problema. Necesitaba esfuerzo y ninguno de nosotros tenía tiempo para ello... al menos no sin hacer sacrificios significativos.

Cuando el último episodio terminó en que la novia literalmente se arrancaba mechones de su propio cabello, llegué a la conclusión de que me poner en pausa mi relación con Vincent. No

podía continuar con las cosas como estaban. Si no hacía un cambio, me volvería loca.

El domingo por la tarde finalmente me rendí y encendí el teléfono. Iba a llamar a Vincent para decirle que deberíamos poner en pausa la relación. Después de cerrar la puerta de mi dormitorio, tomé el teléfono de la mesa de luz y lo encendí. Había un montón de mensajes sin leer, algunos eran nuevos y otros eran del viernes, cuando me marché del restaurante a toda prisa.

Ignoré los mensajes y lo llamé.

Atendió al primer tono.

—¿Kristen?

Su voz melosa produjo el efecto usual en mí, a pesar de que supe prepararme para ella.

—Vincent...

Dejó escapar una exhalación audible y pude imaginarme cómo el pecho descendía para liberar el aire.

—Me alegra tanto escuchar tu voz. Creía que no iba a volver a tener noticias de ti y eso me asustaba.

—Vincent, escucha... Necesito decirte algo. —Debía empujar esta conversación hacia adelante antes de que el control persuasivo de Vincent hiciera efecto. De lo contrario, comenzaría a dudar sobre mi decisión. Afortunadamente, era mucho más fácil resistirme a él en el teléfono que personalmente.

—Espera. Solo un momento. —Oí un murmullo en el fondo—. Mierda. Lo siento, Kristen. Estoy en una reunión en este preciso momento. Pero sea lo que fuere que necesites decirme parece importante. ¿Es una emergencia? ¿Puedo verte más tarde? Haré todo lo que pueda para terminar a las seis.

—¿Estás trabajando un domingo?

Se escuchó otro murmullo en el fondo.

—Sí, lo siento. Están pasando muchas cosas por aquí en este momento.

Respiré profundamente, reafirmando mi decisión de que ambos estábamos demasiado ocupados para hacer que esto funcionara.

—Pasaré por tu oficina a las seis y media, entonces.

Encontrarme con él en su oficina en lugar de hacerlo en su casa o en la mía me facilitaría marcharme después de la discusión. También hubiese sido más fácil decírselo por teléfono, pero supuse que era más apropiado tratar esto en persona.

Su voz se animó.

—No puedo esperar para verte.

—Adiós, Vincent.

Cuando cayó la tarde, salí con cuidado por la puerta del frente, vestida con unos jeans y una camiseta. Hacía cerca de dos días que no salía del apartamento. Me aseguré de empacar la pistola eléctrica en el bolso antes de dirigirme a la oficina de Vincent en caso de que me topara con más problemas por el camino.

Como era de esperar, el centro, siempre lleno de gente que iba a trabajar, estaba menos abarrotado que de costumbre dado que la mayoría de la gente aquel día no trabajaba. Los

directores ejecutivos de las altas esferas eran una de las excepciones. Llegué a las oficinas de Red Fusion y me encontré con algunas personas haciendo crujir sus computadoras portátiles. Estaba a punto de llamar a Vincent cuando un empleado que me reconoció de antes abrió amablemente la puerta de vidrio. Le agradecí y regresó rápidamente a su escritorio para trabajar con el teclado. Como conocía el camino hasta la oficina de Vincent, caminé por el pasillo y me detuve delante de su puerta. Aquella no sería una discusión fácil pero tenía que hacerlo.

Inhalé profundamente y luego ingresé.

Vincent estaba en su escritorio, con el entrecejo fruncido y escribiendo a un ritmo frenético. Vestía su elegante atuendo usual de Nueva York: camisa blanca con corbata a rayas rojas y pantalones negros. Cuando me vio —aquellos ojos marrones oscuros me atravesaron como flechas— dejó de trabajar y sonrió.

—Kristen.

—Hola —le dije, devolviéndole la sonrisa. Mantuve una mano en los jeans y con la otra lo saludé.

Se deslizó alrededor del escritorio y me abrazó fuerte, el apretón hizo que las piernas me temblaran momentáneamente como si fueran de gelatina. Como siempre, olía maravilloso. El aroma intenso me hizo sentir un cosquilleo en la nariz como también en otras partes del cuerpo. Me dio un beso en la frente y luego en la punta de la nariz.

—Me alegra tanto que estés aquí. Pensé que llamarías para que te hiciera pasar.

—Eso iba a hacer pero uno de tus empleados me dejó entrar —le dije, mientras me conducía con la mano hacia su sofá de cuero en la esquina. Me recordó a la primera vez que entré a aquella oficina con la intención de argumentar a favor de la elección de Waterbridge-Howser como su empresa de gestión patrimonial pero casi termino teniendo sexo con él, en su lugar. Aquel era un momento angustiante de mi vida pero no tanto como los acontecimientos recientes.

—Te traje estas. —Extendió la mano hacia la mesa baja y me entregó un ramo de rosas rojas. Había una tarjeta adjunta con un pequeño frailecillo en la parte de adelante. Lucía desprolijo, como si lo hubiera dibujado un niño con crayones.

—¿Tú dibujaste esto? —le pregunté.

—Sí, ¿te gusta? —sonaba orgulloso de su trabajo.

Contuve una risita. Una sonrisa se me dibujó en el rostro a mi pesar.

—Solo esperemos que lo que dice adentro lo compense.

La tarjeta decía:

Kristen, lo siento. Lo arruiné. Te mentí y no respeté tus decisiones. Dame una oportunidad para que pueda compensarte por ello.

Tuyo, Vincent.

—Esto es muy dulce, Vincent. —Olí las flores y disfruté de la fragancia fresca. El gesto me llegó al corazón, pero los regalos solo llegan hasta allí.

—Me alegra que te guste. —Sonrió; su sonrisa infantil me sensibilizó internamente—. Entonces, ¿qué era lo que me querías decir hoy temprano? Parecía importante.

Puse los artículos cuidadosamente sobre el asiento junto a mí y exhalé, juntando coraje para decirle lo que había planeado.

—Quiero que pongamos en pausa la relación.

Su sonrisa desapareció y sus ojos oscuros me estudiaron.

—¿Qué tipo de pausa?

—Una pausa en nuestra relación.

—¿Temporal o permanente?

—Temporal. Al menos por ahora. Mi vida es una locura en este momento y estoy segura de que tú también estás muy estresado. Nos hará bien a los dos.

Entrecerró los ojos.

—El único momento en que no estoy estresado es cuando estoy contigo.

Lo miré escéptica.

—¿Qué me dices de tu trabajo? Parecías muy preocupado durante las últimas semanas.

—El trabajo es el trabajo. Lo puedo manejar, en especial cuando estoy pensando en ti. Me ayuda tener algo que esperar ansioso.

—¿No me dijiste que yo era una distracción?

—Eso era cuando tenía otras prioridades. Parece que fue hace tanto tiempo. Ahora el trabajo es lo que me distrae.

—¿Y yo soy lo que más te preocupa ahora? ¿Es por Marty?

—Es por lo que siento por ti. Eres más que una preocupación. Eres parte de mi vida.

—Has estado tan ocupado últimamente. Apenas te he visto. No siento que haya ocupado un lugar tan importante en tu vida.

Esperaba que me diera algún tipo de respuesta encantadora pero en lugar de ello, se agachó y se quitó a la ligera los mocasines negros, para quedar en calcetines negros. Ubicó su calzado cerca de mis pies. Luego comenzó a quitarme los zapatos bajos.

—¿Qué estás haciendo? —Logró quitarme uno y alejé las piernas—. Sinceramente espero que no pienses que tendremos sexo en tu sofá. Sé que te encanta “terminar lo que empezamos” pero con unas rosas y una tarjeta tierna no lo vas a lograr.

Su expresión resultaba indescifrable.

—Dame tus pies. Quiero mostrarte algo.

—¿Para qué?

—Confía en mí.

Notando que no tenía la intención de que tuviéramos sexo, volví a correr las piernas con cuidado y le ofrecí el pie que aún tenía el zapato puesto. Me lo quitó con delicadeza y puso mis pies en sus mocasines.

Sentí la calidez que aún quedaba de sus pies en el calzado. Bajé la mirada, fascinada por la masculinidad de sus zapatos. La textura del cuero era suave y lustrosa, pero el ligero pliegue cerca de los dedos y las varias marcas pequeñas le dejaban un borde áspero y sin refinar. La forma en que se estrechaba hasta la punta en la parte de los dedos parecía señalar hacia adelante, como un general señala con la mano para reagrupar a un ejército a la carga. Imaginaba a Vincent vistiéndolos en una variedad de escenarios: caminando a reuniones importantes, de pie frente a un podio al dar un discurso a toda la compañía, agachándose para juntar una moneda. En comparación, mis zapatos bajos insulsos se veían femeninos.

Moví los dedos adentro, probando el espacio vacío entre el forro interno y mis pies. Aunque eran cómodos, los mocasines eran demasiado grandes para mí. Podrían haber sido zapatos de payaso.

—Ahora cierra los ojos por un momento.

Hice lo que me pidió, esperando más instrucciones. Después de un minuto incómodo sin recibir ninguna, abrí los ojos. Vincent me observaba con expectación.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Qué es lo que sientes?

Moví los dedos de nuevo.

—Mmm... ¿una plantilla suave? No sé. ¿Qué se supone que debo sentir?

—Se supone que debes sentir los músculos de las piernas que se tensan, la sangre que las recorre, el pene que se te pone duro como el acero.

—¿Eh? ¿Qué?

—Experimentas una atracción muy intensa hacia Kristen. Antes estabas pensando acerca de la estrategia de un producto, pero ahora tus pensamientos se están poniendo sucios. No puedes pensar con claridad. Lo único en lo que puedes pensar es cuándo vas a volver a ver a Kristen. Y si alguien la lastima, lo pagará en el infierno. Luego te das cuenta de que ella es lo que quieres. Lo que siempre has querido. —Colocó la mano sobre mi pierna, la calidez se filtraba por el jean hasta mi piel—. Cuando te pones en mi lugar y usas mis zapatos, eso es lo que sientes.

—¡Ah!

—Ahora, imagínate sentir eso todo el tiempo. Durante las reuniones, en el avión, mientras estás comiendo... ¿Ahora entiendes por qué eres parte de mi vida?

Asentí.

—Buen punto.

—¿Todavía quieres verme?

El encanto de Vincent comenzaba a producir su efecto en mí, pero todavía tenía mis reservas. Quizás había desarrollado una resistencia hacia él a partir de todo el tiempo que habíamos estado juntos.

—No sé. Sí y no.

—¿Cuáles son los motivos para el sí?

Me llevé el dedo al mentón y pensé al respecto.

—Preparas un omelet genial.

—¿Es por eso?

—Mmm... También pasta con camarones. Además, has demostrado que realmente te preocupas por mí. Al llevarme de viaje, al hacer un lugar en tu apretada agenda para estar conmigo, al preocuparte por mi seguridad.

—¿Y los orgasmos?

—Son un lindo beneficio, pero creo que podría sobrevivir sin ellos.

—Entonces allí puedo mejorar. Bien, cuáles son los motivos para el no.

—No sé si puedo confiar en ti.

—Has confiado en mí en el pasado.

—Es verdad.

—En el bar de Ciudad del Cabo, al surfear, en cuanto a la discreción de nuestra relación, las vendas en los ojos, el cibersexo, el sexo en el avión... ¿me he olvidado de algo?

—Nada que se me ocurra.

—Y lo estropeé al conseguirte ese equipo de seguridad. Y por no contarte acerca del ex novio de Giselle, lo cual debes admitir que no es un abuso total de confianza. Es más bien un medio abuso.

Reflexioné sobre ello.

—Está bien, te lo concedo.

—También el mensaje de texto de Ariel fue un malentendido, así que no cuenta.

—Me cabreó así que yo diría que es un medio abuso.

—Está bien. Aun así, son seis a favor de que confíes en mí contra dos en favor de que no lo hagas. Yo diría que las probabilidades están a mi favor.

—En términos numéricos, quizás. Pero los números tienen poco peso cuando hay sentimientos en juego.

—¿Todavía sientes algo por mí?

—Sí, así es. Pero todavía pienso que deberíamos poner en pausa nuestra relación.

Intentó meter los pies en mis zapatos bajos pero solo logró apretujar algunos dedos adentro.

—Eso no es lo que me dicen tus zapatos.

—¿En serio? —Me picó la curiosidad—. ¿Qué dicen?

—Dicen que en este momento la vida es una locura. No sé qué hacer. Quiero resolver las cosas por mi cuenta porque soy una mujer fuerte e independiente. Quiero probárselo a Vincent y a mí misma. Pero sé que Vincent realmente se preocupa por mí. Y yo realmente me preocupo por él. Por mucho que intente decir lo contrario, en realidad no quiero estar lejos de él.

A mi pesar me reí, las lágrimas me inundaban los ojos. Era tan dulce.

—Mis zapatos hablan demasiado.

Sonrió y se aclaró la garganta, pero percibía que él también estaba emocionado, un brillo en los ojos lo delataba.

—Vamos, Kristen, danos una oportunidad. Ambos tenemos vidas alocadas pero no significa que deberíamos arreglar las cosas cada uno por su cuenta. Podría ser más fácil. Pero si logramos superar la situación esta vez, seremos más fuertes. Si lo superamos por separado, simplemente seremos mejores estando solos. —Me tocó la mejilla cariñosamente—. Resolvamos esto juntos.

Me acercó la cabeza a su pecho afectuosamente. Me quejé pero no lo resistí porque se sentía demasiado bien, demasiado reconfortante. La angustia, que era producto de nuestros problemas, pareció desaparecer mágicamente cuando me abrazó. Me di cuenta de cuánto amaba sus caricias y estar con él a pesar de nuestros problemas. Valía la pena darle una oportunidad. Vincent valía la pena. Aún si significaba arriesgarme a salir herida.

—Está bien —murmuré—. Lo haremos juntos.

Exhaló aliviado y me besó la cabeza.

—¿Puedo volver a llamarte Gatita? —me preguntó, acariciándome el cabello con la nariz.

Intenté pensar en una respuesta que no le hiciera pensar que lo perdonaba totalmente.

—Siempre y cuando me dejes llamarte Vinnie Osito Pooh.

Se rió, el sonido ronco me recorrió por completo.

—Es la primera vez que oigo ese.

Levanté la mirada hacia él.

—¿Qué otros has oído?

—Vin Diesel, Mi primo Vinny, Vitty Cent, Vincent van Gogh... —comenzó a sonreír.

Solté unas risitas.

—Esos son bastante buenos, pero creo que deberías trabajar un poco en tus habilidades artísticas para que quede bien ese último.

—Me atrapaste. —Me sonrió—. A ese lo inventé hace un tiempo e intenté hacer que la gente lo usara, pero nunca cuajó.

Solté unas risitas de nuevo.

—Pero ninguno de esos nombres es tan ingenioso como el tuyo. —Se inclinó y selló los labios sobre mi boca. Nuestras lenguas se exploraron entre sí, lenta y afectuosamente, hasta que la necesidad de respirar las interrumpió—. Puedes llamarme como te guste.

—Probablemente me quede con Vincent. Creo que te queda mejor.

—Será Vincent, entonces, Gatita. Escucha, mi hermana Giselle dará una fiesta de cumpleaños para su hijo el próximo sábado. ¿Quieres venir conmigo?

¿Vincent en una fiesta de cumpleaños para su sobrino? Tenía que verlo. También me daría la oportunidad de conocer a su hermana, Giselle. Recordé la foto de ella que tenía en la cabaña, ambos sonriendo en la playa. Todavía no había conocido a nadie de la familia de Vincent y sentía muchísima curiosidad por ver cómo actuaría cerca de su hermana.

—Por supuesto. ¿Te veré antes del sábado?

Se le suavizó la expresión.

—Esta semana no, lo siento. Mañana por la mañana tengo un vuelo y regreso el viernes. Pero te llamaré todas las noches. Puedo descomprimir mi agenda, Kristen, y lo haré. Simplemente me tomará algo de tiempo.

—Está bien. Espero esas llamadas entonces.

—Yo también.

Capítulo tres

En efecto, aquella semana me llamó todas las noches. Por otro lado, la semana laboral fue bastante aburrida —consolidando la estrategia BRIC de Vincent y continuando la investigación sobre Selena Devries— pero comenzaba a ponerme tan ansiosa por hablar con él cada noche que los días se pasaban volando. Valoraba que Vincent estuviera haciendo un esfuerzo después de los acontecimientos de la semana anterior. Al ver lo violento que había sido con Marty, mi confianza se desestabilizó, pero su lado tierno todavía estaba allí. Sería interesante ver cómo continuaría aquello en la fiesta de su sobrino.

La mañana del sábado finalmente llegó. Vincent pasó a buscarme por mi apartamento en un Aston Martin plateado a las nueve de la mañana. El tráfico al salir de la ciudad era muy lento, como siempre, pero pasamos el rato charlando ociosamente. Era un paso importante para nosotros reconstruir nuestra relación después de que se hubo agitado estrepitosamente con nuestra pelea. Todo el día era importante por ese motivo.

Llegamos un poco después de las diez y media y nos detuvimos delante de una casa prolija, con estilo de cabaña suburbana. El césped estaba recién cortado y había globos en el buzón que anunciaban una fiesta de cumpleaños. Estacionamos en la calle. Vincent había traído un regalo de cumpleaños envuelto en un papel de regalo con motivo de globos y se lo alcancé al bajar del auto. Caminamos por la calle hasta el camino de entrada a la casa.

—¿Así que tu sobrino se llama Brady? —le pregunté a Vincent, al leer el cartel en el buzón.

Vincent sonrió y me tomó la mano. Llevaba el regalo en la otra.

—Sí. Hoy cumple tres.

—¿Tú elegiste el regalo o lo hizo tu secretaria Lucy?

Se mofó.

—Nunca delegaría una tarea tan augusta. Elegí este cachivache por Internet hace unos meses.

Me sorprendió cómo fingió el sentirse ofendido.

—¿Qué es?

—Un tren espectacular —dijo entusiasmado—. El TrackMaster 500X. Hace doce sonidos diferentes y tiene un faro automático para túneles.

—¿Túneles?

—Fuertes hechos con cobertores, túneles, cualquier cosa que proporcione oscuridad. El punto es, el niño será un ingeniero como su tío. Le encantan los trenes.

Asentí. Vincent estaba muy entusiasmado con esta fiesta, en especial con los fuertes hechos con mantas. Para ser honesta, recuerdo que yo amaba hacer fuertes con mantas cuando era pequeña. Mi niña interior coincidía con el niño de él en aquel punto.

—¿Quién envolvió el regalo? —le pregunté, observando los moños perfectos.

Lanzó una carcajada.

—Me atrapaste. Esa tarea sí la asigné. Se ve bien, ¿no?

Asentí.

—Sí, creo que merece una bonificación.

—Lo tendré en cuenta.

Llegamos al porche, donde ya pudimos oír los gritos en tono alto de un niño que corría por

allí y jugaba. La puerta estaba sin cerrojo y Vincent ingresó a la casa sin que el ruido lo afectara en lo más mínimo. Lo seguí.

En el recibidor, nos dio la bienvenida una mujer delgada que medía unos cinco pies seis. Llevaba el cabello atado atrás en un rodete simple y vestía una blusa azul oscura al cuerpo con pantalones negros. Por la primera impresión, parecía un poco menor que Vincent. Miré el plato de tentempiés que llevaba: rebanadas de manzana con mantequilla de maní. Me crujió el estómago.

—Hola, desconocido —dijo ella, sonriéndole a su hermano. Su voz era cálida y mostraba confianza. Percibía la semejanza entre ella y Vincent tanto en la apariencia como en la confianza que demostraba en su andar.

Luego de sonreírle ampliamente a su hermano por un momento, se volvió hacia mí.

—Y tú debes de ser Kristen.

Extendió la mano y yo la tomé. Su apretón de manos era firme.

—Tú eres Giselle.

Sonrió con calidez.

—Así como “Mami” y “Sra. Harper”. Me alegra que hayan podido venir los dos.

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo Vincent.

El niño que causaba todo el ruido detrás de Giselle nos vio. Se le abrieron bien los ojos marrones oscuros y se tambaleó con el sombrero de cumpleaños con forma de cono que llevaba, lo siguió un hombre con cabello negro y una sonrisa radiante.

—¡Tío Vincent!

Vincent se puso de cuclillas sobre los talones y le dio a Brady un gran abrazo mientras el hombre detrás de él ocupaba su lugar junto a Giselle. Ver a Vincent con sus jeans azules y la camiseta blanca tipo polo en aquel contexto familiar me reveló un lado nuevo de él.

—Hola, amiguito. ¿Cómo estás?

—¡Es mi cumpleaños! —Aparentemente, Brady todavía no había aprendido a controlar el volumen.

Vincent ni siquiera pestañó ante el grito de tono alto de su sobrino.

—Ya lo sé. ¡Te traje un regalo!

El niño gritó de alegría. El muchachito era super tierno y estaba muy emocionado, aunque un poco escandaloso.

Vincent se puso de pie nuevamente y le estrechó la mano a quien supuse sería el marido de Giselle, observándolo fijamente.

—Buenos días, Rob.

Rob le devolvió el gesto.

—Vincent.

Vincent me rodeó con el brazo.

—Rob, ella es mi novia Kristen. Kristen, él es el marido de Giselle, Rob.

—Un gusto conocerte —dijo Rob. Tenía ojos grises amables y parecía que tenía la misma edad que Giselle. Su contextura era más pequeña que la de Vincent pero me pareció que él y Giselle hacían una linda pareja.

Rob extendió la mano hacia abajo y le dio una palmadita a Brady en la espalda.

—Brady, ella es Kristen. Salúdala.

Brady corrió y me envolvió la pierna con los brazos, aferrándose a la tela de mis jeans.

—Hola, Kristen.

Brady era demasiado tierno. Me puse en cuclillas como lo había hecho Vincent.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté. Quería demostrarle a Vincent que me sentía a gusto con los niños.

Brady observó a Giselle y luego volvió la vista hacia mí.

—Dile cuántos años tienes, Brady —le dijo Giselle.

Me miró un poco más y pareció que decidió que le caía bien, para mi alivio.

—Tengo tres —chilló.

—¡Muy bien! —le dijo Giselle.

Envalentonado, me tomó de la mano. Envolvió los deditos tiernos alrededor de uno de los míos.

—Juguemos a los trenes —me dijo con entusiasmo.

Sonreí y lo seguí. Vincent se quedó atrás para hablar con su hermana y su cuñado.

Mientras Brady me guiaba hasta su área de juego, yo observaba la casa y todos los detalles que Giselle le había agregado a su hogar. Lámparas, velas, vasijas, espejos: todo era de buen gusto y combinaba atractivamente. Era difícil imaginarse una vida en la que encargarse de las tareas del hogar representara una gran parte de tus pensamientos. Riley y yo nos cuidábamos pero no hacíamos bastante mantenimiento y no nos complicábamos con la decoración.

Cuando llegamos a su área de juego, el piso estaba cubierto de una variedad de trenes, adornos de vías de tren y hasta un conductor de peluche. Unas vías que formaban un gran ocho estaban extendidas en medio del caos. Vincent tenía razón: Brady amaba los trenes. A pesar de lo limpia que estaba el resto de la casa, Giselle claramente había decidido que el área de juego de Brady era un lugar donde podía reinar el desorden.

Me arrodillé para quedar a la altura de los ojos de Brady. Me observó con seriedad.

—¿Cuál? —me preguntó.

Al echar un vistazo al piso, tomé un tren rojo y lo coloqué sobre las vías. Brady encendió el interruptor del centro de control de la caseta de control de las vías y el tren las recorrió zumbando. Se reía en señal de aprobación.

—¿Cuál quieres tú? —le pregunté.

En respuesta, se puso de pie y corrió hasta un estante donde había un gancho del que colgaba un gorro azul de conductor para niño. Lo tomó y se lo puso descuidadamente en la cabeza antes de volver tambaleándose. Cayó junto a mí haciendo ruido y tomó un tren negro para poner en las vías.

Brady quería jugar conmigo, pero una vez que comenzó quedó en su propio mundo pequeño, observando los trenes. Tras observarlo por un minuto, oí una voz conocida detrás de mí.

—Yo le regalé ese gorro —dijo Vincent. Se sentó a mi lado y observó cómo Brady manipulaba su tren en silencio. Una sonrisa cálida brilló en su rostro todo el tiempo.

Brady continuó jugando con el tren un rato más antes de darse cuenta de que Vincent se había sentado en el área de juego. Cuando finalmente vio a Vincent, los ojos marrones se le encendieron de nuevo.

—¡Tío Vincent! ¿Cuál?

Vincent tomó un tren amarillo para agregar a las vías. Ya fuera por la pista de trenes en sí o por jugar con Brady, él disfrutaba de este momento de una manera alegre que nunca antes había visto.

—Ey, amiguito —le dijo Vincent un momento después—, ¿qué te parece si construimos un túnel para nuestros trenes?

—¡Síiii! —gritó Brady.

Observé mientras Vincent buscaba una silla de otra habitación y regresaba con un cobertor. Colocó la silla en un extremo del ocho y Brady lo ayudó con el cobertor lo mejor que pudo. Enseguida hicieron que los trenes corrieran por debajo del túnel improvisado.

El entusiasmo de Brady por toda la actividad era contagioso. Percibía que Vincent se estaba engancho con ella y, enseguida, yo también, al observar los trenes que volaban cada vez a mayor velocidad. Vincent estaba diciéndole a Brady que podían cambiar la pista para aprovechar mejor la silla cuando Giselle entró a la habitación.

—Parece que la están pasando genial, chicos —nos dijo.

Brady estaba muy emocionado.

—¡Trenes! —gritó.

—Ya veo. Kristen, ¿quieres ayudarme a terminar el glaseado del P-A-S-T-E-L? Creo que los chicos estarán ocupados por un rato y Rob acaba de salir a comprar algunas provisiones de último momento para la fiesta antes de que lleguen los amigos de Brady.

Levanté la vista y percibí un dejo de seriedad en su apariencia inocente.

—Por supuesto —le respondí—. Estaréis bien sin mí, ¿no?

Vincent levantó la vista del choque de trenes que estaba instigando.

—Eso creo.

Brady estaba demasiado compenetrado para notarnos.

—Está bien —dije—. Vuelvo enseguida. —Después de decir aquello, me levanté y seguí a Giselle hasta la cocina.

El lugar era un completo desastre, lo que es de esperarse cuando le organizas una fiesta de cumpleaños a un niño de tres años. Había varios utensilios de cocina dispersos por la encimera y un bol metálico para mezclar yacía junto a un pastel amarillo recién hecho que olía delicioso. Ella caminó hasta donde estaba el bol y comenzó a revolver el contenido.

—¿Alguna vez horneaste un pastel? —me preguntó por encima del hombro.

No era muy buena en la cocina. Aquel era uno de mis defectos: siempre había estado muy ocupada con la facultad y luego con el trabajo para aprender a cocinar bien. En general, era buena para usar el microondas y hacer lo básico en las hornallas de la cocina, como calentar sopa. Hornear un pastel de cero era algo que excedía mis capacidades.

—No, yo sola no —le respondí—. Lo máximo que he hecho fue hornear un pastel de caja con mi madre, pero hace años.

Mostró una sonrisa rápida por encima del hombro mientras batía el glaseado.

—Yo tampoco, hasta que tuve que hornear uno para el primer cumpleaños de Brady. Era graciosísimo lo torcido que me salió pero, gracias a Dios, los niños de un año no se dan cuenta de eso.

—Parece que te has perfeccionado bastante —le comenté.

—Lo intento, de todos modos. —Me hizo una seña con la mano—. Bueno, incluso si nunca antes hiciste esto, estoy segura de que puedes intentarlo. Solo tienes que cubrirlo de manera pareja con el glaseado. Yo me encargaré del azul para escribir "Feliz cumpleaños".

Tomé la espátula de plástico para desparramar el glaseado del lugar que ocupaba sobre la encimera y me puse en marcha. No era muy distinto de desparramar mantequilla de maní y jalea sobre un sándwich, para lo que era toda una profesional. Rápidamente adquirí ritmo de tomar un poco de glaseado y desparramarlo por la torta.

Giselle me observó trabajar por un momento y luego se puso a trabajar con el glaseado de

color.

—¿Así que ya hace un tiempo que sales con Vincent? —me preguntó.

—Así es.

—¿Cómo se conocieron?

Me reí nerviosa. Aparentemente, Vincent no le había contado mucho. Decidí ser sincera dado que, de todos modos, ya había abierto la boca.

—Para ser sincera, es un poco escandaloso.

Detuvo el batido.

—No estabas casada o algo así, ¿verdad?

—¡No! —grité—. ¿Por qué? ¿Crees que Vincent podría hacer algo así?

—No lo creo, pero a veces la gente te sorprende.

Yo lo sabía muy bien, pero me había olvidado lo que Vincent me contó sobre su historia. Me pregunté si él le habría contado acerca de la situación con Marty. Aquello era privado: los únicos que lo sabían eran Vincent y Riley. Bueno, y Kurt y Bernie. Todavía me molestaba que lo hubiera hecho. Eso me había sorprendido. A pesar de lo dulce que había sido toda la semana, yo aún no lo había superado.

—Supongo que es verdad —le dije—. De todos modos, nos conocimos por medio del trabajo. Trabajo para una empresa de gestión patrimonial personal y estoy a la cabeza de su cuenta.

Se volvió y me miró.

—¡Qué bueno! Espero que lo estés controlando de algún modo. Cada vez que viaja me preocupa que vaya a tener algún accidente horrible con todos esos deportes extremos que practica.

—¡Ah! ¿A vos también?

Dejó escapar una carcajada y negó con la cabeza.

—Parece que le gustas. Nunca conocí a ninguna novia suya antes.

He aquí otra sorpresa. El hecho de que Vincent nunca le hubiera presentado ninguna novia a su hermana, con la que evidentemente tenía una relación muy estrecha, me hizo sentir especial. Mis pensamientos se dispararon en dirección a Ariel Diamond. Si su hermana no la conocía, quizás las cosas no eran tan serias entre ellos como yo pensaba, aunque lo del tatuaje fuera extraño.

—¿Ni siquiera a Ariel? —le pregunté, antes de darme cuenta de que las palabras habían salido de mi boca.

Giselle interrumpió el batido del glaseado por un momento, pero continuó.

—No, a Ariel no. Esa fue en una época distinta en la vida de Vincent. Y en la mía, realmente. No hablábamos mucho cuando él salía con ella.

—Ya veo.

—Ahora está mucho más enfocado en la familia que entonces.

—¿Ah sí?

—Desde que fallecieron nuestros padres. Después de eso maduré.

Quedé inmóvil. ¿Los padres de Vincent estaban muertos? Nunca había hablado de ellos pero yo raramente hablaba de mis padres y ellos todavía estaban vivitos y coleando en Texas. ¿Cómo era que nunca había salido el tema de que sus padres habían fallecido? ¿Sería que simplemente no le importaba?

Comencé a desparramar el glaseado de nuevo.

—No sabía que sus padres habían fallecido —dije con discreción.

Fue su turno de dejar de batir.

—¡Ay! Lo siento. Supongo que fue hace tanto. Murieron hace nueve años.

Entonces Vincent debía de haber sido muy joven. Más joven que yo en aquel momento, de pie en aquella cocina. A pesar de que yo no hablaba mucho con mis padres y no dependía de ellos económicamente, no podía imaginar que ya no estuvieran.

—Guau, erais muy jóvenes entonces.

—Me gusta pensar que a los treinta aún se es joven —me dijo, riéndose.

Las mejillas se me pusieron coloradas.

—¡No es lo que quise decir!

—Ya sé, ya sé. Éramos demasiado jóvenes para perder a nuestros padres. Vincent se lo tomó muy a pecho. De hecho, resultó ser el comienzo de su éxito.

—¿Qué quieres decir?

—Después de que murieron, finalmente se puso las pilas. Desarrolló la cámara unos meses después del funeral. Era como si estuviese poseído. Ambos nos quedamos en la casa de nuestros padres por un tiempo después del accidente y vivimos de una pequeña herencia que obtuvimos. Él trabajaba veinte horas al día durante semanas y semanas, en el garaje, en la computadora y por teléfono. Fue una transformación. Pasó de ser un vago con potencial a obsesionarse por completo.

El tono de su voz había cambiado. Sus palabras adquirieron una mordacidad extraña, como si intentara metérmelas y asegurarse de que las asimilara bien. Obviamente admiraba profundamente a Vincent. Aquella no era una relación para aparentar: Vincent lo era todo para ella. Al escucharla hablar de él, entendía el motivo.

Continuó.

—Cuando no estaba trabajando, me decía que iba a cuidar de nosotros dos. Para una veinteañera es bastante extraño que tu hermano surfista te diga que se va a hacer cargo de la familia. Suena como las ilusiones de un tipo que solo está haciendo el duelo por sus padres, pero Vincent realmente cambió. Se convirtió en esta persona muy intensa que hallaba el éxito adonde fuera que clavara los ojos porque no aceptaría el fracaso. A los tres meses estaba vendiendo esa cámara y poco después ya negociaba con los minoristas, y solo crecía y crecía. Todos lo subestiman por su apariencia y sus aficiones, pero no deja de abrirse paso con su trabajo.

Había investigado la historia de la compañía de Vincent desde una perspectiva financiera, pero no había pensado en lo que significaba en lo personal ser una máquina de tener éxito. Giselle lo había visto de primera mano. De cierto modo, me sentía casi celosa.

—Parece que lo admiras —le dije, simplemente porque había pasado un tiempo sin hablar. Ambas habíamos detenido nuestras tareas de glaseado.

Asintió.

—Luego cambió de nuevo cuando nació Brady. Antes de eso, iba por un camino donde lo único que le importaban eran los negocios y la intensidad, pero no puedes ser intenso con un recién nacido. Vincent se asegura de que mi hijo tenga lo mejor en todo. Creó el fondo universitario de Brady el día después de su nacimiento y ha hecho tantas investigaciones sobre campamentos y lugares a donde mandarlo. —Ella se encogió de hombros, riéndose—. Siempre recibo estos correos electrónicos a las dos de la madrugada que dicen "es tu hijo, pero solo quería decirte que me gustaría pagar para enviarlo a este campamento cuando tenga la edad suficiente" o "¿crees que a Brady le gustaría esto? Puedo hacer que te lo manden este fin de semana". Más allá de mi hijo, es un trabajo a tiempo completo seguir el ritmo de Vincent.

Antes de aquel día, me habría costado muchísimo imaginarme a Vincent tan enfocado en un niño. Siempre estaba tan ocupado con sus negocios o haciendo actividades recreativas alocadas. Tener un hijo era muchísima responsabilidad. Era casi totalmente opuesto a su estilo de vida.

—Suenan como si prácticamente tratara a Brady como si fuera su propio hijo.

Negó con la cabeza.

—Conoce el límite. El que me de opciones es un hecho aislado. No discute conmigo ni me fastidia ni nada por el estilo. Se preocupa muchísimo por su sobrino y tiene una capacidad inusual para ayudar, así que saca provecho de eso. Además, como has visto, los regalos que le hace a Brady no son escandalosos. Creo que Brady será consciente de cuánto dinero tiene su tío gradualmente. —Probó el glaseado—. Digámoslo así: es un buen desafío parental.

—¿Qué opina Rob?

—Es comprensivo. Vincent y él se llevan bien. Mi hermano se toma muy en serio eso del hermano mayor protector.

Sabía más de lo que quería acerca de cuán protector podía ser Vincent.

—Ya lo creo.

Giselle se volvió hacia mí y me miró fijamente. Me esforcé al máximo por mantener una cara de póker y me concentré en desparramar el glaseado, aunque podía verla por el rabillo del ojo. Para mi alivio, finalmente retomó su propio trabajo con el glaseado.

—Como sea —me dijo—. Vincent es maravilloso con Brady. Es como un niño también. Espero que pueda tener los suyos pronto.

Dejé caer la espátula en la encimera y cayó al suelo. Con vergüenza, me agaché embarullada y la tomé. ¿Me había sugerido lo que creía?

Dejó de batir de nuevo y me miró de reojo, sonriendo socarronamente.

—¡No dije que él estuviera apurado!

La lavé en el fregadero antes de limpiar el glaseado que había quedado en el piso.

—Lo siento, solo soy un poco torpe.

Se quedó de pie, con los brazos cruzados, observándome de nuevo.

—No hay problema, fue un accidente.

Se enrolló las mangas hacia arriba y mientras la observaba intentando juzgar su expresión, mi mirada aterrizó sobre unas cicatrices peculiares que tenía en los antebrazos. ¿Eran quemaduras de cigarrillo? En la casa no había olor a humo de cigarrillo, así que suponía que ella no era fumadora. Quizás lo había sido en el pasado, antes de Brady. O quizás era algo más infame.

Pareció darse cuenta de que le estaba mirando los brazos y se desenrolló las mangas antes de regresar a su trabajo.

—Como sea, de verdad deseo que las cosas funcionen entre vosotros dos —dijo Giselle—. Me encantaría que Vincent finalmente encontrara a alguien con quien compartir su vida.

Dejé ir la pregunta sobre sus brazos y exhibí una sonrisa perfecta para una entrevista laboral.

—Hasta ahora ha sido excelente.

Oí sus pasos un segundo antes de que irrumpieran. Se oyó un estruendo en la puerta de la cocina, luego el pomo giró y entró Brady entre risas con Vincent que lo seguía de cerca.

—¡Ey, amiguito! ¡Regresa! ¿Adónde vas? —gritó Vincent.

Brady fue directamente hacia mí y lanzó los brazos alrededor de mi pierna derecha.

—Kristen —gritó—. ¡Ven a jugar a los trenes!

Miré a Giselle, quien sonreía.

—Parece que me están convocando —le dije.

—Eso creo. Diviértanse, chicos, yo terminaré aquí.

Los tres regresamos a jugar con los trenes hasta que el pastel estuvo listo. Para aquel momento, algunos de los amigos de Brady ya habían llegado con sus padres y prácticamente se olvidó de Vincent y de mí. Al final, la fiesta duró hasta las siete. Para la hora en que nos marchamos, yo estaba tan molida como los niños. Dormí en el auto todo el viaje de vuelta a casa.

Capítulo cuatro

El domingo se desdibujó en una nube de mandados y de poner mi vida en orden. Ver a Vincent en un ambiente familiar fue una verdadera revelación. Después de cómo manejó lo de Marty, temía estar saliendo con un hombre excesivamente lógico con las emociones de un cavernícola. Pero ahora, al verlo con Brady, resultaba claro que tenía mucho amor en su corazón. Aquello me hacía sentir bien.

La mañana del lunes salí de la cama arrastrando los pies y me tambaleé camino al trabajo. Al salir del ascensor en el piso cuarenta y ocho del alto edificio de vidrio que albergaba a Waterbridge-Howser, comencé a sentirme mareada. Había tenido una noche difícil intentando dormir y al final solo había dormido un par de horas. Cuando llegué a mi oficina, dejé mi bolso y volví a salir. Necesitaba cafeína. Desesperadamente.

Fui al área común de cocina con mi taza. Cuando sentí el olor de la cafetera, me dieron náuseas.

—¡Hombre! ¿Quién hizo el café esta mañana? Huele horrible.

Un analista llamado Sam también estaba en la cocina ocupado untando un *bagel* con abundante queso crema. Le dio un mordisco al *bagel* y luego tomó un sorbo de su taza.

—Para mí sabe bien. No siento ningún olor inusual.

—¿No lo sientes? Huele a pies sucios y neumáticos.

—Quizás tengas un super olfato.

—¿Un qué?

—Ya sabes, como alguien que tiene papilas gustativas super sensibles salvo que con el olfato. Lo vi en un episodio de *La ley y el orden*. Cuando el perro policía no pudo rastrear con el olfato las drogas en una escena del crimen, trajeron a este tipo que tenía un super olfato.

Repentinamente curiosa por la posibilidad de tener un super poder, le pregunté:

—¿Al final encontró algo en la escena?

Él asintió vigorosamente.

—Percibió el olor que el perro no estaba entrenado para detectar. Era alguna sustancia química extraña que condujo a la policía a esta fábrica de pintura abandonada donde encontraron evidencia incriminatoria.

—Interesante.

—A ver si hueles mi desodorante. —Levantó el brazo para exponer la axila y noté una leve mancha de sudor en la tela de la camisa. Afortunadamente, se encontraba a varios pies de distancia.

—Desde aquí no puedo oler nada.

—Quizás no tengas un super olfato después de todo.

—Sí, no creo que tenga esa capacidad. De lo contrario, probablemente lo habría descubierto antes.

Le dio otro mordisco al *bagel*.

—Puede ser que estés embarazada.

Por poco dejo caer la taza vacía pero la agarré a último momento.

—¿Qué?

Terminó de masticar.

—Cuando mi esposa estaba embarazada, no soportaba ciertos olores. Como el café y el olor del supermercado.

Me reí nerviosa y espanté la idea con la mano. Sam se encogió de hombros y se fue a su propio escritorio a trabajar o quizás a reflexionar sobre el misterio.

Yo permanecí en la cocina. ¿Y si realmente estaba embarazada?

Las últimas semanas pasaron por mi mente como un relámpago. Había vomitado dos veces. La primera vez, se lo atribuí a la comida china. La segunda vez, sucedió porque estaba consternada porque Marty había aparecido y por la discusión posterior con Vincent. Seguro que no eran náuseas matutinas...

Me cubrí la boca abierta con la mano rápidamente al darme cuenta de algo: hacía casi una semana que tenía un atraso en mi período.

Ay, no.

Durante el almuerzo, hice un viaje hasta Duane Reade y tomé una prueba de embarazo. Cuando llegué al pasillo de planificación familiar sentí que ingresaba a un sex shop y miraba por encima del hombro a cada segundo como si estuviera a punto de hacer algo escandaloso. Encontré lo que estaba buscando y metí la caja debajo del brazo hasta que llegué a la caja registradora. Después de pagar, guardé la caja rápidamente en el bolso, esperando que nadie me hubiera visto comprarla.

Cuando llegué a casa, vi que Riley estaba en su lugar habitual en el sofá, mirando televisión. Dejé la bolsa de la compra sobre una silla de la cocina y me dirigí al baño con la caja de la prueba en mano, con cuidado de mantenerla fuera de la vista de Riley.

Cerré la puerta y me quedé mirando la caja un momento. La foto de adelante mostraba a una mujer que sonreía radiante. Eché un vistazo al espejo y vi que mi expresión no se le parecía para nada.

Tomé una banda y seguí las instrucciones, con las manos temblorosas todo el tiempo.

Tomaría unos minutos antes de que aparecieran los resultados. Cerré los ojos y comencé una cuenta regresiva mental, temiendo mirar el resultado.

Respira profundo, Kristen.

Finalmente, habían pasado los cinco minutos. Bajé la vista a la prueba que tenía en la mano.

Línea rosada. Estaba embarazada.

Dejé caer la prueba al piso. Las manos me temblaban. Tenía que haber un error. No había forma de que estuviera embarazada. Tomaba la píldora anticonceptiva. Aunque Vincent hubiera acabado adentro de mí cuando estábamos en el Caribe, no había manera de que me hubiera dejado embarazada. No importaba cuán potente fuera su esperma, no podía ganarle a la píldora... ¿verdad?

Tomé otra.

Tras cinco minutos terriblemente largos, la miré.

Línea rosada de nuevo.

Mierda. Mierda. Mierda. Mierda. Carajo.

Mi mundo se desmoronaba. No me podía estar pasando eso.

Examiné la caja frenéticamente, esperando encontrar alguna advertencia sobre la inexactitud.

“Exactitud superior al 99%. Siéntase tranquila al conocer los resultados”.

Salí del baño y fui a la sala de estar donde Riley estaba dándole sorbos a una coca cola dietética.

—Riley, necesito hacerte una pregunta. —Intenté mantener la voz tan tranquila como le era posible a una persona que acababa de descubrir que estaba embarazada.

Dejó la bebida sobre la mesa baja y me dirigió su atención.

—Por supuesto, ¿qué es?

—¿Es posible obtener dos falsos positivos en una prueba de embarazo?

—¿Eh? ¿Por qué...? —Los ojos se le abrieron como platos—. ¡Ay, Dios mío! ¿Estás embarazada?

Intenté contener las lágrimas pero comenzaron a caer contra mi voluntad.

—Acabo de hacerme una prueba y eso es lo que dice.

—¿Creía que tomabas la píldora!

—Sí, lo hacía, es decir, lo hago. Solo que... no sé cómo pudo haber pasado.

—Ay, Kris, sabes que ni siquiera la píldora es ciento por ciento eficaz.

Asentí.

—Quiero decir, en teoría lo sabía, pero nunca pensé que yo podría estar dentro de ese minúsculo porcentaje en el que podría fallar.

Riley estudió mi rostro, probablemente comprendiendo que una felicitación no era lo más adecuado. Su tono se volvió serio.

—¿Qué harás?

Me largué a llorar con más ganas.

—Nunca planeé esto. Vincent y yo nunca hablamos al respecto. ¡Apenas hace dos meses que nos conocemos!

Riley se acercó para abrazarme y frotarme la espalda.

—Estará todo bien, Kris. Tienes opciones. No es el fin del mundo.

—No sé qué hacer.

Su voz era suave.

—¿Estás considerando hacerte un aborto?

—No sé. ¿Qué otra opción tengo? No estoy lista para ser madre. Pensaba que tendría unos treinta y tantos antes de considerar la idea de tener un bebé. Ni siquiera sé cómo reaccionaría Vincent si lo descubriera.

—¿Se lo vas a contar?

—¿Debería hacerlo?

—Sí, deberías. Tiene el derecho de saberlo. Él es el padre, ¿no?

Me sequé las lágrimas de las mejillas.

—A menos que mis dedos hayan comenzado a producir esperma mágicamente, sí. Vincent es el único con el que he tenido sexo.

—Está bien. ¿Cómo marcha tu relación con él? Dijiste que os reconciliasteis, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Bien. Eso debería hacer que sea más fácil decirle. Ten fe en él, Kris. ¿No dijiste que adoraba a su sobrino?

Las historias de Giselle sobre los correos electrónicos de Vincent a la madrugada en los que se entusiasmaba con actividades y programas para Brady se me vinieron rápidamente a la mente.

—Sí, lo adora. Creo que en realidad sería demasiado intenso al respecto.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, su hermana dijo algo así como que estaba al límite de la obsesión con el niño. Le manda correos electrónicos a las dos de la mañana sobre campamentos y lugares a donde puede

ir su sobrino cuando tenga la edad suficiente.

Riley asintió.

—Eso suena muy dulce. Parece que será un padre excelente.

—No sé, Riley. Que te gusten los niños no es lo mismo que querer tener uno propio.

—Eso es cierto. Es un director ejecutivo muy ocupado cuyo estilo de vida es vertiginoso. Pero que le gusten los niños es, sin dudas, una señal positiva.

—¿Y qué sucedería si realmente él quisiera tener un hijo y yo no? ¿Y si yo simplemente no quiero ser madre aún? Podría hacerme un aborto sin decirle nada. ¿No sería más fácil? Si le cuento y no estamos de acuerdo, esto podría destruir nuestra relación. Entonces habría sido más fácil simplemente no decírselo y quizás podamos tener un bebé dentro de unos años.

Inhaló profundamente.

—Creo que deberías pensar bien si quieres hacerte un aborto. Mi madre tuvo un embarazo no planificado y casi aborta. Me alegra que no lo haya hecho, de lo contrario yo no estaría aquí.

Sentí cómo el rostro me ardía cada vez más de la vergüenza.

—Riley, no lo sabía...

—Está bien. Todos tenemos secretos, Kristen. —Me apretó la mano—. Solo te pido que no tomes una decisión apresurada. Piénsalo. Si estuviera en tu lugar, le diría a Vincent. Si tomas esta decisión por tu cuenta, será una tensión en vuestra relación por el resto del tiempo que esteis juntos. Quiero decir, es bastante deshonesto.

Tenía razón. Si Vincent no podía confiar en que yo le contara algo tan importante como aquello, eso hablaba mal de la solidez de nuestra relación en su totalidad. Aun así, era demasiado con lo que lidiar.

—¿No crees que soy demasiado joven para tener un hijo?

Riley negó con la cabeza.

—Tienes veinticinco años. Muchas mujeres tienen hijos a esa edad. Cuando la gente tiene nuestra edad, por lo general, la mayor preocupación es el dinero, pero obviamente ese no es el caso aquí. Tienes un trabajo excelente y Vincent está lleno de dinero.

—Aunque eso es parte del problema, Riley. No puedo tener un hijo de mi cliente. Eso supera todo escándalo. Si decido tener este bebé, mi tiempo en Waterbridge-Howser habrá terminado.

—¡Creía que habías dicho que no tenían ninguna política en contra de esto!

Suspiré.

—Una política oficial es una cosa. Refregárselo a la compañía al pedir licencia por maternidad para tener al hijo de un cliente es otra. Es prácticamente una prueba de que obtuvieron al cliente porque tuve sexo con él. Otras empresas de gestión patrimonial podrían usar eso en su contra cada vez que prepararan una presentación promocional. El negocio de la gestión patrimonial es bastante conservador.

—¿Entonces te despedirían? ¿Eso no es ilegal?

—Lo harían si descubrieran cómo salir impunes o me obligarían lentamente a irme. No importa. Si decido tener este bebé, necesito encontrar un trabajo nuevo antes de que eso suceda. Antes de que se me comience a notar, en realidad.

—Guau. Es mucho con lo que tienes que lidiar.

—Siento que es demasiado. ¿Qué me dirá Vincent cuando lo cargue con todos estos problemas?

Negó con la cabeza.

—Háblalo con él y averígualo. Es el director ejecutivo de una compañía enorme, estoy segura

de que está acostumbrado a lidiar con situaciones complicadas. Si no hablas con él sobre esto, creo que después lo lamentarás.

—¿Y si terminamos porque no podemos resolverlo?

—Si no pueden salir adelante juntos de una situación como esta, ¿todavía valdría la pena la relación?

Inspiré profundamente.

—Supongo que no. Igualmente, esto me supera.

—No tienes que tomar ya la decisión. Como te dije, creo que deberías hablarlo con él. Eso es lo que yo haría.

Aquella noche, tumbada en la cama, me puse a pensar en lo caótica que se había vuelto mi vida. Estaba embarazada. Eso explicaba lo extraña que me había sentido últimamente, pero aun así me dejaba con más preguntas que respuestas. Mi vida había ido por el buen camino durante tanto tiempo, transitando a paso firme por un único camino. Los últimos dos meses había sufrido el desvío más pronunciado que pudiera imaginar.

No obstante, Vincent era parte de ese desvío y, cuanto más lo pensaba, más coincidía con Riley. Necesitaba contarle sobre mi embarazo. No lo habíamos planeado, sí, pero quizás terminaría siendo un accidente agradable. No podía descartar aquella posibilidad. Lo que sí sabía era que si tomaba la decisión sin ponerlo al corriente, tendría que escondérselo por el resto de mi vida. O durante el tiempo que estuviésemos juntos. No quería que aquello se cerniera sobre nuestra relación.

Tenía una reunión con él programada para el jueves. Hasta el momento, el tema de la reunión serían las opciones de la estrategia de inversión que había desarrollado para su patrimonio personal, pero parecía que se agregaría otro tema a la agenda, fuese oficial o no.

Capítulo cinco

El martes y el miércoles se pasaron en una nube ansiedad. Pasé la mayor parte de ese tiempo pensando en el embarazo más que en el trabajo en sí. Vacilaba y cambiaba de opinión en cuanto a querer decirle a Vincent y no querer decírselo, a querer quedarme con el bebé y no querer quedarme con él.

Para cuando llegó el jueves, me había decidido a contarle a Vincent, pero todavía no estaba segura de mi postura personal sobre si quedaría quedarme con el bebé o no. Necesitaría saber cómo se sentía Vincent antes de tomar una decisión sobre cómo me sentía yo.

El trabajo antes de la reunión con Vincent fue una montaña de correos electrónicos y memorándums. Tenía que pasármela releiendo los mensajes para asegurarme de que no me hubiera olvidado de nada. Resultaba imposible concentrarse; no sabía si era por las hormonas o los nervios, pero sentía que tenía la mente embotada y nublada. A pesar de que por lo general completaba el trabajo en treinta minutos, me tomó cuatro horas completas terminarlo.

Finalmente, llegó el momento de partir para la reunión. Empaqué mis cosas y tomé un taxi hacia su oficina. El viaje transcurrió como una nube adormecedora. ¿Cómo empezaría la conversación? ¿Cómo reaccionaría él, independientemente de cómo la comenzara? El curso de mi vida podría depender de aquella reunión. Qué extraño es cómo siempre es la gente que menos esperas la que termina cambiándote la vida más radicalmente. Unos meses atrás, nunca hubiese pensado que tendría el hijo por nacer de Vincent Sorenson acurrucado en mi vientre, pero aquí estaba.

Inhalé profundamente y bajé del taxi. La caminata desde el bordillo de la acera hasta el edificio y luego la subida en el ascensor parecía una prueba de velocidad. Iba a hacerlo. Recorriendo a zancadas la oficina de Red Fusion, le hice una seña a la secretaria antes de llegar a su oficina. La puerta estaba entreabierta y golpeé.

—Pasa —me llamó Vincent.

Abrí la puerta con cuidado y entré. Vincent no estaba sentado en su escritorio. Por el contrario, observaba por la ventana, absorto en sus pensamientos. Llevaba unos pantalones azul marino entallados y una camisa a cuadros celeste y blanca, ambos separados por un cinturón de cuero curtido. Informal pero prolijo. Todavía no me acostumbraba a lo sexy que lucía con cualquier cosa que vistiera.

Se volvió sobre el hombro y me miró.

—Hola, Kristen. Llegas unos minutos más temprano.

—¿Ah sí? —le pregunté. Miré mi reloj pulsera—. Lo siento. El tráfico estaba más ágil de lo esperado.

Hizo un gesto con la mano, como si apartara con ella mis palabras y sonrió.

—No te preocupes, es una linda sorpresa. Me gustan las sorpresas lindas.

Dio unos pasos hacia donde yo estaba de pie, justo apenas después de pasar por la puerta.

—Cierra eso —me dijo.

Conocía ese tono. Estaba a segundos de besarme y, si comenzaba a hacerlo, no habría forma de que terminara hablándole sobre el embarazo. Levanté el expediente que había preparado para presentar la estrategia que tenía en mente para sus activos.

—Debemos terminar con esto —le dije—. Después de todo, es importante. También tengo algo más para decirte luego, algo que no tiene que ver con los negocios.

—Debe de ser sobre el placer, entonces. No puedo esperar para que me lo cuentes, Gatita.

Sonreí, pero internamente evité dejar que el efecto habitual que producía en mí me controlara. Vincent no necesitaba ningún tipo de motivación adicional para seguir provocándome y yo no necesitaba que él intentara descarrilar mi plan perfectamente preparado.

—En realidad no, simplemente abordemos un tema a la vez.

Suspiró.

—Tienes razón. ¿Dónde me quieres?

En el contexto, sonaba sexual y mi sexo se tensó instintivamente por su tono. Con lo ocupado que había estado las últimas semanas y los acontecimientos alocados recientes, parecía que hacía una eternidad que no teníamos sexo. Necesitaba concentrarme. Una cosa por vez. Primero, termina tu presentación y luego puedes contarle sobre el bebé.

Elevó una ceja.

—¿Estás bien?

Negué con la cabeza.

—Sí, lo siento. Solo estaba pensando en mi presentación.

Se rió.

Espero que no estés tan nerviosa como la primera vez que estuviste en esta oficina. Aunque disfruté bastante aquella conversación...

Aunque me robó una sonrisa, sabía que tenía que volver a encauzar aquella conversación.

—Lo siento, Vincent, no creo que eso suceda hoy.

—Bueno, una vez que hayas terminado con la presentación de estos materiales quizás podamos avanzar a la segunda fase de la reunión.

Vincent claramente tenía una idea distinta de cómo sería la segunda fase de la reunión.

—Podemos sentarnos en el sofá —le dije.

¿Cómo reaccionaría cuando descubriera lo del bebé? Durante el fin de semana que visitamos a Giselle quedó claro que Vincent amaba a Brady, pero era su sobrino. No tenía que cuidar de Brady todos los días. ¿Se sentiría del mismo modo si fuera su hijo? ¿Estaría dispuesto a sacrificar su estilo de vida por ello?

Tomó asiento.

—Espero poder tener toda tu atención aquí —me dijo—. De lo contrario, tendré que asegurarme de ello.

Imágenes procaces de las diferentes maneras en que él podría “asegurarse” atravesaron mi mente antes de que tomara una bocanada de aire y le sonriera.

—Lo siento, solo estoy preocupada por algunos asuntos del trabajo.

Con suerte, al hablar sobre los datos y las cifras de su patrimonio se desanimarían las cosas. Le entregué la carpeta que había preparado para esta presentación.

Me sonrió. Esperé que hablara, pero continuó observándome, sin decir nada.

Parpadeé y proseguí, abriendo la carpeta y pasando la carátula hasta el resumen ejecutivo. Empecé una explicación sobre las diferentes estrategias que habíamos preparado para él.

Él asentía, atentamente, aunque todavía tenía una sonrisa de suficiencia deliberada en el rostro.

—¿Alguna pregunta hasta aquí? —le pregunté.

Negó con la cabeza, frunciendo los labios como para evitar sonreír.

—¿Qué es tan gracioso?

Me observó unos segundos. Todavía reprimiendo la sonrisa, finalmente habló.

—¿Te estás escuchando?

Arrugué el rostro. ¿De qué estaba hablando?

—¿Dije algo incorrecto?

—No, lo estás haciendo bien. Es solo que... —Su voz se fue apagando en la mitad de la frase.

—¿Qué?

Y ahí lo oí. Se percibía ese tonito áspero que a veces tenía mi voz cuando estaba excitada.

Me aclaré la garganta y fruncí los labios, intentando pensar en algo que decir. Esto no marchaba conforme al plan. No según mi plan, aunque parecía que Vincent lo estaba disfrutando mucho. Estas malditas hormonas del embarazo.

—Vincent, esto es importante.

—¿Sabes cómo te ves ahora mismo? —Los ojos de Vincent parpadearon recorriéndome el cuerpo de arriba abajo; casi podía sentir sus dedos invisibles acariciando lentamente mis curvas. Con la lengua se humedeció un poco los labios—. Deberías mirarte al espejo. Estás tan sexualmente arrebatadora. Simplemente te arrancarías la ropa ahora mismo. Ha pasado tanto tiempo. Ambos sabemos que venimos tan demorados con el sexo.

El deseo de su voz le envió una descarga de calor a mi zona íntima. Me retorcí, frotándome las piernas entre sí. Por alguna razón, pensé en la primera vez que estuve allí en su oficina. Estábamos justo en aquel sofá. Salvo que estábamos recostados, no sentados, y sus manos habían ido ascendiendo por mis muslos. Lo miré y me sonrojé, deseando que no pudiera leerme la mente. Tenía que volver a encauzar aquello.

—¿No te interesa el manejo de tus activos?

Se acercó más a mí, su pierna presionaba justo arriba de la mía. Era bueno que estuviéramos sentados porque, al mirarlo a los profundos ojos marrones, estaba lista para derretirme. Levantó la mano derecha y deslizó la parte posterior de los dedos por uno de los lados de mi rostro.

—Tú eres mi activo más valioso en este momento —me susurró.

Un escalofrío me recorrió la médula. Se comportaba con tanta dulzura y a cada minuto que pasaba se me hacía cada vez más difícil resistirlo.

—En serio, Vincent.

Cerró la carpeta y la dejó sobre la mesa baja.

—Escucha, confío en la estrategia que has preparado para mí y estoy seguro de que podré leer esto cuando esté solo, no tan distraído. No tenemos que elegir una estrategia en este preciso momento.

Vincent se volvió hacia mí; una llama ardía en sus ojos. Me acarició el cabello con una mano, bajándola cariñosamente hasta mi cuello expuesto y, con la otra, me agarró la pierna desnuda posesivamente. Cerré los ojos, deleitándome por un momento con las sensaciones.

—¿Y si alguien nos escucha? —le susurré.

—Estas paredes de vidrio podrían detener balas. Nadie nos escuchará.

—Vincent.

—Gatita, quiero tenerte en esta oficina desde la primera vez que estuviste aquí.

—Hay algo que tengo que decirte...

—Shhh... puede esperar. Yo no.

Quién sabía que pasaría entre nosotros cuando supiera sobre el embarazo. Decidí que podía

esperar un poco más para decirle, de modo que pudiéramos disfrutar del cuerpo del otro en aquel momento. Podría ser la última vez.

Me cubrió con la boca la mía, reclamando un beso. El cuerpo me delató al responder a su roce como si le perteneciera a él. Me incliné hacia atrás hasta que quedé recostada sobre el sofá, el pecho de Vincent presionó contra el mío.

Sus dedos descendieron lentamente hasta mi vagina, que ardía de deseo. Arquee las caderas hacia arriba para que accediera con más facilidad, desesperada por que me tocara. Complacido, presionó contra mi ropa interior empapada.

—Estás tan mojada para mí, Kristen. Dime dónde me quieres ahora.

Deslizó un dedo por debajo de mis calzones y luego adentro de mi vagina, para alcanzar el punto perfecto. Masajeó lentamente mi punto sensible, extrayendo el placer de mí, como si estuviera demostrando el control que tenía sobre mi cuerpo.

Me lanzó al límite. Acabé intensamente, mordiéndole la tela de la camisa para evitar gritar. Corcoveando salvajemente, se me contrajeron los músculos en espasmos que hubieran sido dolorosos si no se sintieran tan sensacionales. Vincent me contuvo, su dedo solitario pulsaba contra mi punto G.

Cuando finalmente acabé, me aflojé y vi que le había dejado máscara en la camisa junto con labial. Al levantar la vista hacia su rostro, vi una mezcla de sorpresa y excitación en su expresión.

Sacó el dedo y me sujetó las caderas. Levantando la mirada hacia mí, sonrió con picardía.

—Estabas lista, ¿no?

Asentí.

—Discúlpame por la camisa.

Miró por encima sin darle importancia.

—Tengo otra. ¿Tú?

Me miré la blusa, pero estaba bien.

Me apretó las caderas. En respuesta, lo besé desesperadamente en la boca. Me encantaba cuando me desafiaba. Él sabía precisamente qué botones apretar y cuándo. En ese caso, había encendido un nuevo fuego para que avanzara con mi necesidad ya ardiente.

Traté torpemente de desabrocharle los botones de la camisa; mi boca aún presionaba contra la suya. Al hallar el premio que había estado buscando, me deleité con las sensaciones de su pecho suave, firme y fuerte. Los aros de las tetillas estaban brillantes y sorprendentemente tibios bajo mi mano.

—Gatita —gruñó—. Necesito estar adentro de ti.

Asentí.

Vincent me levantó y me volteó. Me arrodillé sobre el sofá, volviéndole la espalda. Deslizó la mano hacia arriba hasta mis muslos, metiéndome mano posesivamente. Dios, lo necesitaba adentro de mí. Abrí más las piernas para él, facilitándole el acceso y empujando mi sexo desesperado más cerca de él. El aire se sentía frío sobre la piel, lo que me hacía hiperconsciente de lo expuesta que estaba ante él. Oí que se desabrochaba el cinturón.

El cuerpo se me estremeció cuando me penetró. Lo apreté involuntariamente cuando arrastró la punta turgente del pene contra mis resbaladizas paredes internas. No sabía cuánto más podría soportar, el placer era tan intenso.

—Vincent, por favor...

Continuó empujando adentro de mí, dando repetidamente contra mi centro de placer hasta

que, juntos, nos hicimos añicos. Sentí que acababa adentro de mí, su semen tibio mezclándose con mis fluidos y, enseguida, le seguí, arqueándome en el aire, ofreciéndole a Vincent mi cuerpo. Luego se desplomó sobre mí y yacimos allí en el sofá.

El peso de él sobre mí resultaba reconfortante. Respiramos en sincronización, recuperándonos lentamente de nuestro éxtasis. Después de que él limpiara la evidencia de nuestro encuentro de mi pierna, nos acurrucamos juntos sobre el sofá. Ambos estábamos sudorosos, pero se sentía bien tener su calor junto a mí.

Tenía que ser aquel momento o, sino, ya no sucedería ese día. Necesitaba decirle que estaba embarazada. Ahora era el momento de ver cómo reaccionaría. Al menos sabía que estaría del mejor humor posible.

Inhalé profundamente a medida que el corazón me comenzaba a latir más rápido a la expectativa de los efectos secundarios.

—Vincent...

El intercomunicador zumbó, lanzando mi interior en caída libre.

—Sr. Sorenson, acaban de llamar de seguridad. El Sr. Rodríguez y el Sr. Bennet están aquí para verlo. ¿Les aviso que usted y la Srta. Daley no han terminado aún?

Vincent se desenredó de mí y se dirigió a zancadas hasta su escritorio. Incluyó la cabeza inquisitivamente en dirección a mí como si me preguntara si habíamos terminado. Un mechón de cabello suelto sobre el rostro, junto con la sonrisa que formaba hoyuelos, le daban un aire infantil.

No podía decírselo. Él estaba, mejor dicho, ambos estábamos tan felices en ese momento que no podía arruinarlo soltándole esta bomba justo antes de irme. No era tan importante que yo le dijera, sino su reacción, y si me marchaba enseguida de decirle, no podría verla. Con aquello en mente, asentí tranquilamente y me enderecé.

—No, Lucy, justo estábamos terminando. Estaré abajo en un minuto.

—Les avisaré.

—Gracias, Lucy.

Se volvió hacia mí y la ansiedad que tenía antes de la reunión regresó. Necesitábamos hablar sobre cómo manejar aquello, pero no sería precisamente en ese momento. Habría otras oportunidades. Al menos tenía algunas semanas más antes de que tuviera que tomar una decisión final con respecto al bebé.

—Discúlpame, llegaron un poco temprano. Son Kurt y Bernie, están vigilando de cerca a Marty, solo como precaución. Puedes quedarte si quieres estar presente.

Negué con la cabeza.

—No, está bien. De todos modos, tengo que volver al trabajo.

Vincent me observó un momento y luego se encogió de hombros.

—Te prometo que leeré esos materiales esta noche para que podamos hablar al respecto.

—Gracias. Lamento que no hayamos podido terminar con todo lo que debíamos.

Me sonrió.

—Creo que encontramos una mejor forma de ocupar el tiempo, ¿no te parece?

Le devolví la sonrisa y seguí alisándome el cabello.

Se rió por lo bajo mientras se dirigía al armario y buscaba otra camisa de vestir.

—Estás bien para salir, ¿no?

Estaba segura de que estaba hecha un desastre, pero podía encargarme de ello cuando estuviera sola.

—Haré una parada en el sanitario de mujeres antes de salir.

Terminó de abrocharse los botones.

—Como nuevo —dijo.

Abrió la puerta para dejarme salir primera. Él salió y yo me encaminé al sanitario de mujeres. Justo cuando entraba, mi teléfono vibró. Era Riley.

¿Cómo te fue con la asamblea con V sobre el embarazo?

Le escribí una respuesta.

Interrumpida. Lo haré pronto.

Me incliné contra la encimera del baño y solté un largo suspiro. Solo un poco más de tiempo, nada más. Faltaban semanas hasta que comenzara a notarse; de seguro encontraría un buen momento antes de que sucediera. Perder aquella oportunidad no era el fin del mundo.

Esa noche, cuando pude pensar con mayor claridad, me di cuenta de mi error. Aunque era cierto que no necesitaba decirle a Vincent de inmediato, no había contado con la nube tormentosa que me acechaba cada minuto que pasaba sin decírselo.

Después de una hora de tratar de distraerme con la televisión y limpiando, decidí que cuanto antes le dijera, mejor. Vincent me distraía mucho en su oficina, con su traje formal, pero quizás ambos nos concentraríamos más si tuviéramos la conversación en mi casa.

Llamé a Vincent a su oficina y le pedí que viniera, le dije que sí o sí necesitaba verlo para hablar con él de algo. Sonó preocupado y me dijo que se daría una vuelta al cabo de unas horas. Habiendo hecho esto, hablé con Riley para que me dejara el apartamento para mí sola aquella noche. Como buena amiga que era, llamó a su compañera Jen para pasar la noche en su casa.

Mientras esperaba que llegara Vincent, me dije a mí misma que definitivamente no se repetiría lo que había sucedido más temprano en su oficina aquel día.

Capítulo seis

Voy en camino. Estaré allí en 10 min.

Luego de leer el mensaje de texto de Vincent, inhalé profundamente y dejé el teléfono sobre la mesa baja de vidrio.

Había puesto a calentar agua en la cocina para hacer té. Ayudaría a tranquilizar mis nervios y los de Vincent durante la conversación delicada. Me senté sobre el sofá con el objetivo de ensayar las líneas que había preparado para decirle mientras me alisaba la camiseta y los jeans.

Unos minutos después, un llamado a la puerta me sobresaltó. Tres golpes seguidos por el sonido débil de un hombre que se aclaraba la garganta.

Me levanté del sillón y caminé hasta la puerta. Al echar un vistazo por la mirilla, vi a Vincent de pie sobre el felpudo. Vestía una camiseta estilo polo de color verde bosque cuyas mangas se extendían por sus brazos y unos shorts caqui que le resaltaban los músculos firmes de las piernas. Se debía de haber cambiado después del trabajo. Se balanceaba de un pie al otro, lo que delataba su temor. ¿Sospecharía lo que yo estaba a punto de decirle?

Abrí la puerta.

—Hola —le dije, con una sonrisa que había preparado de antemano. Me resultó más fácil al ver su rostro de infarto.

Su expresión se iluminó.

—Hola —me dijo, devolviéndome la sonrisa.

—Ven, pasa. —Di un paso atrás, para abrir más la puerta y le hice un gesto para que pasara.

—¿Debería quitarme el calzado?

Vestía un par de zapatillas deportivas limpias que hacían juego con la camiseta polo. Tuve una leve sospecha de que me estaba probando con la pregunta. Decirle que se dejara el calzado puesto podría interpretarse como una señal de que estaba terminando con él. Aquella sería una conversación prolongada y merecía estar cómodo.

—Puedes quitártelo.

Se quitó las zapatillas y las dejó cuidadosamente junto a la pila de zapatos bajos y tacones en la esquina, cerca del perchero.

—¿Te gustaría algo de beber? Estoy haciendo té. —Estudié su lenguaje corporal. Estaba un poco tenso, sus movimientos carecían de esa confianza primaria habitual.

—Estoy bien, gracias.

La formalidad de su respuesta hizo que la situación fuera incluso más incómoda.

—Está bien. —Cuando se hubo alejado de la entrada, me incliné hacia adelante para cerrar la puerta. El cierre de la puerta marcaría el inicio de una conversación muy difícil.

Aquí vamos.

La puerta hizo un ruido sordo inesperado cuando intenté trancarla. Bajé la vista y vi una bota marrón oscura encajada en el marco de la puerta.

¿Eh?

Un objeto metálico deslucido de cromo se deslizó por la abertura estrecha en la puerta. La forma era pequeña y terminaba en punta —dirigida hacia la espalda de Vincent—.

—¡Aléjate de ella! —gritó la voz detrás de la puerta.

Una fuerza me empujó. Me tambaleé hacia atrás, mis omóplatos dieron contra la media pared que separaba la sala de estar de la cocina. La puerta se abrió de golpe y un hombre alto con vendas blancas que le travesaban la nariz y las mejillas entró a mi apartamento. Vestía una camiseta blanca lisa con pantalones deportivos negros y parecía muy cabreado.

Vincent se volvió, sobresaltado.

—¿Cómo demonios...?

—Dije que te alejaras de ella —le gritó el hombre, cuyas manos hacían temblar el extremo de la pistola. Ojos azules intensos detrás de los anteojos gruesos que tenían la lente derecha rajada. Unos mechones de cabello castaño oscuro, con raya al medio, caían descuidadamente alrededor de su frente.

—¡Marty! —grité—. ¡Dios mío! —Abrí bien los ojos cuando me di cuenta de que tenía una pistola en la mano.

Vincent levantó las manos en el aire y comenzó a retroceder lentamente para quedar más adentro de la sala de estar, hacia la ventana.

—Tranquilízate. No hagas nada apresurado.

—Aléjate de ella ahora. —Las vendas cedían a sus muecas—. No dejaré que me lastimes a mí ni a Kristen.

—¿De qué estás hablando? —dijo Vincent, los ojos entornados, las manos aún en el aire—. Tú eres el que tiene la pistola.

Marty se me acercó rápidamente. Me envolvió la muñeca con los dedos y me dio un tirón para acercarme a él, mientras mantenía la pistola apuntando a Vincent.

—¿Dónde están tus matones? ¿Están en el edificio?

Vincent hizo una pausa. Echó un vistazo a la mano de Marty alrededor de mí y, luego, de nuevo a Marty.

—Están justo al otro lado del pasillo. Si disparas esa pistola, la oirán y vendrán armados.

Marty cerró la puerta detrás de sí con el pie.

—Sé que estás mintiendo, como siempre, pero por si acaso. —Liberó mi mano, puso el cerrojo de seguridad y enganchó la cadena, para encerrarnos con él. Metió la mano en su bolsillo trasero y lanzó una cadena plateada a los pies de Vincent—. Espóstate al radiador.

—Marty, ¡baja el arma! Esto es una locura —grité. El pulso se me aceleraba en el pecho. La sangre pasaba con gran estruendo por mi oídos y ahogaba los pensamientos que gritaban en mi mente para escapar. Quería salir corriendo pero no tenía adónde ir. No, no, no. Aquello no podía estar sucediendo. Se suponía que estaba a punto de contarle a Vincent sobre mi embarazo.

Se volvió hacia mí, con la expresión suavizada.

—Lo siento, Kristen, no quería llegar a esto. Pero él no me dio opción. Por favor, no tengas miedo, no te haré daño. Estoy aquí para protegerte.

—¿Para protegerme? —le solté con incredulidad, respiraba rápido y superficialmente.

Marty tensó la empuñadura del arma que apuntaba al pecho de Vincent y luego la amartilló. El sonido de *clic* audible me lanzó un estremecimiento mortal por todo el cuerpo.

—No te lo volveré a pedir. Espóstate al radiador, imbécil. Hazlo.

Vincent giró la cabeza y localizó el despliegue de hierro fundido de las tuberías detrás de él, ubicado debajo de la ventana.

—Está bien, está bien. —Logró mantener la voz mesurada, pero sus movimientos carecían de la calma habitual. Se agachó lentamente manteniendo ambas palmas abiertas delante de sí—. Estoy haciendo lo que pediste. No dispaes. —Bajó una mano y tomó las esposas, manteniendo

los ojos fijos en Marty y, sobre todo, en la pistola que tenía en la mano.

Me quedé mirando. Atónita. Aterrada. Tenía demasiado miedo como para moverme mientras observaba los acontecimientos que se desarrollaban ante mis ojos.

Oí un *clic*. Vincent se había esposado una de las manos al radiador.

—¡Esto es una locura! —grité.

—Por favor, Kristen —me dijo Marty con calma—. Dame una oportunidad para que te explique. Te prometo que lo superaremos.

Capítulo siete

Marty me ordenó que tomara asiento en el sofá. Con las lágrimas que comenzaban a nublarne la visión y las piernas inestables, casi tropiezo con la mesa baja al obedecer en silencio.

—Quédate allí. —Sus palabras eran tranquilas, pero las sentí amenazadoras.

Sentada, observé cuidadosamente a Vincent mientras Marty se le acercaba, la pistola en mano. Vincent permaneció de pie, con las piernas firmes. No temblaba como yo, pero tenía los ojos oscuros bien abiertos y enfocados. Una vena que le latía visiblemente en la frente daba indicios de que la adrenalina se bombeaba por todo su sistema. No se suponía que pasaría así, se suponía que simplemente tendría una conversación con Vincent.

La mano libre de Vincent se contrajo. Marty dio un paso adelante, apuntando el arma al pecho de Vincent. Marty estaba lo suficientemente cerca como para que Vincent le diera un puñetazo en el rostro o extendiera el brazo para agarrar la pistola que Marty sostenía con la mano extendida. Las imágenes de escenarios heroicos recorrían mi mente a toda velocidad, como si fueran las escenas de una película de acción. Apreté el almohadón del sofá con los dedos. Me dominaba el temor de que Vincent realmente intentara algo riesgoso... y fallara.

Ambos hombres permanecían de pie uno frente al otro, intercambiando miradas feroces, ninguno parpadeaba. El momento no duraría para siempre. Alguno tomaría la iniciativa.

El cuerpo de Vincent se tensó. Tragó saliva, nervioso. Su mano se curvó en un puño, al costado. Me miró.

¡No, Vincent, no lo hagas! Le rogué con la mirada, incapaz de hablar

Vincent volvió la mirada a Marty.

Marty levantó la pistola y presionó la boquilla contra la frente de Vincent.

—Ponte de rodillas.

—¡No lo lastimes! ¡Por favor! —rogué desesperadamente, cubriéndome el rostro con las manos. Vería cómo Marty le disparaba a Vincent en la cabeza y no había nada que pudiera hacer. Tenía los ojos irritados. Las lágrimas caían por mis mejillas.

—Por favor, guarda silencio, Kristen —dijo Marty, el tono apenas ocultaba su enojo. Mantenía los ojos fijos en Vincent.

Marty rebuscó detrás de su espalda y sacó otro par de esposas. Cerró de golpe un extremo alrededor de la mano libre de Vincent y el otro alrededor de una tubería distinta del radiador, para asegurarse de que Vincent no pudiera alcanzar algo para lanzarle o un teléfono celular para llamar.

—Si intentas soltarte o si tu equipo viene a entrometerse, te atravesaré la cabeza con una bala. ¿Entendido?

Vincent lo observó muy seriamente.

Marty le agarró el cabello y le tiró la cabeza hacia atrás con fuerza.

—Te hice una pregunta, pedazo de mierda. ¿Entendiste?

—Sí —gimió Vincent, a través de los dientes apretados.

—Bien —Marty le llevó la cabeza a Vincent hacia abajo de un tirón, por lo que hizo una mueca de dolor, luego le soltó el cabello.

Marty regresó al sofá y se sentó a mi lado. Me aparté, y me arrinconé contra el apoyabrazos,

arrollando las piernas contra el pecho.

—No le hagas daño —dijo Vincent, al volver a levantar la cabeza—. Esto es entre tú y yo. Yo soy el que te pegó, ella no.

—¡Cállate, carajo! Quédate quieto y callado. Todo esto es entre Kristen y yo. No hay forma de que le haga daño. Si quieres seguir hablando, no estoy en contra de hacerte daño a ti. Dios sabe que lo mereces.

Marty se volvió hacia mí.

—Kristen, lamento tanto que hayamos llegado a esto. —Apoyó la mano sobre mi hombro.

La sensación hizo que me abrazara a mí misma más fuerte.

—Por favor, baja el arma —le dije, las lágrimas humedecían los jeans que me cubrían las rodillas—. Me estás asustando.

Dejó cuidadosamente el arma sobre la mesa baja. Ya no la sostenía pero no estaba fuera de su alcance.

—Tranquilízate, nena. Respira. Dime que estás bien. Por favor.

Hice mi mayor esfuerzo por tranquilizarme, respirando profundamente y abrazándome fuerte.

—¿Qué quieres?

—Kristen, tienes que entender. No estaría haciendo esto si hubiera otra manera.

—Marty, tienes una pistola. No puedes tener un buen motivo para esto.

—No habría llegado a esto si ese hijo de puta no me hubiera molido a palos. —Lo señaló a Vincent—. Tengo que protegerme. Y protegerte a ti. Necesito hablar contigo.

—Está bien —murmuré, los labios me temblaban. Mantuve la vista en Vincent, intentando hallar esperanza en él. Vincent me devolvía la mirada, asintiendo levemente, indicándome en silencio que mantuviera la calma—. Te escucho.

—Mírame, por favor. No tengas miedo —dijo Marty.

Reticiente, volví la vista hacia él. Las vendas que cubrían lo que solía ser un rostro apuesto, lo hacían verse amenazador.

—Así está mejor. ¿Estás bien?

—Sí —mentí, mientras una lágrima me caía por la mejilla.

—Necesito que escuches lo que tengo para decirte. No te haré daño. —Me estudió por un momento, asegurándose de que le prestara toda mi atención—. No es fácil para mí decirte esto, Kristen. —Suspiró profundamente—. Mi vida ha sido una verdadera mierda desde que me dejaste.

Sin saber qué responder, asentí en silencio.

—Fue tan repentino. ¿Por qué me dejaste de esa manera? Sé que lo que hice estuvo mal, pero ni siquiera terminaste conmigo como corresponde. Después de dos años juntos, simplemente te esfumaste. *Puf*. ¿Cómo pudiste hacerme eso?

Tragué saliva, nerviosa, deseando que mi respuesta no hiciera que se enojara más.

—Marty, tú me lastimaste. Tenía miedo.

—Ya había habido intermitencias en nuestra relación. Pensé que era solo otro obstáculo que superaríamos. No sabía que reaccionarías de ese modo. Siempre habías sido tan paciente y comprensiva. ¿Sabes qué se siente cuando el amor de tu vida simplemente desaparece de tu mundo? Tenía el corazón destrozado. Cuando fui a tu apartamento en Boston, te habías marchado. Pero la mayoría de tus cosas todavía estaban allí. Pensé que volverías por ellas. Te esperé. Días. Semanas. Dormía en tu sofá, no iba a trabajar. Te llamaba, te enviaba mensajes. No respondiste ninguno de ellos.

Me estudió, esperando mi reacción. Yo permanecí en silencio, gimoteando.

—Te escapaste. Me llevó un tiempo aceptarlo, pero cuando caí en la cuenta de lo que había sucedido, me sentí terrible. Como si me hubiesen abandonado. ¿Entiendes cómo se siente uno después de eso?

—Siento que hayas pasado por un tiempo difícil.

—Sentía que estaba hecho pedazos, Kristen. ¿Recuerdas mi trabajo como agente financiero? Me despidieron porque dejé de presentarme. Luego, no podía conseguir otro trabajo. Nadie me contrataba. Estaba demasiado deprimido como para que me importara. Poco tiempo después dejé de intentarlo. ¿Sabes a qué me dedico ahora? O al menos qué hacía hasta hace un mes.

—¿Qué?

—Trabajaba en McDonald's. En eso terminé después de casi dos años de hacer trabajos ocasionales y sin importancia desde que me dejaste. No dejaban de despedirme. Mis compañeros de trabajo siempre se burlaban de mí. Se reían de mí. “Miren al chico de Harvard. No es mejor que nosotros”. Me enfurecía tanto. Solo intentaba hacer mi trabajo como todos los demás, pero ellos pensaban que yo me creía mejor que ellos. ¡Lo que no era cierto! Me hacía perder el control.

—Suena terrible. —Por mucho que odiara a Marty por haberme hecho daño, no me hacía sentir bien oír acerca de cuán difícil había sido su vida en los últimos dos años.

—Sí, no entiendo por qué la gente tiene que ser tan basura. Me esfuerzo tanto por ser una buena persona pero la gente no lo ve. Me miran como si fuera un canalla pero ellos lo son. Ellos son los malos. Juzgándome. Acusándome de cosas que no son ciertas. Sé que cometo errores, pero de verdad soy una buena persona. Tú lo sabes, ¿cierto? ¿Me perdonarás en algún momento por lo que te hice?

—No lo sé, Marty. Me hiciste mucho daño.

—Me siento terrible por todo eso. No hay un día que pase sin que me arrepienta por lo que te hice.

—Está bien —le dije—. ¿De eso se trata todo esto? ¿Solo quieres mi perdón?

—Esa es una parte. Tú significas tanto para mí. La otra parte es que te amo, Kristen. Ya te lo dije antes y es verdad. Nunca dejaré de amarte. Necesito saber qué sientes. ¿Todavía sientes algo por mí?

—¿Cómo puedes preguntarme eso cuando acabas de entrar a mi apartamento con una pistola?

—Te lo dije, no tenía opción. Es culpa de ese cabrón. Vincent. —Se volvió hacia Vincent—. Sé quién eres. Multimillonario, mujeriego, director ejecutivo de Sandworks... Vincent Sorenson. —Marty volvió la atención hacia mí—. ¿Acaso no ves que solo te está usando? Te romperá el corazón. Él no te ama como yo.

—No sabes nada sobre mí —farfulló Vincent—. Nunca lastimé a Kristen como tú. Eres un monstruo.

—Mírame de frente —me dijo Marty. Se quitó las vendas y reveló la piel inflamada de color negra y azul—. ¿Sabes quién me hizo esto? Dime quién es el monstruo.

Negué con la cabeza.

—Estás disgustado, Marty. Aun así, nunca antes habías llegado tan lejos. ¿Has tomado tus medicamentos y has ido a la psiquiatra?

—Quiero hacerlo, pero no puedo permitírmelo. Es demasiado costoso.

—¿Tu familia no puede ayudarte?

—En realidad, no. Ya sabes que dejé la facultad de derecho. Eso cabreó mucho a mi padre.

Cuando me rehusé a regresar a la facultad de derecho, me repudió. Mi madre intentó hacerlo entrar en razón, pero ella terminó suicidándose el mes pasado por tomar demasiados somníferos.

El estómago me dio un vuelco. Su madre había sido una persona con problemas muy graves, pero todo suicidio era una situación triste.

—¡Dios mío!

—Sí. —Hizo una pausa, sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas. Volvió la cabeza, parpadeó para quitárselas y volvió a mirarme—. Hizo que me diera cuenta de que te necesito, Kristen. Mi vida es un lío sin ti. Eres mi roca. No puedo continuar sin saber si la única oportunidad de ser feliz todavía está allí afuera para mí. ¿No ves cuánto me importas?

Comencé a jugar con el collar, como si acabara de descubrir que lo llevaba puesto.

—Esto no está bien, Marty.

—Déjame verte la mano.

La imagen de Marty torciéndome el dedo me atravesó la mente a toda velocidad.

—¿Q-qué vas a hacer? —Dejé caer la mano de nuevo y comencé a abrazarme las rodillas instintivamente otra vez.

Se movió en el asiento para acercarse más a mí y yo retrocedí más hacia el apoyabrazos del sofá. Inclinandose, extendió el brazo para tomar mi mano y con delicadeza me apartó el brazo de las rodillas. Se llevó mi meñique a los labios y lo besó con ternura. Sentí que estaba a punto de vomitar.

Vincent luchó contra las esposas.

—¡Por Dios, hombre! ¿Qué estás haciendo? Kristen, te está manipulando. No tienes nada por lo que sentirte culpable. Él es que tendría que sentir culpa.

—No te metas —espetó Marty.

—Me das asco —dijo Vincent—. Mírate, usas una tragedia para mantener a Kristen apegada a ti.

Marty levantó la pistola y la apuntó hacia Vincent.

—Dije que no te metieras.

—¡Marty, no! ¡Baja esa pistola!

Marty refunfuñó algunas veces y luego se relajó.

—Intenta lavarte el cerebro, Kristen. ¿No te das cuenta? No te culpo por lo que sucedió y no estoy intentando hacerte sentir mal. No es tu culpa. Tú eres igual a mí.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté, frustrada y asustada.

—Piensa en esto, Kris. Tú te escapaste de mí. De nosotros. Tienes que admitir que eso no es normal. Deberías haber hablado conmigo. Podríamos haber solucionado las cosas como siempre hacemos. Eso es lo que hacen las parejas. Solucionan las cosas juntos. Me besó la mano de nuevo. —Tengo una teoría. Y sé paciente conmigo en esto. ¿Recuerdas cuando descubrimos que yo tenía trastorno límite de personalidad? Bueno, investigué mucho y hasta hablé con la Dra. Perkins sobre esto. Creemos que podrías tener un trastorno de ansiedad.

Mi cabeza comenzó a girar.

—¿Qué?

—Te da miedo lo desconocido, correr riesgos, fracasar. ¿Recuerdas cuán ansiosa te sentías antes de los exámenes? —Marty soltó una risa animado—. Yo te hacía masajes en los hombros durante media hora antes del examen y luego te abrazaba cuando terminabas porque pensabas que habías fracasado estrepitosamente.

—Yo no tengo trastorno de ansiedad.

Marty me frotó la parte de atrás del hombro. Sus ojos mostraban calidez y su voz sonaba alegre.

—Vamos, Kristen. No seas tan testaruda. Es mejor que lo admitas porque así podremos hacer algo al respecto.

Recordaba cómo había sufrido por la ansiedad previa a los exámenes numerosas veces en la facultad. Marty había estado allí para reconfortarme. Quizás sí tenía un problema. Había huido de Marty. Había huido de Vincent en el restaurante. Básicamente, había huido de mis padres. Estaba pensando en huir de tener a este bebé. Temía correr riesgos, temía las consecuencias, temía que me lastimaran, temía fracasar. Riley lo había dicho. Vincent también había hecho que me diera cuenta de ello. Ahora, Marty me estaba diciendo lo mismo.

A pesar de todo ello, no tenía derecho a intentar diagnosticarme.

—No, Marty. No me digas que tengo un problema.

—Shh, shh. Sé que no es fácil admitirlo. A mí también me costó admitir que tenía un problema. Pero está bien, Kris. Ahora lo entiendo. Comprendo por qué huiste. Solo quiero ayudarte.

—Parece que estás olvidando que invadiste su apartamento con una pistola —dijo Vincent, luchando contra las esposas.

—¡Tú no lo entiendes! —gritó Marty. Se volvió hacia mí—. ¿Cómo puedes estar enamorada de este tipo, Kristen?

—No sabes nada sobre él —le dije.

Marty levantó las manos, frustrado.

—Sé que es un jugador con mucha labia que cree que estás a la orden del día.

Sus palabras me dolieron. Aunque Vincent y yo habíamos resuelto el malentendido sobre Ariel Diamond, el tema todavía perduraba en mi mente.

—¿Por qué sigues diciendo eso?

—“Tengo ideas acerca de algunas nuevas posiciones que podríamos adoptar que me gustaría compartir contigo en nuestra próxima reunión”; “si te estás tocando en este momento, es solo una pequeña parte del placer que yo te daría”. ¡Afloja un poco! Es un desgraciado. Como todos esos tipos de la fraternidad de los que nos burlábamos en la facultad (esos que usaban las gorras de béisbol con la visera hacia atrás y el cuello de la camiseta polo levantada). Sé cuán lista eres, Kristen. Por eso me sorprende que te hayas tragado todas las pendejadas de este tipo.

Al oír a Marty recitar fragmentos de conversaciones privadas entre Vincent y yo, mi rostro empalideció.

—¿Cómo sabes estas cosas? ¿Cómo leíste los mensajes de texto que él me envió?

Marty suspiró.

—Tu teléfono. ¿Recuerdas que tengo acceso a él? Puedo ver tus mensajes y oír tus conversaciones.

—¿De qué diablos me estás hablando? Nunca accedí a eso.

—Sí, lo hiciste. Dijimos que compartiríamos contraseñas. Usas la misma contraseña para el correo electrónico que para el teléfono.

Al ver mi teléfono que descansaba sobre la mesa baja, lo tomó, lo pulsó varias veces, luego me mostró que había superado la entrada de seguridad y había llegado a la pantalla de menú. Sonrió.

—La palabra es “Waddles”. Cambiaste la contraseña de tus cuentas de correo electrónico y de Facebook, pero supongo que te olvidaste de la del teléfono. Tienes una aplicación que me

permite acceder a tu teléfono a través de Internet. Por eso es que sabía dónde has estado todo este tiempo.

—¡Qué carajos! —dijo, conmocionada por la invasión a mi privacidad. Las señales habían estado allí. Las advertencias recurrentes del proveedor de servicio de que excedía mi límite de datos. El que mi teléfono a veces, por la noche, se encendiera al azar. Me había estado vigilando todo aquel tiempo.

—Esto es tan retorcido —dijo Vincent—. La has estado acosando. Así es como supiste que yo venía hasta aquí.

—¿Y tú no crees que es retorcido poner un rastreador en mi auto? Contratar matones para que vivan en el apartamento de al lado. Tú eres el monstruo aquí. ¡Lo que me da asco es cómo intentas lavarle el cerebro a Kristen con tu encanto!

—Espera —le dije, con la cabeza aún dándome vueltas—. Si sabías dónde estaba, ¿por qué esperaste dos años antes de presentarte en mi puerta?

Los ojos de Marty se enternecieron.

—Tenía miedo. Sentía que no merecía verte después de lo que te había hecho. Pensé que regresarás a mí por tu cuenta cuando estuvieras lista. Pensé que podría ser un mejor hombre para ese entonces y que seríamos una pareja más sólida. Pero las cosas no salieron como lo planeé.

Lancé los brazos al aire.

—Lo que dices no tiene sentido.

—Estabas atravesando una etapa. Necesitabas salir con otros tipos y luego, finalmente, te darías cuenta de que estábamos predestinados a estar juntos. Está bien. Soy paciente. Saliste con algunos tipos pero nunca fuiste tan lejos. Que regresaras era solo una cuestión de tiempo. Pero avanzaste más con Vincent. Temía por ti. ¿No ves por qué tuve que intervenir? Vincent es un problema.

—No sabes nada sobre mí —dijo Vincent.

—Sé que eres un hombre encantador. Eres un director ejecutivo que no tiene tiempo para las relaciones personales, no te importa darle a Kristen la clase de amor que se merece. Eres exactamente igual a mi papá: rico, egoísta, egocéntrico; solo piensa en sus negocios. Hizo que mi madre se deprimiera tanto que se suicidó. Me condenaría si permitiera que Kristen terminara así.

—No soy tu padre. No me parezco en nada a él. Ni a ti. ¿Cuál es tu maldito problema?

—Pregúntatelo a ti mismo. ¿Quién le da una paliza como esta a alguien? —Marty se señaló el rostro.

—Alguien que odia a los hombres que abusan de las mujeres —masculló Vincent.

—No me llames abusador. Sucedió solo una vez. Tengo un trastorno, por el amor de Dios, ¿cuál es tu excusa por lo que hiciste?

—Conozco a los tipos como tú. Mi hermana salía con uno. Eres un abusador de mierda que no merece compasión.

—¡No sabes nada sobre mí! Es una mentira decir que soy un abusador. Lastimé un poquito a Kristen una vez y me siento terrible por eso. No tienes derecho a darme una maldita paliza hasta hacerme puré cuando intento disculparme con ella.

—Marty —dijo suavemente—. Vincent y yo hablamos sobre eso. Pero no justifica que hayas venido a mi apartamento con una pistola.

—Kristen, te lo dije, ¡yo no quería hacer esto! ¿Qué más podía hacer?

—Asumir la maldita responsabilidad por tus actos —le gritó Vincent.

—Eso es lo que estoy haciendo ahora. La protejo de ti.

—¡Estás arruinando la vida de Kristen! Si de verdad te preocupas por ella, deberías dejarla tranquila, carajo!

—¿Crees que disfruto de esto? Tú eres el motivo de todo esto.

—Eres patético —espetó Vincent.

—¿Quieres ver quién es patético? Te lo mostraré. —Pistola en mano, Marty se puso de pie y dio fuertes pisotones hacia Vincent.

—¡Marty, no! —grité.

Capítulo ocho

Marty quedó de pie delante de Vincent, amenazadoramente. Vincent lo miraba con la cabeza en alto, desafiante.

—Veamos si te gusta —dijo Marty—. Kris, voltéate. No quiero que veas esto.

Marty cerró el puño y golpeó a Vincent en el rostro.

—¡Detente, Marty! —grité.

—No es tan fácil molerme a palos cuando no tienes a tu banda de matones para que me sujete, ¿eh? —se burló.

Vincent intentó ignorar el golpe, pero resultaba claro que estaba sufriendo.

—Ella no te importa realmente. Tú no la amas como la amo yo —dijo Marty.

Marty le dio otro golpe a Vincent en el rostro y yo pegué un grito. Vincent no se quejó pero empezó a sangrarle la nariz.

—Admite que Kristen no te importa realmente. —Marty golpeó a Vincent en la barriga e hizo que expulsara el aire de los pulmones—. Muéstrale que tengo razón.

Salté del sofá, con la mano alrededor del collar.

—¡Basta, Marty! Ya demostraste tu punto. Obtuviste tu venganza. No necesitas lastimarlo más.

Marty arrugó el entrecejo.

—¿Qué es eso que tienes en el cuello, Kristen?

Ay no. Había planeado dispararle el gas lacrimógeno pero había dudado porque todavía tenía la pistola en la mano.

—¡No la toques! —gritó Vincent con la voz ronca, tirando de las esposas. Todavía intentaba recuperar el aliento.

Marty se dirigió a toda prisa hacia mí y me arrancó el collar.

—Él te dio esto, ¿no es así? Para comprar tu afecto. —Marty examinó el pendiente con forma de corazón. Lo apretó con el pulgar y el índice y un líquido chorreó de la parte inferior y llegó a la alfombra.

—¿Qué diablos? ¿Qué es esto?

Sentía cómo el corazón me latía a través del pecho. La única posibilidad que tenía de salir de aquel lío se había esfumado.

Se llevó el dedo a la nariz para olerlo, luego se tocó la punta de la lengua con la yema del dedo e hizo una mueca.

—¿Esto es como el gas pimienta o algo así?

Negué con la cabeza, horrorizada.

—Pensabas usar esto contra mí, ¿no es cierto? Él hizo que lo usaras. —Marty se volvió a acercarse a Vincent—. ¿Intentas ponerla en mi contra? ¿Haciendo que parezca una especie de monstruo? Veamos si te gusta que te traten así.

Marty apretó el pendiente e hizo que el fluido chorreara Vincent sobre el rostro. Vincent cerró los ojos e intentó voltearse, pero le cubrió todo el rostro.

—¡Dios mío! —grité.

Vincent no gritó de dolor. Mantuvo los ojos cerrados pero apretó fuertemente la mandíbula.

Solo podía imaginar lo mucho que le estarían ardiendo los ojos en aquel preciso momento.

—Di que Kristen no te importa realmente. Dilo y me detendré.

—Por favor, Vincent —le rogué—. Solo haz lo que él quiere. No quiero que te lastime más.

Vincent dejó colgar la cabeza, jadeando. Intentó limpiarse el gas lacrimógeno con la manga y logró quitarse lo suficiente para abrir los ojos.

—Kristen no me importa —murmuró, la sangre le goteaba del labio.

Aunque yo le había pedido que lo dijera y las circunstancias eran extremas, las palabras me dolieron más de lo esperado.

A Marty se le dibujó una amplia sonrisa perversa en el rostro.

—Eso es lo que pensé. —Se volvió hacia mí—. ¿Ves, Kris? Si no hubiese hecho esto, nunca hubieses sabido cuán mentiroso es realmente. ¿Ves cómo te estoy protegiendo?

—¿Crees que has probado algo? —refunfuñó Vincent, atrayendo la atención de Marty otra vez. Aún de rodillas, lanzó los hombros hacia atrás y levantó la cabeza, su postura como la de un soldado—. Mis sentimientos por ella exceden el afecto. Yo la amo.

Marty se enfureció. Le atravesó el rostro con un puñetazo de nuevo. La fuerza del golpe hizo que Vincent girara la cabeza y vi que tenía los ojos rojos por el gas lacrimógeno.

—No, no es cierto. Dilo de nuevo. Te reto a que lo hagas.

Vincent me miró fijamente. Tenía ambos ojos inyectados de sangre y uno de ellos ya se le estaba hinchando por los puñetazos de Marty. Lucía miserable, como un hombre que rayaba la muerte.

—Mírame, Kristen. Quizás esta sea la última oportunidad que tenga para decirlo.

Se me detuvo la respiración. El corazón me latía en los oídos.

—Me he sentido de este modo desde hace un tiempo. Sabía que al principio solo era atracción. Pero luego de llevarte a mi isla, me di cuenta de que era más que eso. Mucho más. Te amo, Kristen. Quiero decir, te amo de verdad. No es obsesión. No es lujuria. No es una posesión egoísta. No es ningún tipo de idealismo ciego. Ni tampoco una versión enferma y retorcida de amor... sino el verdadero. Un amor con los ojos abiertos. Con respeto. Un amor que nunca subestima las adversidades que enfrenta su existencia, que nunca da a la otra persona por sentado. La única clase de amor que existe en realidad.

—¡No, Vincent! —Las lágrimas comenzaron a correr por mi rostro.

Marty le dio un puñetazo a Vincent en el rostro más fuerte que antes. Después, lo pateó en el estómago.

—¡Te lo advertí!

—Te amo, Kristen —dijo Vincent, ahogado.

—Deja de decir eso. ¡Eres un mentiroso! —Marty pateó a Vincent de nuevo.

—Por favor, no lo digas de nuevo —sollocé.

—Te a...

Marty golpeó a Vincent con la pistola en uno de los costados de la cabeza.

—No intentes actuar como si fueras el héroe y yo fuera el villano. No olvides que tú fuiste quien empezó esto.

—No —espetó Vincent, su voz apenas más alto que un susurro—Tú lo empezaste cuando la lastimaste. —Cada una de sus palabras fue un gran esfuerzo y parecía requerir toda su energía el solo pronunciarlas.

—¿Cómo puedes siquiera decirle que la amas? —dijo Marty, atónito—. Apenas pasas tiempo con ella. Eres un maldito hipócrita.

—Eso cambiará... —Vincent evidentemente luchaba por mantener la cabeza en alto. Ahora tenía casi todo el rostro hinchado y cubierto de sangre, pero los ojos le ardían intensamente—. Funcionará.

—Solo has estado con ella durante dos meses. ¡Yo estuve con ella durante dos años!

—Tú la diste por sentado... No la apreciabas. Ella es distinta a las demás... Yo aprecio cada momento.

—No, no lo haces. No sentarás cabeza. Lo único que te importa es el dinero y lo emocionante. ¿Cómo puedes siquiera pretender hablar en serio sobre lo que estás diciendo?

—...Sentaremos cabeza cuando sea el momento adecuado. Para ambos.

Marty levantó las manos, frustrado.

—Serás un padre terrible para el bebé de Kristen. Estás demasiado ocupado. No estarías allí como yo lo haría.

No. Marty no acababa de decir aquello. No podía haberle dicho a Vincent sobre el bebé. ¿Cómo podía saberlo? ¿Era por mis mensajes de texto con Riley sobre el embarazo?

—¿Bebé...? —le costó decir a Vincent.

—¿Ni siquiera sabías que Kristen estaba embarazada? ¡Eres todo un personaje!

Vincent reunió todas sus fuerzas para girar la cabeza hacia donde yo estaba.

—¿Es verdad?

Las lágrimas corrieron por mi rostro.

—No se suponía que sucedería así. Quería decírtelo. Por eso te pedí que vinieras.

Los ojos de Vincent quedaron fijos en los míos. Las lágrimas le caían por las mejillas.

La tristeza en su mirada me dolió más que ninguna otra cosa que pudiera imaginar. La imagen de sus ojos oscuros llenos de lágrimas me atravesaron el corazón como una bala.

Capítulo nueve

Vincent

Una semana antes

—Entonces, Vincent...

Conocía aquel tono.

—Cuéntame más sobre Kristen —dijo Giselle mientras hacía un poco de organización preliminar en la cocina antes de que terminara oficialmente la fiesta de cumpleaños de Brady.

—Es una analista muy capaz a quien recién han ascendido a gerente patrimonial. —Pasé el dedo por un resto de glaseado azul de un bol que había cerca, lo probé y luego lo bajé con un trago de refresco de naranja. Estaba delicioso. Me hice un recordatorio mental de advertirle a Brady acerca de beber demasiado de aquellas cosas. Pero demonios, qué rico que era tomar un poco de vez en cuando.

—¿Y...?

—... Y es graciosa y afectuosa. —También es una perra en la cama, pensé. Solo pensar en sus labios envolviéndome el pene hacía que me diera una erección incluso en las situaciones más incómodas: en las reuniones de negocios, en las presentaciones, hasta en aquella conversación. Pensé que sería mejor guardarme ese comentario para mí.

—Es la primera vez que me dejas conocer a alguna de tus novias y ¿no tienes nada más para decirme sobre ella? Estoy decepcionada. Pensaba que era alguien especial.

No te das una idea de lo especial que es. Mi mente regresó a la primera vez que Kristen y yo nos vimos. ¿Pellizcarme la tetilla en aquella reunión de negocios? Recuerdo que en aquel momento pensé —mientras su pecho presionaba contra el mío— que o era la chica más estúpida que había conocido o la más inteligente. Especial, seguro. Tenía un buen par de huevos. Sonreí, evitando soltar una carcajada al pensarlo.

Fue recién cuando empezamos a salir que me di cuenta de lo valiente y fuerte que es —en especial después de aquello que atravesó, estar en una relación agresiva como estuvo Giselle—. Hacía que me hirviera la sangre imaginarme el sufrimiento en silencio que había soportado Kristen por su ex.

—Nunca dije que no lo fuera.

Giselle me lanzó una mirada cómplice.

—Bueno, está bien. No quieres contarle demasiado a tu hermanita acerca de tu vida amorosa. Lo sé, lo entiendo. No soy un ama de casa chismosa, ¿sabes? Al menos no por ahora.

—Comenzaste a tejer... no quiero correr el riesgo.

Ella sonrió.

—Brady necesita suéteres hechos con amor. Un niño no puede vivir de trenes solamente.

—Podemos acordar no estar de acuerdo en este punto —bromeé.

Giselle suspiró.

—Le tienes tanto cariño a Brady. ¿Cuándo tendrás tu propio hijo a quien consentir?

Escupí en mi bebida sin querer.

Tener hijos era algo que quería con todo mi ser, pero era demasiado pronto en la relación para

hablarlo. Era algo que anhelaba desde que Brady había nacido. Lo que veía en él era algo que a mí me faltaba: algo por lo que valiera la pena hacer dinero. Algo que me hiciera pensar más allá del presente. Mucho después de que yo dejara de arriesgar mi vida de manera estúpida y de trabajar día y noche en mi compañía, él estaría allí, creciendo y viviendo como lo había hecho yo. Yo quería eso.

Recuperándome, le respondí:

—Cuando esté con la persona adecuada. Cuando sea el momento adecuado para ambos.

—Mmmm, no soy tonta, Vincent. Sé que la trajiste aquí por alguna razón. ¿Quizás para evaluar cómo reaccionaba con los niños?

Demonios, Giselle era lista. Eché un vistazo a la cocina para asegurarme de que Kristen no pudiera oírnos. La oía jugar con Brady y los otros niños en la sala de estar. El sonido de su risa y los ruidos de *chúu chúu* altos que hacía junto con los niños me llenaba el corazón de alegría y ternura.

Bajé la voz.

—Es demasiado pronto para hablar del tema. Hace solo dos meses que Kristen y yo salimos.

—Ya lo sé. Y aun así, la has traído para que me conociera a pesar de que no me habías presentado a tus otras novias. Sé que has tenido relaciones más largas que esta.

—Esas no iban en serio.

—Está bien. ¿Y esta? ¿A pesar de llevar menos tiempo juntos?

—La calidad por encima de la cantidad. En cuanto a la seriedad, de mi parte sí va en serio, pero hemos tenido algunas dificultades últimamente.

—Creo que para ella la relación va muy en serio.

—¿Por qué lo dices? Sólo hablásteis unos pocos minutos.

—Parecía muy interesada en escuchar lo que yo tenía para decir sobre ti.

—Uy... ¿qué le contaste?

—Nada escandaloso —dijo Giselle con una sonrisa—. Le conté sobre mamá y papá y cómo cambiaste después de lo que pasó.

—¿Cómo reaccionó?

—Parecía muy interesada en tu historia.

—Es lógico considerando que estamos saliendo.

—Va más allá de eso. Creo que le gustas de verdad, Vincent. No puedo poner las manos en el fuego por ello pero considéralo intuición femenina. Probablemente ella ya esté pensando en avanzar en la relación.

—Esperemos que así sea.

Capítulo diez

Kristen

Al ver las lágrimas en los ojos de Vincent me dieron ganas de morir. No lo alegraba que estuviera embarazada de su hijo; estaba destruido. Las lágrimas en sus ojos y la expresión de dolor en su rostro lo decían. Pensé en arremeter contra Marty. Podría intentar empujarlo por la ventana. O luchar para quitarle el arma de las manos. Probablemente terminaría disparándome pero bueno, que me disparara.

Vincent apartó la mirada de la mía. Dejó caer la cabeza y el cuerpo quedó sostenido sin fuerzas de las esposas.

—¿Estaba muerto? Ay, Dios, no.

—¡Basta ya, Marty! ¡Necesita ir al hospital!

Marty le volvió la espalda a Vincent para enfrentarme. Comenzó a caminar hacia mí con los puños apretados.

—¿Por qué no dijiste eso cuando él me estaba dando la paliza?

—¡Lo intenté! Hice que Vincent dejara de pegarte. ¿No lo recuerdas? —Al ver que Marty se me acercaba, se rompió el hechizo en el que me encontraba. De repente, temí de nuevo por mi vida—. Por favor, no me hagas daño, Marty.

Su rostro se suavizó.

—¿Hacerte daño? ¿Por qué crees que te haría daño? Ya te dije. Te amo. ¿Aún me amas? Debes de amarme ya que me protegiste.

—Por favor, no. Lo nuestro terminó. Proteger a alguien no significa que amas a esa persona.

—¿Me amabas antes?

—No sé.

—¿Cómo puede ser que no lo sepas? —gritó—. Todo ese tiempo juntos. Todo lo que compartimos. Yo te amaba. Aún te amo.

—Marty, nuestra relación era muy inestable. Terminábamos y volvíamos a estar juntos constantemente al final. Todavía intento entender qué sentía en aquella época.

Negó con la cabeza.

—¿Tú lo amas a él? —me preguntó frenéticamente—. ¿Amas a Vincent?

—No sé.

—Sí o no, Kristen.

Recordé la mirada triste en los ojos de Vincent. Ya no importaba. Nada importaba. Pensaba que había escapado de Marty pero él había sabido dónde estaba todo aquel tiempo. Perdí a Vincent. Iba a perder mi trabajo. Iba a perder mi vida. Iba a perder a mi bebé.

—¡Sí! Amo a Vincent.

Sus rasgos se endurecieron al fruncírsele el entrecejo.

—No lo dices en serio.

—Sí —le dije, reuniendo las fuerzas que me quedaban—. Amo a Vincent de verdad. No me importa lo que digas, Marty. Amenázame todo lo que quieras. Yo no te amo.

Marty se pasó una mano por el cabello y se lo manchó con la sangre que tenía en el puño. La

sangre de Vincent.

—Eres tan frustrante, Kristen. Tú me conoces. Sabes lo que siento por ti.

—No, no lo sé. No te comprendo en absoluto —le dije llorando.

—Deja de llorar. Deja de tenerme miedo. No soporto cuando haces eso.

—No me importa.

—Es porque llevas su bebé. Ese es el motivo, ¿no es así? —Marty se me acercó e hizo que yo me arrinconara más en el sofá. Me miraba el estómago.

—No, no te me acerques. Extendí las manos y los pies con la intención de empujarlo.

—No puedes mantenerme lejos. —Todavía me miraba el estómago.

—¡No lastimes a mi bebé!

—Me estás haciendo enojar, Kristen. Ya sabes que no quieres que me enoje.

Sonó un fuerte *crac*. ¿De dónde provenía? Sonó como un tablón de madera al quebrarse. ¿Se estaba por romper el sofá?

—¡Marty, no!

Marty cerró el puño.

—¡Ayuda!—grité tan alto como pude.

—¡Cierra la boca, Kristen! Te has vuelto loca.

Otro *crac* fuerte.

Marty levantó el puño. Crucé los brazos para proteger mi cuerpo, esperando que la carne y los huesos de mis extremidades resultaran más resistentes que la pared de un apartamento. Me iba a dar un puñetazo en el estómago. Iba a darle un puñetazo al bebé.

—Perdóname, Kristen. No lo haría si no tuviera que hacerlo.

Como una imagen borrosa, Marty desapareció detrás del sofá. Me erguí, al darme cuenta de que alguien lo había derribado.

—¡Vincent! —grité.

—¿Cómo se había liberado de las esposas?

Salté del sofá y vi que Marty y Vincent entraban rodando a la cocina y chocaban contra el horno. La fuerza del golpe hizo temblar la parte superior de la cocina y el agua caliente que había estado hirviendo en un cazo para el té se volcó y se derramó sobre la cabeza de Marty.

Chilló y se pasó las manos frenéticamente por el rostro, de donde le salía vapor.

Vincent gemía y se frotaba la cabeza con la base de la palma de la mano. Tenía las manos mutiladas, los pulgares doblados hacia adentro. Fue entonces cuando me di cuenta de lo que había pasado.

Los dos fuertes *crac* que había oído fueron el ruido de cuando Vincent se quebró sus propios pulgares para librarse de las esposas.

Corrí hasta Vincent para intentar ayudarlo a levantarse. Estaba aturrido y no podía ponerse de pie por sí mismo. Le enganché mis brazos debajo de los hombros e intenté arrastrarlo hasta la puerta del apartamento, pero me resultaba difícil moverlo. Era tan pesado. Pensé en escaparme sola pero sabía que no podía dejar a Vincent a solas con Marty. No así. Para cuando volviera con la policía, Vincent probablemente estaría muerto.

Marty buscó a ciegas delante de sí y volteó una azucarera y un especiero sobre la encimera de la cocina. Perejil y un polvo blanco se desparramaron por toda la encimera y el piso de la cocina. Había arrastrado a Vincent un pie de distancia cuando Marty encontró un paño de cocina que colgaba del horno. Se lo pasó por el rostro vigorosamente y abrió los ojos.

Antes de que yo pudiera reaccionar, Marty embistió contra nosotros, para aterrizar encima de

Vincent. Me caí hacia atrás y me estrellé contra una silla de la mesa de la cocina.

—¡Desgraciado! —gritó Marty, mientras comenzaba a aporrear a Vincent con los puños y a patadas.

Vincent se deshizo del aturdimiento y levantó los brazos para cubrirse el rostro, volteando la cabeza de un lado a otro para evitar un golpe directo.

Frenéticamente y entre tropezones me puse de pie, tomé la silla de la cocina con ambas manos, y la levanté sobre la cabeza. Marty se apartó de Vincent de un salto y arremetió contra mí. Me arrebató la silla de las manos de un golpe e hizo que se rompiera al dar contra la esquina, al otro lado de la mesa de la cocina.

—¡No me enfrentes, Kristen! —me gritó—. No quiero hacerte daño. Luego me apartó de un empujón. Me caí sobre el perchero y quedé tendida sobre la pila de zapatos.

Despatarrada sobre una cama de zapatos bajos y tacones, divisé un objeto plateado que yacía debajo del sofá. La pistola. Debía de haber volado de las manos de Marty cuando Vincent lo derribó. Arrastrándome con las manos y las rodillas por el mar de calzados, me acerqué al sofá y extendí el brazo para tomar la pistola.

El sonido de un puñetazo que aterrizaba sobre un cuerpo y el de una voz masculina que gemía de dolor hicieron que me diera cuenta de que Marty se había montado sobre Vincent de nuevo y lo estaba atacando.

Tomé la pistola con manos temblorosas.

—¡Detente o dispararé! —grité.

Marty continuó machacando a Vincent y gritándole. No me escuchaba.

—¡Dije que te detuvieras! —Agité la pistola en dirección a ellos pero parecía que ninguno de los dos me escuchaba. Nunca antes había disparado un arma, pero sabía cómo halar el gatillo.

Con temor de que Marty fuera a matar a Vincent, disparé una bala a la pared de la cocina. El sonido fue casi ensordecedor. La fuerza del culatazo resultó más fuerte de lo que había esperado y me tambaleé hacia atrás, tropecé con la mesa baja y caí sobre esta. El vidrio se hizo añicos bajo mi peso. La parte posterior de mi cabeza golpeó contra algo duro. ¿Era el suelo? ¿El marco roto de la mesa? Yací sobre una cama de esquirlas, el aire se me salió de los pulmones de un golpe.

Lo último que recordé antes de desmayarme fue que el peso inesperado de la pistola, junto con el temblor de mis manos, hizo que el cañón se corriera hacia abajo en el momento en que jalé el gatillo.

Había apuntado la pistola hacia Vincent y Marty.

Capítulo once

Vincent

Seis años antes

El puño me latía. Combatí con éxito la necesidad de mirarlo, pero sabía que estaba hecho mierda por lo mal que le había quedado el rostro a Jim. Cuando se despertara, tendría que tomar algunas decisiones sobre cómo arreglaría sus rasgos. Aquella nariz nunca volvería a ser la misma.

Contuve a Giselle mientras lloraba, en la misma sala de estar en la que nuestros padres alguna vez nos contuvieron. A pesar de que no estaban, todavía era nuestro hogar.

—Estarás bien —le dije—. Cuidaré de nosotros.

—¡Vincent, mira tu mano! Lo siento tanto —dijo Giselle llorando.

Me mataba escucharla sentirse culpable por lo que le había pasado. Por mucho que me doliera el puño, dejé el dolor a un lado.

—Basta, Giselle. No tienes nada que lamentar. Lo que ese desgraciado te hizo no fue tu culpa.

Negó con la cabeza.

—Debería haberlo manejado por mi cuenta. Debería haberlo dejado apenas comenzó. No sé cómo permití que siguiera pasando.

—No es tu culpa y ahora ya acabó. —La apreté con más fuerza mientras sollozaba en mi hombro. Había terminado. Era lo único que importaba en aquel momento.

—¿Y qué pasa si regresa? —se atragantó.

Apreté la mandíbula. Ella no querría saber la respuesta sincera a esa pregunta.

—No lo hará. Si lo hace, te prometo que lo lamentaré cada segundo del resto de su vida.

Dejó de llorar por un momento y se echó atrás para mirarme.

—Vincent, no puedes estar cerca todo el tiempo. Tienes que preocuparte por tu compañía.

—Encontraré la manera de hacerlo. El único propósito de la compañía es proveer para ti y para cualquier otra familia que tengamos alguna vez. Si no hace que la vida de las personas que amo sea mejor, vendería todo.

Asintió y sollozó de nuevo. Tenía los ojos hinchados y rojos y el maquillaje se le había corrido por todas partes. Verla tan desaliñada y alterada me hacía sentir como si tuviera una úlcera en el estómago.

Finalmente, se tranquilizó lo suficiente para hablar.

—Vincent —me dijo, en voz muy baja—. Tengo que mostrarte algo.

Abrí bien los ojos. No estaba seguro de cuánto más podría soportar.

—¿Qué es?

Se arremangó el suéter verde. Al principio, no sabía qué era lo que tenía que observar, pero luego las vi: numerosas porciones de tejido cicatrizal abultadas en una hilera prolija, cada una en varios tonos de rosa.

Se me nubló la visión cuando se me inundaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué es esto? —le pregunté en voz baja.

—Cigarrillos.

—Tú no fumas.

—Él lo hacía. Lo hace. Como sea. —Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Se me cayó el alma a los pies al comprender lo que eso implicaba.

—¿Él los apagaba en ti?

Asintió.

—En una hilera prolija. Una por cada vez que hacía que se cabreara. Para que no lo olvidara.

La audacia de lo que estaba oyendo me dejó atónito.

—Es un enfermo. Lo siento, Giselle. Si hubiera tenido idea...

—No la tenías —me dijo—. Supongo que soy bastante buena para encubrir, pero tenía que mostrártelo ahora para poder sentir que me he sincerado completamente. Lo he ocultado por tanto tiempo.

Parpadeé y sentí que una lágrima cálida me resbalaba por la mejilla.

—Lo siento.

Ella bajó la mirada.

—Me dijo que me mataría si se lo contaba a alguien.

Apreté la mandíbula de un golpe y cerré el puño aún dolorido.

—¿Dijo que te mataría?

Asintió.

El corazón me latía a toda prisa en el pecho mientras inhalaba y exhalaba con pesadez. ¿Podría matar a alguien que había amenazado con matar a mi hermana? ¿Cómo saldría impune?

—Ni siquiera pienses en matarlo tú primero —me dijo, como si me leyera la mente.

Sacudí la conspiración de mi cabeza. Ella me observaba con una expresión muy seria grabada en sus rasgos.

—No voy a dejar que mi hermano se convierta en un asesino.

—Pero si es él o tú... —comencé a decir.

—No lo será. No puede ser —me dijo.

Suspiré y la tomé por los hombros.

—Está bien. Pero que esto te quede claro: eres la única familia que tengo y te protegeré sin que nada más me importe. Aunque me cueste la vida.

Capítulo doce

Kristen

El mundo era una imagen difusa. Tonalidades marrones y blancas se arremolinaban como la crema que se revuelve en el café. No podía descifrar los detalles de las formas que se arremolinaban delante de mí. ¿Qué le había pasado a mi visión?

Los oídos me zumbaban. Sentía como si me estuvieran clavando mil agujas en el cuerpo. Me dolía al moverme. Recordaba que una pistola que tenía en las manos se disparaba. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente?

Pude ver una sombra que se movía. Se hacía cada vez más grande y definida. El contorno era una figura. Alguien se me acercaba.

Parpadeé. La imagen se hizo más nítida. Parpadeé de nuevo y, luego, algunas veces más. Me encontraba mirando el techo, el ventilador giraba.

Había un rostro en la imagen. Estaba quieto. Espeluznantemente quieto. Me miraba desde arriba. ¿Quién era?

Ojos azules. Cabello castaño. Anteojos gruesos.

Marty.

Recobré la audición lentamente, pero Marty se esfumó de mi campo visual casi tan pronto como apareció. Me senté y vi que Vincent todavía estaba luchando contra él. Empujó a toda velocidad a Marty con el hombro, y lo hizo retroceder hasta que quedó arrinconado contra la pared.

Vincent aporreó a Marty con las manos mutiladas, pero claramente corría con desventaja. Miré alrededor en busca de la pistola, pero no la podía encontrar, debía de haberse lanzado a algún lugar de la habitación durante la confusión.

Vi un pequeño orificio en la pared de la cocina a unas pulgadas de donde habían estado. No le había dado a nadie.

Cuando volví a mirarlos, Marty estaba arrodillado encima de Vincent, sentándose a horcajadas sobre él y dándole puñetazos repetidamente en el rostro.

—¡Toma, esto pedazo de mierda!

—¡No, Marty! Detente... por favor detente, Marty... —le rogaba, las lágrimas me caían incontrolablemente por las mejillas. Mataría a Vincent, al hombre que me amaba, al hombre que yo amaba.

Marty me ignoró y siguió golpeando a Vincent. Este tenía las manos quebradas levantadas, intentando protegerse el rostro. Parecía tan indefenso en aquella posición que me dio otra punzada de pena.

—¡Detente, Marty! ¡Por favor detente! —sollocé.

Marty levantó la mirada hacia mí, su pecho jadeaba, los puños estaban bañados con la sangre de Vincent.

—¿Que me detenga? ¿Que me detenga? Es muy tarde para detenerme, Kristen. ¡Tú me has obligado a hacer esto! ¡Esto es tu culpa! ¡Mira lo que has hecho!

Aquello era culpa mía. Mi culpa. Nada de aquello hubiera pasado si Vincent nunca me

hubiese conocido. Sentía una pena tan grande que me daban ganas de vomitar. Era por mi culpa que aquel monstruo estaba lastimando a Vincent. Lo estaba matando.

Marty finalmente se levantó de encima de Vincent y caminó hasta la encimera de la cocina.

Me arrastré hacia Vincent, la habitación parecía borrosa ante mis ojos. Cuando llegué hasta él, me senté y le acuné la cabeza en mi regazo. Aún respiraba. Su respiración era entrecortada e irregular, pero aún estaba vivo.

—Kristen... —gimió Vincent.

—Está bien, Vincent. Lo siento tanto. Lo siento tanto. Lo siento tanto. Te amo, Vincent. Te amo tanto —coreé, meciéndolo de atrás adelante. Unas lágrimas me cayeron de los ojos, salpicaron a Vincent, y dejaron manchas sobre la sangre seca que se le había endurecido en el rostro.

Cuando levanté la vista de nuevo, Marty había encontrado la pistola. La apuntaba en dirección a nosotros.

Íbamos a morir allí esa noche.

—Tú te buscaste esto, Kristen... ni si quiera me diste una oportunidad.

Vincent perdía la consciencia y la recuperaba a cada rato. Se movió y se levantó hasta quedar sentado erguido, ubicando el cuerpo entre la pistola y yo. Hasta en aquel estado, con los ojos totalmente cerrados por la inflamación, las manos destrozadas y el rostro que le sangraba de los cortes y que tenía hinchado por las fracturas, quería protegerme. Vincent quería protegerme con su último aliento, incluso después de que trajera a aquel monstruo a su vida.

—Lo siento, Vincent, siento lo del bebé, siento no habértelo dicho antes. Lo siento por lo de Marty. Lo siento por todo.

Envolví a Vincent con los brazos, para llorar en la parte posterior de su hombro.

—No, Kristen —dijo Vincent tosiendo. Su voz sonó áspera y baja, apenas audible. Tenía los ojos entrecerrados. Le temblaban los labios. Estaba empleando sus últimas fuerzas para hablarme.

Incliné la oreja hacia su boca para escuchar las palabras débiles que salían de sus exhalaciones poco profundas.

—No. No digas eso, Kristen... Nunca jamás me pidas disculpas por esas cosas... No hiciste nada malo... Te amo, Kristen... Tengamos el bebé... Siempre quise un hijo... Lo criaremos juntos... Te amo... Quiero formar una familia contigo.

Se me partía el corazón. Vincent me confesaba que quería que formáramos una familia unos momentos antes de que fuéramos a morir. Continuó:

—Yo soy el que debería pedirte disculpas... Te prometí que te protegería... pero fallé... Lo siento, Kristen... Perdóname... Yo... —Estaba perdiendo la consciencia de nuevo.

Marty nos observaba, los espeluznantes ojos azules llenos de ira.

Parpadeé para secarme las lágrimas e inhalé profundamente.

Adiós, Riley.

Adiós, mamá.

Adiós, papá.

Adiós, Vincent.

Siempre os amaré.

La puerta del apartamento estalló. Una nube de esquirlas voló por los aires y cubrió toda la sala de estar.

—¡POLICÍA! ¡SUELTA EL ARMA, HIJO DE PUTA!

Parpadeé y media docena de oficiales se desplegaron por mi derecha, para arrodillarse detrás de la pared de la cocina y el sofá, las armas desenfundadas apuntaron a Marty.

Antes de que pudiera sentir alivio, vi la mirada de Marty. Tenía los ojos bien abiertos y expresaban pánico, como los de un animal acorralado, y todavía nos apuntaba con la pistola. No había hecho ningún movimiento para entregarse.

Los policías se movían alrededor. Se empezaban a poner nerviosos. Marty miraba hacia atrás y adelante entre nosotros y los policías como si estuviera intentando decidir qué hacer. Percibí cómo aumentaba la desesperación en aquellos iris azules.

No. No. ¡Estábamos tan cerca! Aquello no estaba bien. Marty le dispararía a Vincent de todas formas. Estábamos tan cerca. No era justo. No estaba bien. Estábamos tan cerca de estar a salvo, de ser felices.

—¡SUÉLTALA, IDIOTA! ¡ES TU ÚLTIMA ADVERTENCIA!

A Marty no le importaba que le dispararan a él. Vaciaría el cargador en Vincent y, a esa distancia, no erraría. Imaginaba los acontecimientos que se desarrollaban en su mente como una película: le dispararía a Vincent y luego a mí, mientras los policías lo abatían a tiros.

Debía intentarlo; tenía que intentar una última vez hacer que Marty entrara en razón.

Me sequé la humedad de los ojos y lo miré directamente al rostro.

—No, Marty, por favor... Marty, necesitas ayuda... Vincent y yo... nos amamos. Tú y yo tuvimos algo pero fue hace mucho tiempo. Necesitas conseguir ayuda, Marty. No me quites a Vincent. No me quites la vida. Si alguna vez me amaste, si lo que dijiste acerca de que todavía me tenías aprecio es verdad, haz lo correcto. Por favor, Marty, piensa en lo que estás haciendo. Arruinarás la vida de todos nosotros.

Estrechó el entrecejo. Una expresión extraña le atravesó el rostro. Quizás fue un momento extraño de lucidez para él, o quizás simplemente lo imaginé, pero parecía que se había dado cuenta repentinamente de aquello en lo que se había convertido. Por una milésima de segundo, pensé que había visto fugazmente al Marty que conocí hacía unos años. Ojos azules, cabello castaño, sonrisa infantil.

El brazo le tembló y luego se le aflojó. La pistola repiqueteó sobre el piso.

Y, después, todo acabó.

Capítulo trece

Cuando llegaron las ambulancias, Vincent había recuperado un poco de fuerzas. Insistió en que nos llevaran en el asiento de adelante al hospital en la misma ambulancia, a pesar de que él estaba en un estado mucho peor que yo. Los paramédicos discutieron con él un rato, antes de dejar que se saliera con la suya. Debieron de haberse dado cuenta de que, al menos, de aquella manera lograrían llevarlo al hospital, aunque se negara a llegar allí en una camilla.

Yo yacía en la camilla mientras los paramédicos se impacientaban con él, le envolvían las manos y le tiraban agua en los ojos.

—Kristen, todo lo que dije antes, lo dije en serio. Te amo. Si quieres tener el bebé, me quedaré a tu lado. Depende de ti, Kristen, pero te amo. Estaré aquí para ti, independientemente de lo que decidas.

—¿Es eso lo que quieres, Vincent?

Asintió. Le brillaban los ojos. No estaba segura de si era por el agua con la que los paramédicos se los enjuagaban o si eran lágrimas.

—Cuando estábamos allí y Marty te dijo lo del bebé, por un momento, pensé que no querías tener el bebé —le dije.

—Ya hace un tiempo que quiero tener un hijo, Kristen. Cuando me lo dijiste, me puse tan feliz... pero pensaba que estaba a punto de perderlo todo. Te amo, Kristen. Si estás lista, quiero formar una familia contigo. ¿Tú quieres?

Me esforcé por hallar las palabras.

—Yo... Yo también te amo, Vincent, y creo que quiero una familia, pero no aún no estoy segura. Todo ha sido una locura últimamente, deberíamos tomarnos un momento para pensarlo en caso de que alguno de los dos cambie de opinión.

Me dio la mano, envuelta con las vendas médicas y me prendí de ella.

—No cambiaré de idea, Kristen, pero tienes razón. Hablaremos sobre esto después. Lo único que me preocupa en este preciso momento es que estés bien.

Fruncí los labios. Me haría llorar de nuevo.

—A mí me alegra que tú también estés bien, Vincent. Pensaba que te perdería.

Vincent dejó escapar una exhalación profunda y se rió por lo bajo.

—No te puedes deshacer de mí tan fácilmente.

Se puso serio de nuevo.

—Lamento todo esto, Kristen. Todo es mi culpa. Hoy más temprano, cuando nos interrumpieron en la oficina, eran Kurt y Bernie. Habían ido a decirme que le habían perdido el rastro a Marty. Debería de haberme dado cuenta de que era más peligroso de lo que parecía.

—No, Vincent, no lo sabías. ¿Cómo podrías haber sabido que Marty reaccionaría de ese modo? Ni siquiera yo lo sabía. Pensé que había cambiado y que había obtenido la ayuda que necesitaba y que se estaba recuperando. Yo también me equivoqué con él.

—Los tipos como él no aprenden la lección hasta que los entierras bajo seis pies de hormigón —farfulló Vincent.

—No hubiese querido que hicieras eso, Vincent. No hubiese sido lo correcto. Marty está enfermo.

Dejó escapar un largo suspiro.

—Ya no importa. Ahora estás a salvo y nunca jamás tendrás que volver a temerle.

—Si tú no me hubieses conocido, si yo no te hubiese arrastrado hacia mis problemas, nada de esto habría pasado. Tus manos...

—No te atrevas a decir eso, Kristen. Si no te hubiese conocido, mi vida no estaría completa. No me arrepiento ni de un solo momento de los que he pasado contigo. Con todo gusto vendería los pulgares, las manos o cualquier parte del cuerpo por ti, Kristen. Lo eres todo para mí.

—¿Realmente hablabas en serio cuando dijiste que querías formar una familia?

—Sé que no hace mucho tiempo que salimos, Kristen, y no sé qué nos depara el futuro, pero sé qué siento por ti.

—¿Y qué me dices de tu compañía?

—No me necesitan allí todo el tiempo. Me tomaré más tiempo libre para estar contigo. Eres más importante para mí.

—¿Y si... y si no funciona?

—No podemos vivir la vida guiándonos por los “y si”, Kristen. Haremos que funcione.

Vincent echó un vistazo alrededor en la ambulancia y luego arqueó una ceja hacia mí, lucía casi cómico con el rostro hinchado.

—Así que... “Waddles” era la contraseña de tú teléfono, ¿eh?

Medio me reí, medio sollocé aliviada y le sostuve con más fuerza la mano. Independientemente de lo que pasara a continuación, lidiaríamos juntos con nuestros problemas.

Epílogo

—*Auch.*

—Ay, lo siento —dije.

—Está bien. Solo intenta no ejercer demasiada presión allí —dijo Vincent.

Apartó el brazo de debajo de mí y lo acaricié suavemente. Le habían quitado el yeso hacía un mes, pero a veces todavía le dolía. Además de haberse quebrado los pulgares, Vincent se había fracturado el antebrazo en la pelea con Marty.

A Marty lo habían procesado y estaba encerrado. A pesar de que necesitara ayuda seriamente, fue gracias a sus actos malintencionados que Vincent y yo estábamos más unidos. No me alegraba lo que le había pasado a Marty, pero sabía que finalmente podría obtener la ayuda que necesitaba en prisión.

La luz del sol entraba a la deriva a través de las persianas traslúcidas e iluminaba las motitas de polvo que flotaban en el aire. Vincent me sonrió, con los ojos todavía entrecerrados por el sueño. Estábamos en su apartamento de Nueva York que ocupaba todo el último piso. Aunque hubiese preferido la tranquilidad de su isla, Vincent insistió en que estuviéramos en Manhattan para estar cerca del Hospital Presbiteriano de Nueva York. Me dijo que tenía la mejor unidad de atención neonatal del mundo.

Salté de nuevo al presente y Vincent me observaba con un aire sugestivo en el rostro. Tenía el pene afuera y con él rozaba mi entrada.

—Espera, ¿no te estás olvidando de algo? —bromeé.

Acarició con el mentón uno de los lados de mi rostro.

—¿Como qué?

El vello ligero del mentón, que me frotaba contra el rostro, hacía que fuera difícil no soltar unas risitas.

—Como un preservativo. Así es como llegamos hasta aquí en primer lugar.

Vincent me había propuesto matrimonio apenas salimos del hospital. Tuvimos muchas conversaciones serias mientras nos recuperábamos. De algún modo, a pesar de que iba en contra de la política del hospital, Vincent hizo que nos pusieran en la misma habitación de recuperación. Tras los acontecimientos que habíamos atravesado, quedaba bastante claro que ambos queríamos criar un hijo juntos.

Giselle nos había visitado algunas veces con Brady y Rob. Me dio algunos consejos para hacer que el embarazo transcurriera sin contratiempos y yo valoraba el tiempo que pasaba con ella. Quería saber el sexo del bebé, pero ni siquiera nosotros lo sabíamos: queríamos que fuera una sorpresa. Ansiaba llamar a Giselle “cuñada”.

Vincent levantó la cabeza y me sonrió desde arriba.

—Pero me gusta donde estamos ahora.

—¿No te preocupa cómo cambiarán nuestras vidas con un bebé en escena?

Se sostuvo con el otro brazo la cabeza levantada, su expresión se volvió seria.

—Estoy emocionado. De hecho, acabaré adentro tuyo y haremos gemelos.

Yo me reí.

—Odio pincharte la burbuja pero no funciona así.

—Quizás sea improbable, pero ya vencimos las probabilidades antes. —Vincent me besó el vientre redondo antes de apoyar un lado de la cabeza sobre mi pecho.

—¿Entonces vas a romper las reglas de la biología ahora?

Me impulsé para levantarme hasta que quedé apoyada contra el cabecero. Vincent se movió e hizo una mueca al llevar el peso al brazo lastimado.

—Tal vez, cuando recupere toda mi fuerza, lo intentemos.

Después de hablarlo en el hospital, decidimos que lo mejor sería que dejara mi trabajo en Waterbridge-Howser y que ayudara a Vincent a administrar su patrimonio hasta que diera a luz. Dada la manera en la que se habían desarrollado los acontecimientos en Waterbridge-Howser, habría estado forzada a irme tarde o temprano y siempre tendría que estar a la expectativa sabiendo que Richard estaría atento a lo que yo hiciera.

Nuestro plan era que Vincent me ayudaría a constituir mi propia empresa de gestión patrimonial más adelante. Al principio no estaba segura, pero él me había convencido de que tenía todas las destrezas que necesitaba y él tenía todas las conexiones para establecerme. Vincent comenzó a delegar mucho de su trabajo para pasar más tiempo conmigo y como preparación para cuidar del bebé. También excluyó los aspectos más arriesgados de su amor por los deportes extremos, aunque todavía disfrutaba de surfear de vez en cuando.

Me había mudado del apartamento donde vivía con Riley para ir a vivir con Vincent. Ella había hecho algunos comentarios dignos de sonrojarse sobre el sexo durante el embarazo, pero estaba contentísima por nosotros e insistió en participar de la planificación de la boda.

Al final, había llamado a mis padres y los había invitado a la boda que tendría lugar seis meses después. Aún me resultaba difícil, pero parecieron felices por mí. No sabía si alguna vez tendría una relación cercana con ellos pero, al menos, todavía podían ser una pequeña parte de mi vida.

—Ya no te sientes tan invencible, ¿eh, Sr. Temerario? —Era agradable estar así, solamente holgazaneando y bromeando entre nosotros.

—Me siento excelente. ¿Cómo te sientes tú?

—No sé, quizás puedas hacer que me sienta mejor aún —le respondí sonriente.

—Insaciable. —Vincent me besó y me hizo rodar para que quedara apoyada sobre la espalda —. Esa es la mujer que amo.

—Lo que quiere el corazón es lo que quiere el corazón...

Resultó que Vincent tenía razón después de todo. Todo aquello que vale la pena se obtiene arriesgándose. Corrí el riesgo en un bar de Sudáfrica con arañas letales. Corrí el riesgo de salir con Vincent cuando podría haberme costado mi trabajo. Y corrí el riesgo de confiar en Vincent, el Sr. Problemas a Primera Vista, cuando temía que nada bueno pudiera resultar de ello.

Vincent me sostuvo firmemente y me relajé en sus brazos al tiempo que dos, mejor dicho, tres corazones latían juntos. Todo lo que mi corazón alguna vez deseó, estaba justo allí conmigo.